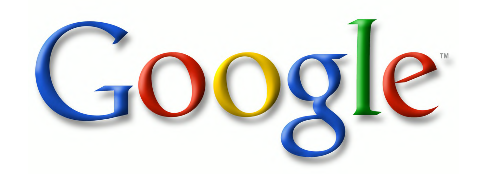
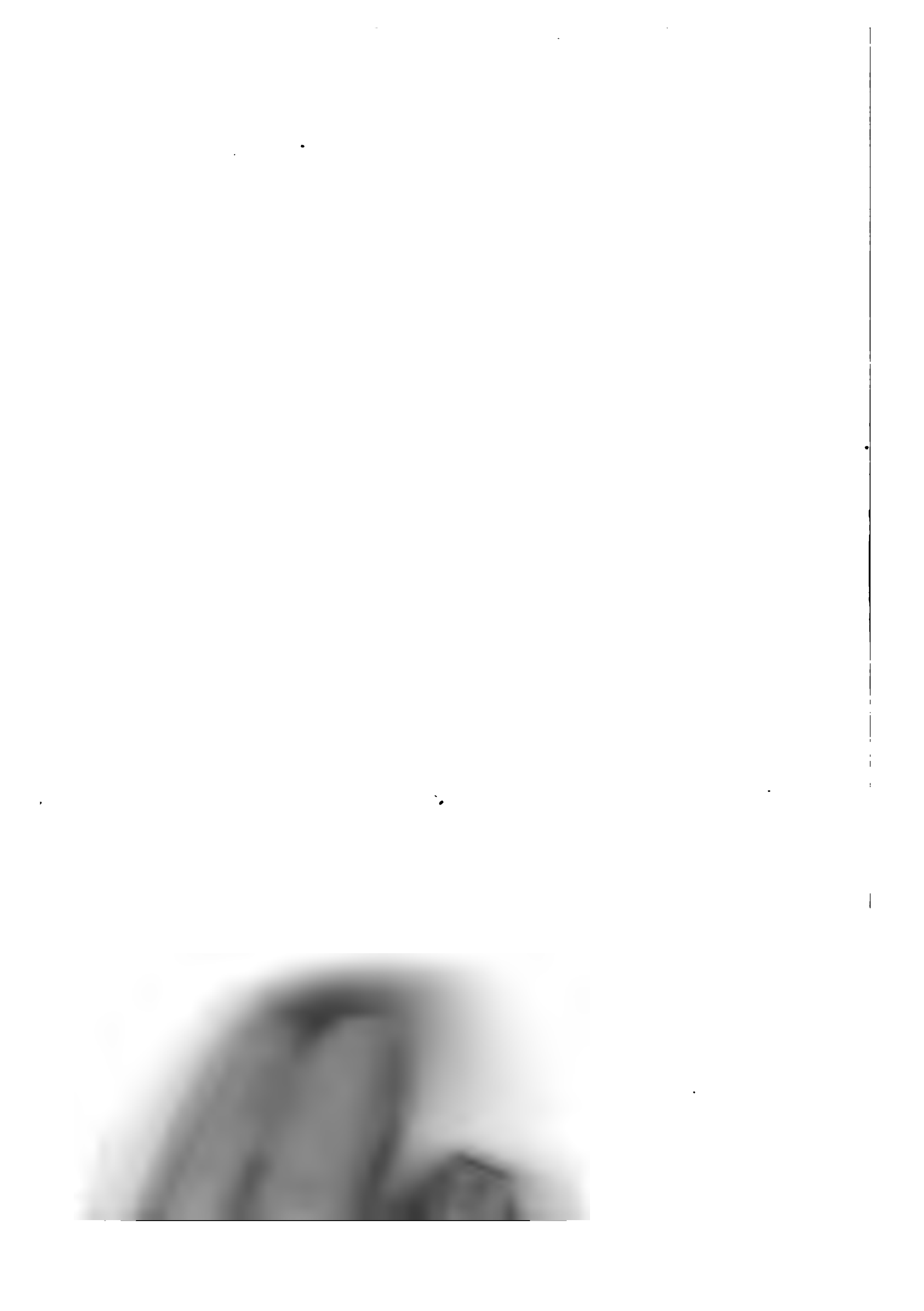








EL RETRATO DEL DIABLO.

EL RETRATO

DEL

DIABLO.

LEYENDA

POR

ANTONIO M. QUINTANA.

MATANZAS.

Establecimiento tipográfico de la "Aurora del Yumurí."
1859.

EL RETRATO DEL DIABLO.

LEYENDA.

I.

Hay en la historia de la vida humana, contando desde el nacimiento del cristianismo, un largo espacio de tiempo, indeterminado aun, que se llama la edad media, y que unos califican de siglos de ignorancia, otros de siglos de hierro, y otros, en fin, de tiempos heróicos. En mi concepto, todos tienen razon, y ninguno la tiene en absoluto, siendo imposible todavia indefinir con esactitud esos lejanos tiempos, ó porque los conocemos muy ligeramente, ó porque, arrebatados por el torbellino de nuestra época, ni podemos ni queremos descender al minucioso y detenido estudio que seria necesario para comprender el mecanismo y la trabazon de aquella

sociedad, feudal por una parte, religiosa ó monacal por otra, fluctuando siempre entre dos tiranías, la del rey ó la del señor, y teniendo por único apoyo en su justicia la benéfica autoridad de la Iglesia, que tantos detractores ultrajaron en los dias sucesivos.

Quisiera detenerme algun tanto en la descripcion de esta edad segun yo la comprendo, sin que tenga el orgullo ni la pretension de decir nada nuevo; pero ni la ligereza del asunto que voy á tratar, ni la índole misma del periódico á que este artículo se destina, me lo permiten. Sin embargo, no puedo prescindir de hacer algunas ligeras indicaciones acerca de la literatura de la edad; primero, porque es asunto que compete mas directameste á los que tenemos ciertas ínfulas de literatos, y segundo, porque precisamente dará nervio y vida á este artículo una leyenda de aquel tiemqo, que echaré à perder por arreglarla al estilo de nuestros dias.

Despues de Alarico "á quien una voluntad desconocida é irresistible empujaba á saquear á Roma" despues de los godos y visigodos, hunos, suevos, alanos y demás bárbaros invasores que pasearon su arrogancia esterminadora por ese gran todo que se llama imperio romano, aparecieron simultáneamente, como brotando del caos que produce la destruccion universal, multitud de nacionalidades que, encontrándolo todo en horrible confusion, sino aniquilado y destruido, se vieron en la necesidad, por decirlo así, de crearlo todo á la vez, desde los primeros rudimentos del lenguaje hasta lo mas

elevado de las ciencias y las artes. Fué aquello un retroceso á la infancia de la sociedad; pero en esta infancia el hombre se mostró grande, heróico, maravilloso, digno, en una palabra, del alto objeto para que fué creado. En la edad media se echaron los cimientos de las instituciones que hoy rigen al mundo en su mayor parte; se elevó la arquitectura á un alto grado de esplendor; se conservó en los monasterios, como depósito sagrado, la escasa ciencia de los antiguos que pudo librarse de la ignorante saña de la invasion; se crearon otras nuevas; se generalizó la industria y el comercio; tomó incremento la navegacion: y por último, heredera de una época de esclavitud para el pueblo, ideó y planteó los comunes, primer paso que se dió en la vida civil para conseguir la libertad individual.

Si nos fijamos en su literatura, preciso es confesar que à primera vista aparece tosca y mal pergeñada, pobre en las formas y no muy rica de conceptos; pero téngase en cuenta que luchaba en todas partes con un lenguage informe; que el espíritu no tenia direccion determinada, viéndose obligados el poeta y el escritor á seguir una senda nueva, nunca trillada, y llena por lo tanto de abrojos y maleza. Sin embargo, vencidas las primeras dificultades, ó para hablar con mas franqueza, prescindiendo de la repugnancia que se siente al escuchar por primera vez aquel pesado lenguaje y aquel estilo tan estraño para nosotros, ¡cuánta naturalidad y sencillez se vé en sus leyendas! ¡Qué riqueza de fé y creencia, qué lujo de imagina-

cion! En ellas campea por lo general la idea religiosa, sin fanáticas exageraciones; domina en otras la galantería; aquí se canta la bravura del caballero; allí la humildad del ermitaño. La vírgen María, llena de gracia, de caridad, de dulzura y de amor, es el personage obligado de la mayor parte, la eterna bienhechora del hombre, la sublime y santa esperanza del pecador: el diablo es el contraste; siempre envidioso de la dicha humana, siempre en lucha con los buenos, siempre armando asechanzas al hombre, muchas veces no acierta á salir de sus propios laberintos, y es el blanco de las burlas de su contrario, que posee algun precioso amuleto que le hace invencible; entonces pide gracia, reconoce su impotencia y firma armisticios ó contratos ó que ha de faltar en cuanto recobre su libertad. Se vé, en fin, en aquella literatura la lucha de dos principios, el bueno y el malo, y como incidentes de este principal objeto se castiga siempre el pecado y se enaltece la virtud, la religion, la caridad y el amor casto y espiritual. ¿No es digna de alguna consideracion y respeto la literatura que por espacio de siglos tiene este móvil por único guia y la reforma y direccion de las costumbres por única recompensa?....

Yo, al menos, inclino humildemente mi cabeza y humillo mi espíritu ante esos sencillos argumentos, en que á pesar de su misma sencillez, se hace intervenir á los encontrados elementos, las potestades del cielo, las grandezas de la tierra y los espíritus infernales. En esas leyendas se vé sin grande esfuerzo el altísimo

concepto que habia formado el hombre de sí mismo, pues por sola la salvacion de una alma pecadora y un momento arrepentida, se conmueven los cielos, la tierra y el infierno; y en esas leyendas, en fin, como una fuente purísima, bebieron su inspiracion sublime los mas grandes poetas de nuestra edad.

Una, quizá de las menos importantes, es la que voy á transcribir à mis lectores: pero me fijo en ella por dos razones; primera, por la ligereza misma de su asunto, y personajes que en ella intervienen; y segunda, porque cuando la escuché en mi infancia, como uno de esos cuentos con que se adormece á los niños, se fijaba en Asturias el lugar de la escena, cuya circunstancia es para mí de gran peso. Es cierto que despues la he visto impresa; pero como no se fija pais ni pueblo determinado, no creo cometer un gran delito, dando á la pobre leyenda carta de naturaleza en el hermoso pais por quien late y latirá siempre mi amante corazon.

II.

No sé cómo ni porqué conducto llegó á oidos del diablo que en el convento de Villanueva, cerca de la villa de Cangas de Onis, un fraile de la comunidad, encargado de pintar los claustros, estaba haciendo su retrato, pero espantosamente deforme, horriblemente feo. Temeroso el rey del infierno de que padeciera su bien sentada reputacion si consentia tamaño desacato, adoptó inmediatamente la misma figura del monge pintor, aunque no su traje, y se presentó en el monasterio lanzando allá entre sí no pocas imprecaciones contra aquella gente de hábito que no le dejaba un momento de descanso para entregarse á su ocupacion favorita, la persecucion de las almas. Efectivamente, hay

ciertas sospechas de que el diablo no miraba con buenos ojos la cogulla ni el cerquillo.

Llegó, pues, al monasterio y vió al monje encaramado en su andamio, la paleta en una mano, el pincel en la otra y contemplando con sonrisa de satisfaccion su obra maestra; frente deprimida, adornada de una poderosa cornamenta; ojos encarnados y salientes, nariz muy roma, boca de desmesurada grandeza, labios gruesos, dientes negros y asquerosos, orejas de asno, negras y torvas uñas y retorcida cola. ¡Oh! era cosa de desesperar al pobre diablo; pero lo que mas le irritó, fué que el pintor le puso á los pies de la Vírgen, que estaba radiante de gracia y hermosura, sonriendo amorosa al tierno niño que tenia en los brazos. Así es que Satanás, sin poder contener su ira, se encaró con el monje y le dijo:

—Oye, compadre, ¿te parece que ese retrato está esacto?

—¡Toma! Como que es el del diablo, contestó el monje.

—¿Y qué? ¿Has visto tú al diablo por ventura?

—Hombre... lo que es yo... no; pero la tia Mari-Andrea que le vió la otra noche cuando desaparecieron las gallinas del corral de la santa comunidad, me hizo su retrato, que es el que estás viendo pintiparado.

—Es mentira; ni me vió la tia Mari-Andrea, ni yo estuve por aquí hace mucho tiempo, porque sé que no hago falta, con que.... compadre, ya puedes borrar todo eso, porque el diablo es el que tienes delante.

—¡Ah! replicó el monje sin importarle gran cosa la presencia de tal personaje: ¿con que eres tú, eh? ¿Y me llamas compadre?

—Sí, te llamo compadre, porque quiero que nos entendamos por buenas, sin cuestiones ni disputas; con que á borrar lo hecho y....

—No me dá la gana, contestó e lmonje algo atufado; ¿porqué lo he de borrar?

—Porque en nada se parece á mí; aquí estoy en tu presencia, mírame bien y juzga tú mismo.

—¡Que juzgue yo!

—Sí.

—Pues si te he de decir la verdad, me pareces aun mas feo que en el retrato, y en su consecuencia rasgaré esa boca para que....

—¿Con que te parezco mas feo?

—Mucho mas, muchísimo mas.

—Vamos, dijo el diablo para sí, está visto que los hombres tienen tanto amor propio y tanto orgullo como yo; soy su misma figura y dicen que parezco mas feo.... Y alzando la voz añadió: con que acabemos de una vez, ¿reformas esa pintura ó nó?

—No, no, y cien veces no.

—¿No? Pues á ver cómo bajas de ahí; y diciendo esto pegó un puntapié al andamio y dejó al pobre monje en el aire agarrado á una tabla que iba cayendo poco á poco.

—¡Ay, madre mia! Vírgen Santísima, ampárame, gritaba el deventurado, al ver que se precipitaba desde tan alto, mientras el diablo reia á carcajadas al ver su espanto y su apuro; pero entónces la Vírgen estendió su mano de-

recha, cojió al monge por la capucha y lo dejó en el suelo con toda suavidad.

—¡Ay, gracias, muchas gracias, hermosa Señora, si no es por vuestra santa intercesion consigue este maldito.... pero ¡calla! ¿dónde está? ¡desapareció!....

Efectivamente, el diablo, al ver el movimiento de la Vírgen, huyó apresuradamente, pero jurando para sus adentros que el monje se las habia de pagar.

III.

Despues de haber dado las gracias á la Vírgen con una fervorosa plegaria, y despues de ofrecerle aumentar en el retrato su celestial hermosura, si esto era posible, salió el reverendo pintor á dar una vuelta por las cercanías del convento, para distraer algun tanto su atribulada imaginacion. Pero no se habia internado gran trecho en el espeso monte cercano al monasterio, cuando, saliendo de entre unos matorrales, se dirigió á él una muger de maravillosa hermosura, diciéndole con voz triste y armoniosa:

—Padre mio, padre mio, ¿tendreis la bondad de indicarme el sitio donde me encuentro?

Soy una pobre mujer que por librarme de las asechanzas de un mal hombre que me persigue, me he estraviado en este monte, y si no me amparais soy perdida.

No sé qué dulce encanto tenian las palabras de aquella dama; pero ello es que el pobre monje sintió una conmocion general en todo su cuerpo y le causaba una turbacion inesplicable el brillo esplendoroso de los negros ojos que con ternura le miraban.

—¿Y qué podré hacer en vuestro obsequio, hermosa señora? le contestó con voz turbada.

—Guiarme al camino, padre mio, y despues.... si me abandonais, esperaré á que me socorra alguna alma caritativa....

Y al decir esto, dos lágrimas como dos perlas cayeron de sus ojos, brillaron un momento en sus mejillas y se ocultaron en su blanquísimo seno.

—¿Y no seria mejor, añadió el monje algo trémulo, que bajárais á Villanueva? está cerca y os proporcionaria un escelente asilo.

—¡Ah! No, padre mio; á Villanueva nunca, porque allí está precisamente mi perseguidor; acompañadme, si sois tan bueno, hasta encontrar el camino, y luego....

—Bien, señora, os acompañaré hasta donde querais.

Entonces la hermosa dama se agarró del brazo del monje, lanzándole una mirada tan abrasadora que encendió toda su sangre, pero no sé cómo se componian, porque iban andando, andando y siempre se internaban mas en el

monte y siempre el camino que buscaban parecía mas lejano.

Por último, la señora, dando muestras del mayor cansancio, se detuvo de pronto, y dijo:

—No puedo mas, padre mio, no puedo mas; la fatiga me rinde, dejadme aquí, qué no es justo os molesteis por esta pobre desventruada.

—¡Dejaros! esclamó el monje con entusiasmo, eso nunca, y menos ahora que nos amenaza una tempestad. ¡Ah! precisamente hay allí una choza que nos brinda con su abrigo; haced un esfuerzo y lleguémos á ella.

—¡Oh! ¡Qué bueno sois! ¡Cuánto agradecimiento guardo para vos en mi corazon!

Y diciendo así llegaron á la cabaña bastante á tiempo para librarse de la lluvia que empezaba á caer. Pero la dama, ademas del cansancio, era al parecer nerviosa y tímida, porque los truenos la espantaban y à cada uno de ellos se estrechaba y arrimaba al pobre monje, y hasta hubo momento que, sin saber lo que hacía por el miedo, le echó los brazos al cuello. ¡Ay! nunca el desventurado se habia visto en tan crítica situacion: nunca habian cruzado por su pensamiento ideas como las que ahora le ocupaban; nunca, como entonces, habia odiado la tranquilidad del monasterio, ni habia creido necios los votos pronunciados. Era completamente un hombre distinto del pintor de por la mañana.

—Señora, señora, dijo; no sé lo que siento á vuestro lado: creo que me vuelvo loco, y que si quereis, podeis causar la perdicion de mi alma; no sé lo que sois que así trastornais mi corazon.

—¡Oh! pues yo sé muy bien que sois bueno, y que nunca os pagaré lo que por mí habeis hecho.

—¿Pagarme?.... sí, podeis pagarme, señora, pero....

—¡Si es paga suficiente la gratitud de mi corazon!.... dijo ruborizándose.

—La gratitud.... sí, sí, la gratitud es bastante.

—Y el mas tierno cariño....

—¡Oh! callad, no me hableis de vuestro cariño, porque si llegara á conseguirle, os seguiria hasta el fin de la tierra.

—¿Me seguiriais? ¡Oh! ¡Qué felicidad! ¡Cuánto os amaria!

—¿Me amaríais?

—¡Sí, sí, eternamente! Y la dama añadió en voz baja: no quisiste reformar mi retrato, pero yo haré que te arrepientas; voy á infundirte un nuevo pensamiento que corone mi bien comenzada obra.

—¿Qué dices, amada mia? esclamó el monje acercándose con ternura.

—¡Ay! ¡Que somos muy desgraciados; no tenemos oro; yo soy tan pobre!....

—¡Oro! ¿Y para qué lo necesitamos?

—¿Para qué? Si tuviéramos oro, correríamos libres y dichosos de una parte á otra; veríamos las grandes poblaciones, ó nos retiraríamos á un valle pacífico y tranquilo, donde gozaríamos solitarios de nuestro amor y ternura. ¡Ah! ¡Qué felices seríamos!

—¡Sí.. sí.. espérame en este mismo sitio.

Y sin decir otra palabra salió apresurado de la cabaña sin hacer caso de la lluvia que caia.

La dama, en cuanto se vió sola, lanzó una bronca carcajada y esclamó:

—Veremos si mañana está reformado mi retrato.

Una hora despues volvió el monje pálido, agitado, pero decidido, y esclamó:

—Ya tenemos oro.

—¿Cómo? ¿Con que eres rico, amor mio?

—¿Yo? No por cierto, contestó con voz ronca; he robado el tesoro del monasterio por amor tuyo; pero huyamos, porque temo que nos persigan.

—Sí, sí, huyamos pronto: ¡cuánto te voy á querer!

Y el monje se dejó guiar por la dama y fueron corriendo, corriendo, corriendo, sin saber adónde; siempre entre árboles y malezas, siempre en el mismo monte, como si dieran vueltas á un círculo. El monje se desesperaba y llegó al colmo su aturdimiento al sentir ruido de gente que se acercaba. Entónces la dama comenzó á gritar diciendo:

—¡Socorro.... socorro!

—¡Calla desventurada! gritó el monje: ¿á qué viene eso? ¿No ves que hay cerca gente?

¡Socorro!

—¡Alto! gritó un hombre rechoncho y barbudo que apareció entre ellos de repente: aquí está el ladron, compañeros, dijo volviéndose á los que le seguian; atadle bien y llevémosle al convento.

—¡Soy perdido! murmuró el monje con

desaliento, entregando sus brazos sin resistencia á los que le perseguian.

—¡Ay! esclamó la dama con lágrimas en los ojos, benditos sean mis salvadores; si no llegais tan oportunamente, soy víctima de la violencia de ese mal hombre.

—¡Calle! dijo uno de los recien llegados, ¿con que à mas de ladron tambien mujeriego? bueno, bueno; vaya con Dios, hermana, que este ya llevará su merecido.

La dama no se hizo de rogar y desapareció, y el pobre monje fué conducido à una prision, en donde le dejaron encerrado y solo con sus tristes pensamientos.

Lo que mas atormentaba al desgraciado monje era la inesplicable conducta de la mujer que le habia seducido y engañado tan lastimosamente; pero como el hombre busca siempre disculpa á las faltas que comete la mujer amada, se persuadió pronto de que solo el temor de verse prisionera la habia obligada á tomar el papel de acusadora, tal vez para buscar despues los medios de salvarle. ¡Qué nécios somos!... En esto tenia ocupada su imaginacion, cuando sintió llegó llamar quedito á la puerta y que preguntaban ¿se puede entrar?

—Adelante, contestó con mal humor.

Y el diablo, pues era él, deslizándose por la cerradura entró en el aposento saludaudo á su víctima con una risa fisgona, demasiado irritante á la verdad.

—¡Ah, maldito! esclamó el monje, ocurriéndole por la primera vez que sería obra de Sa-

tanás lo que le pasaba; apuesto á que por tu causa me encuentro donde me encuentro.

—¡Pche! contestó el diablo con insolencia; bien pudiera ser, compadre.

—Mira.... no me llames compadre, porque.... si tuviera yo aquí mi rosario....

—Pero afortunadamente no le tienes, ni hace tampoco mucha falta. Vamos á ver, ¿quieres salir de aquí?

—Claro está que quiero.

—¿Y volver à tus ocupaciones como si nada hubiera pasado y sin que padezca tu reputacion?

—Desde luego.

—¿Y olvidar á aquella muger?

—¡Ah! eso.... ¡olvidarla!.... ¡Es tan hermosa!

—Y sin embargo, has hecho de ella un retrato que espanta.

—¿Cómo? ¿Serías tú, maldito?....

—El mismo, hijo, el mismo; pero esto ya no es del caso; tú estás preso y acusado: yo vengo á darte la libertad, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que reformarás mi retrato; no quiero que el mundo me creo tan feo como tú me pintas, porque.... francamente, no lo soy.

—¡Ah, necio, orgulloso! pero en fin, puesto que no hay otro remedio suscribo á esa condicion.

—¿Y la cumplirás?

—La cumpliré.

—Corriente; me fio en tu palabra; vete en paz y duerme tranquilo; que yo me quedo en tu lugar.

Y diciendo esto abrió de par en par la puerta de la prision; el momje salió por ella sin hacerse de rogar y se encaminó á su celda.

Pero habian pasado muy pocos momentos cuando el diablo, dàndose una palmada en la frente, esclamó:

—¡Por mi nombre! No me acordaba que antes de una hora tengo que asistir á la cita que me dió aquella dama de Persia, creyéndome su amante! ¡Y cuidado que hay leguas desde aquí á Persia! Sin embargo, es preciso que me atrapen en el lecho de la tal señora, para evitar así un casamiento que pondria en paz dos poderosas familias. Vamos, no hay remedio; dispénseme el monje, porque lo que es yo me voy á la Persia.

Y sin mas acá ni maś allá, desapareció dejando abandonada la prision.

Un hombre entró en ella poco despues trayendo la cena para ei prisionero; pero al ver que no habia nadie comenzó á dar gritos, puso en alarma toda la gente, salieron en persecucion del fugitivo y el resultado fué que volvieron à encerrar á mi pobre monje, aseguràndole con un par de grillos para evitar otra escapatoria.

—¡Pobre monje! Pasó toda la noche llorando á lágrima viva, renegando del diablo y de quien en él se fiaba.

Pero allá poco despues de amanecer, sintió abrir las puertas de su encierro y vió delante

de sí, casi con alegria, al mismo diablo en persona con una cara tan compungida que daba làstima.

—¡Ah! ¡Cómo me has engañado, infame, tramposo! esclamó el monje dirijiéndose á él.

—Es verdad, contestó humildemente el diablo, pero dispénsame, compadre, un negocio urgentísimo me obligó á ausentarme por poco tiempo; pero ¿cómo estás aquí?

—¿Que cómo estoy aquí? Buena noche me hiciste pasar.

—¿Pues y yo? Figúrate que me habia citado una señora de Persia, muy hermosa por mas señas, nada ménos que á pasar la noche en su compañía; cuando héte aquí que á los pocos momentos me descubrieron unos desalmados, y me pegaron la paliza mas soberana que cayó sobre castillas de diablo, desde que diablos ecsisten. ¡Si vieras cómo me duelen los huesos!

—¿Sí? ¡Me alegro! Te está bien empleado.

—Bueno, bueno; ya me las pagarán todas juntas. Ahora vete en paz [el diablo no cree culta ni galante la frase *vete con Dios*] que yo arreglaré tu asunto; pero cuidado con el retrato.

—Y cuidado con hacerme otra jugarreta, porque entónces con cuatro pinceladas mas....

—No, no; te doy mi palabra de que quedarás contento.

—Pues entónces servido.

Dos horas despues el capítulo del monasterio, erigido en tribunal, bajo la presidencia del abad, citó al monje para que respondiera á los

graves cargos que contra él resultaban, y el diablo se presentó con ademan contrito y humilde. Pero por ecsacta que fuera su semejanza con el delincuente, alguno de los jueces concibió ciertas sospechas de que allí habia trampa y las comunicó en voz baja á sus compañeros; éstos convinieron con él y acordaron valerse de algunos exorcismo para averiguar la verdad del caso. Por muy en secreto que trataran este asunto, el diablo, que no es tonto, se apercibió de ello y murmuró para su capote con alguna inquietud:

—Apostaria cualquier cosa á que esta gente trata de hacer alguna de las suyas; no, pues como empiecen con exorcismos y oraciones no soy yo el que espera; por otra parte irme sin mas ni mas, sin algo entre las uñas.... ¡Bah! me llevaré al abad y alguno me lo agradecerá.

Y viendo que uno de ellos sacaba el breviaro de entre los hábitos, hizo un grande esfuerzo, rompió las ataduras, y saltando á la silla presidencial, cogió al abad por la capucha y huyó con su presa por los aires, lanzando carcajadas.

¿Creereis acaso que el diablo se llevó al abad? ¡Cá! Lo que se llevó fué el hábito, porque estaba el santo varon tan flaquito y estenuado por los ayunos y la penitencia, que al sentirse cogido se escurrió bonitamente al suelo sin que el diablo lo advirtiera.

Despues los monjes fueron en busca de su companañero el pintor y le pidieron humildemente perdon por la injusta sospecha que de él ha-

bian tenido, puesto que el robo del tesoro y todo lo demas habia sido cosa del diablo. El monge fué generoso; los perdonó á todos de buena voluntad; y agradecido, como era justo, á un diablo tan de bien, reformó considerablemente su retnato, dejándole, si no hermoso, pasadero al menos; y dicen algunos que al saberlo Satanás sintió tal impulso de alegria que convidó á un opíparo banquete de alas de mosca y patitas de araña fritas en sarten, á los diablos y archidiablos que desempeñan los cargos mas principales en su poderoso reino.

Fin.

ODIO NORUEGO.

ODIO

NORUEGO.

TRADICION NORUEGA.

MATANZAS.

Establecimiento tipográfico de la "Aurora del Yumurí."
1859.

I.

ırca de la aldea de Quam, en ese risueño
ıtoresco valle de la Noruega que se cono-
ɔn el nombre de Gudbrandidal, y al pié de
ga cordillera de montañas que domina el
de Lougen, se vé una larga piedra se-
'al, que debe ser muy antigua, á juzgar
su color oscuro, por las grietas de que es-
ına, y porque parece hallarse incrustada
tierra. Separando las ramas de los arbus-
ue la ocultan á la vista, y las pequeñas
as que la cubren casi totalmente, se distin-
sobre esta piedra dos cruces grosera-
:e talladas, á los dos lados dos letras ini-
s, una L. y una E., y estas tres palabras:
rlighed after Doeden." (Amor despnes de
uerte.)

Mostrando á los viageros el antiguo monumento fúnebre de Quam, las personas ancianas de la aldea refieren la siguiente singular historia:

Habia en otro tiempo en este distrito dos jarls (magnates poderosos) cuyas funestas disensiones han aflijido por largo tiempo el pais sometido á su dominio. Uno de ellos ocupaba la ribera derecha, otro la ribera izquierda del Lougen. Una íntima y estrecha amistad les habia unido en su jventud. En las guerras de Dinamarca contra Suecia habian arrostrado los mismos peligros en el campo de batalla, y adquirido igual renombre de valientes. Alguna diferencia de situacion en el elegante mundo de Copenhague habia venido á turbar sus antiguas relaciones. Una rivalidad de amor profunda, continuada, perseverante, habia comunicado á su corazon una irritacion notable. De vuelta á Noruega, la proximidad de sus propiedades, las contestaciones que continuamente tenian lugar entre ellos á consecuencia de aquella proximidad, ya por el límite de su campo, ya por la supremacía de un derecho hereditario, habian desarrollado poco á poco y arraigado en su espíritu uno de esos odios que cualquiera circunstancia inflaman como una hoguera á quien el viento sopla: de esos odios que corroen las fibras delicadas del alma como una gangrena cuyos progresos nadie puede detener, y que se trasmiten en herencia de una generacion á otra, como una enfermedad mortal.

Desde la cima de las escarpadas rocas donde

se elevan las torres de sus castillos feudales, los dos jarls se acechaban como dos aves de rapiña prontas á lanzarse una sobre otra á la menor ocasion, y aguzaban sus garras y sus picos como para desgarrarse. Los habitantes de sus dominios, los criados de sus castillos aumentaban, unas veces sin quererlo y otras con una intencion hostil, aquellas fatales disposiciones. Ya era un pescador de Quam ó de Hundtorp que yendo á tender sus redes sobre las aguas del Lougen habia sido sorprendido y maltratado por los pescadores del otro Clom. Ya era un pastor que habia puesto en huida y dispersado por los bosques al tímido rebaño de otro pastor. Ya era, en fin, un cazador á quien se detenia en medio de la selva, despojándole de de su caza. Cada uno de estos individuos así ofendido y ultrajado, iba inmediatamente á referir el hecho á su señor. La cólera mas violenta agitaba á este al oir semejantes narraciones, y luego tenian lugar las mas inflexibles represalias.

El señor de Quam era, sin embargo, un hombre de un carácter dulce y generoso. Muchas veces habia deplorado estas funestas divisiones. Hubiera querido que se terminasen, concluyendo un tratado de paz, para vivir como en otro tiempo, en buena armonía con su antiguo compañero de armas. En algunas ocasiones habia tenido la esperanza de realizar esta dichosa conciliacion; por eso recomendaba á sus gentes que obrasen con calma y con moderacion, y como era querido y venerado de todos los que le rodeaban, habia fácilmente apa-

ciguado su encono y vencido sus resoluciones: pero se olvidaba que de todas las causas de odio que pueden ecsistir en el corazon del hombre, las heridas hechas al amor propio son las mas graves y las mas incurables. Habia humillado, abatido el orgullo del señor Hundtorp por las prerogativas superiores de su nacimiento. Descendia en línea recta de Harald, el de los hermosos cabellos, el antiguo, el supremo dominador de la Noruega, al paso que su vecino no era mas que el descendiente de un jarl, en otro tiempo bastante oscuro del distrito de Drontheim. Le habia humillado por las atenciones que sus maneras distinguidas le habian procurado en el mundo, y por el afecto especial que el rey manifestaba. En fin, habia destruido sus pretensiones desposàndose con la jóven y noble dama cuya mano habia inútilmente solicitado largo tiempo el señor de Hundtorp.

Mas tarde se casó este tambien, pero ni las ventajas que le presentaba una rica alianza, ni las dulces cualidades de la que consintió en unir su suerte à la suya, pudieron amortiguar en su antiguo corazon la vergüenza que le causaba la fortuna de su rival. Su esposa, por otra parte, no tenia ningun título de nobleza. Era simplemente la hija de un mercader de Bergen, buena y modesta, sencilla y compasiva, pero sin talento y sin distincion. Cuando veia pasar á su vecino con su jóven y noble esposa, tan bella, tan elegante, esperimentaba una especie de rabia convulsiva, y mas de una vez, en algunos de los arrebatos de su furor llevó

la mano á un arcabuz para hundir en el polvo á aquella pareja dichosa, cuyo risueño aspecto era para él como un insulto perpetuo.

Por una singular fatalidad, tuvieron cada uno un hijo único, y los dos niños crecieron con los sentimientos de odio que á cada instante estallaban en derredor de su cuna. En ellos se fué reflejando el carácter distinto de sus padres.

A los diez y ocho años, Olat de Hundtorp era el hombre mas temido que existía en el distrito. Montaba á caballo desde por la mañana, y con la daga á un lado y el arcabuz al hombro, marchaba por los montes y por valles en busca de los animales feroces, y ¡desgraciado del pobre paisano que se encontraba al paso del impetuoso jóven! Olat no dejaba nunca de darle algunos latigazos, y una cohorte de malas cabezas que, ordinariamente le seguían en sus escursiones, se creía obligada à imitarle. Si un carretero marchaba al lado de su caballo, ó un leñador agoviado bajo el peso de su carga, la alegre cuadrilla recibía un placer volcando el carro y echando la leña por tierra.

Por eso, luego que veian venir de lejos al jóven jarl de Huntorp, hombres y mugeres todos huían de él, y sino podían evitar su presencia, le saludaban con las mayores muestras de respeto, que le daban una alta idea de su importancia. Por la tarde se sentaba con sus compañeros al lado de una mesa llena de frascos de aguardiente y jarros de cerveza. Cada uno entónces refería, como otras tantas hazañas; las calaveradas hechas en todo el dia, y estas relaciones

iban seguidas de alegres aclamaciones y de báquicos cantares, cuya salvage armonía llevaba la turbacion y el espanto en el corazon de los pacíficos habitantes de las aldeas.

Eric de Quam era de un carácter dulce y grave. Su padre había cuidado de desarrollar en èl á la vez sus facultades intelectuales y sus fuerzas físicas. Su madre, que habia recibido una educacion no muy comun en aquella época, le enseñaba por sí misma el aleman y el frances, y le hacía leer muchas y muy buenas obras de historia, de literatura, que habia llevado de Copenhague. Eric era apasionado por las novelas y libros de caballería, y por las leyendas que en su tiempo llamaban á la vez la atencion de las personas notables y distinguidas de la generalidad del pueblo.

Muchas veces se le veía andar por las colinas con su arcabuz á la espalda y su cacerina á la cintura, pero en lugar de perseguir á algun inocente habitante de los bosques, se detenía al pie de un sauce, sacaba un libro del bolsillo, y se ponía á leer, si no se entregaba à sus meditaciones. Si al paso encontraba algun pobre paisano, se llegaba á él con afabilidad, se informaba del estado de su familia y del producto de su trabajo, y muchas veces le daba algun socorro. Pocos dias pasabana sin que fuese en ausilio de algun desgraciado, sin que atragese alguna bendicion. Era sin duda un hermoso y noble jóven, de ojos azules, de cabellos rubios; pero su fisonomía revelaba una singular espresion de tristeza, y las buenas gentes, con las cuales se mostraba tan bueno y tan caritativo, se pregun-

taban muchas veces con sentimiento por qué no le veían reir casi unnca.

Su intrépido vecino Olat había adquirido en todo el pais una gran reputacion de valiente. Se le había visto lanzarse sin temor á la cima de los pinos mas escarpados, desafiar osadamente al oso en su albergue y arrostrar la rabia de los lobos en los abetos. En una comarca como la Noruega, donde el pueblo ha conservado las tradiciones de los valientes Wikings y de los feroces Bessereirs, y donde todos conservan una especie de veneracion hereditaria por la fuerza física, ese atrevimiento de Olat escitaba la instintiva admiracion de sus paisanos, y ocultaba muchas vsces su brutalidad con cierta especie de prestijio. Sin embargo, bajo esterioridades mas tranquilas y con la apariencia de una organizacion mas frájil, Eric ocultaba un jeneroso valor y suplia al vigor del cuerpo su destreza y ajilidad.

Los dos jóvenes se habian encontrado en un gran banquete, en casa de un jarl de las inmediaciones, donde segun la antigua costumbre noruega, la comida terminaba con diversas luchas en campo abierto. Inflamado Olat por la bebida, y movido por el ódio ardiente que habia heredado de su padre, habia provocado á Eric.

Ambos, bajándose la ropa hasta la cintura, se habian abalanzado el uno sobre el otro á la vista de lcs convidados reunidos, formando círculo para verlos. Olat era evidentemente mas robusto y mas fuerte que su antagonista, pero este tenia en todos sus movimientos tal lijerza y

prontitud que maravillaban. La lucha duró largo tiempo, y los espectadores la observaban con ansiedad, los unos haciendo votos por el jarl de Quam, los otros por el Hundtorp. No era ya una de esas justas ordinarias reducidas à un mero simulacro, sino un combate obstinado en que por ambas partes se manifestaba una antigua enemistad. Brillaban de cólera las miradas de Olat; las de Eric eran menos ardientes, pero no era dificil el observar en ellas cierta animacion desusada. El uno era impetuoso, pero algunas veces su misma impetuosidad inutilizaba sus estraordinarios esfuerzos; el otro, mas débil, aunque mas reflexivo, se aprovechaba de todas las faltas de su adversario, se escapaba de entre sus brazos, se levantaba con agilidad y volvía de nuevo á lanzarse hábilmente contra él.

Al verlos á los dos con tan diferentes medios de accion, se habria dicho, si la comparacion no fuese demasiado injuriosa para Eric, que era un tigre musculoso del desierto, estrechado por los anillos elásticos de una serpiente. Despues de muchas tentativas hubo un instante de crísis en que los partidarios de Olat no pudieron reprimir un acento de triunfo, el jóven jarl acababa de cojer á su adversario por medio del cuerpo y lo levantaba en el aire para tirarlo contra el suelo; pero Eric, sorteándole, escapaba á este rudo ataque, y aprovechándose al momento de su antagonista le estrechó vigorosamente á la cintura, lo tiró contra el suelo en medio de las universales aclamaciones de sus amigos, y aun de los mismos de Olat, maravillados de tal ajilidad. Olat se levantó, pin-

tado en su ftente el color de la afrenta, y dirijiendo á Eric una mirada de furor:

—Hasta mañana, dijo, no ya para luchar con las manos, sino con el sable, como los caballeros.

—Bien, respondió Eric, aproximándose con cierto aire de modestia á sus partidarios.

Al dia siguiente se reprodujo el combate, mas esta vez obtuvo Eric mas ventajas que la víspera. Su agilidad y otras buenas partes que tenía le servían mas esta ocasion que la fuerza. Mientras el impetuoso Olat se abalanzaba á él con aquel ardor ciego, inseparable de la cólera, Eric lo observaba, lo veia venir, paraba todos sus golpes y contestaba con la destreza de un espadachin consumado. Irritado Olat de tal resistencia, quiso acabar con ella por medio de una acometida decisiva, y reconcentrando al efecto todas fuerzas, la asestó una estocada en medio del pecho que debió traspasarle parte á parte; mas él sorteó el golpe y contestó en seguida de tal manera que desarmó á su adversario, dejándole caer la espada.

Segunda vez humillado y vencido, no quiso tentar la suerte la tercera. Recogió, pues, con rabioso ceño su espada la partió, contra las rodillas, y tiró á larga distancia los pedazos como una cosa despreciable. Luego, sin despedirse de nadie, ni aun del huésped, partió con sus compañeros, y los que estaban cerca de él le oyeron murmurar algunas palabras de cruel venganza.

No se le habia ocultado á la perspicacia de Eric la altiva condicion de su contrario, de forma que las observaciones que habia hecho le

causaban zozobra y no le permitian entregar del todo á la satisfaccion de su triunfo.

Era un hombre de un temple harto valiente para que un temor indigno de su persona le hiciese darse por vencido; empero, su alma supersticiosa y naturalmente inclinada á los presentimientos, le mostraba en el porvenir un enemigo implacable que no cesaría de perseguirlo, y que acecharía una ocasion en cogerlo indefenso cuando menos lo pensase.

Cuando volvió à su casa y refirió todo lo que habia pasado, abrazóle su padre arrasados los ojos en lágrimas de puro gozo, como á un hijo que sabe volver por la honra de su familia, descendiente de la raza del rey *Harald*; pero la madre, que miraba este asunto con la ternura propia del corazon de las de su sexo, se sintió como acometida de una dolorosa angustia.

—¡Ayúdenos Dios! dijo; largo tiempo ha que estábamos espuestos á la venganza del *jarl* de Hundtorp, y hénos aquí hoy espuestos á la de su hijo, que amenaza tan de cerca al nuestro. Aunque tenga la pena de ver que se separa de mí, es necesario que él parta: su alejamiento, su ausencia pueden únicamente ir borrando el resentimiento del orgulloso enemigo à quien ya he vencido mas de una vez.

Respondían estas palabras de la madre á uno de los votos mas deseados de Eric. Los libros que habia leido, las vagas ideas que lo habian aficionado á ellos, su viva imaginacion, y tal vez, el instinto que se observa con tanta frecuencia en los hombres del Norte, habian despertado en él el deseo de viages sin término ni

fin, aun flotantes en el espacio, mas llenos de irrisistibles atractivos. Además, amaba estraordinariamente su pais, y sé que no pudiera haber otro mas hermoso en el mundo; no obstante lo cual, siempre que hallaba en algun poeta ó novelista alguna descricion de otros paises, esperimentaba tal y tan fuerte tentacion de trasladarse á ellos, que hubiera querido verificarlo en al momento. A tal punto la novedad de otras costumbres cautivaron su atencion. ¡Ah! ¿Quién de nosotros habrá que no haya tenido iguales deseos? La tierra no ha sido creada para que el hombre la admire en toda su estension? No es casi un deber religioso el tratar de recorrerla por todos los medios imaginables, como un libro celestial donde la grandeza y el poder de Dios se manifiestan á cada página con tan sublimes caracteres?

Así pensaba Eric, y por eso escuchó con tanto gusto las palabras de su madre; pero esperaba el parecer de su padre, el cual en su severidad militar no podia admitir tales ideas, mayormente en circunstancias en que el ir á viajar podria ser interpretado de una manera poco conveniente á la reputacion de valentía de su hijo.

Un nuevo acontecimiento hizo indispensable la egecucion de sus ideas verdaderamente varoniles. Eric se volvia una tarde á su casa despues de haber dado su paseo de costumbre, cuando á un lado del camino que conducia á su cosa oyó gemidos de desolacion. Llevado de sus sentimientos naturalmente compasivos, bajó apresuradamente á lo hondo del valle, y

presenció una escena que le hizo saltar de cólera. Una muger desvalida y anciana, compañera de uno de los colonos de su padre, se hallaba allí luchando sola á brazo partido con uno de los mas fieles, al propio tiempo que bàrbaros camaradas de Olat, porque quería quitarle una espuerta de legumbres que ella llevaba, no sin gran trabajo, de su pegujar.

—¡Miseraále! esclamó Eric, indignado de tal acto de latrocinio, interponiéndose entre el ladron y la pobre muger.

—¡Ah, sois vos, señor mio, dijo el satélite de Olat con amarga ironía; sabed que celebro haberos encontrado; mucho tiempo hace que tenemos que ajustar una cuenta y yo, si puedo hacerlo por mí mismo, no me lo desagradecería la noble casa de Hundtorp. Veamos: en guardia, señor valiente, y veamos si á mí tambien me dejais caer la espada de la mano.

Y diciendo y haciendo tiró de su larga espada, pues, en la mano, colocóse frente á frente de su antagonista, mientras que la pobre muger, temiéndose por su amo no menos que por sí propia, le decia que no se espusiese así, y que ella daría todo cuanto tuviese con tal de no verle entregado al furor de sus enemigos. Habíase trabado ya el combate, y el compañero de Olat, ciego por la honra de su raza é ignorante de la rara firmeza de Eric, se habia lanzado con tanta impetuosidad en la lucha, que á la tercera embestida se clavó á sí mismo y cayó herido de un golpe mortal en el pecho.

—¡Maldicion! esclamó, no se engañaba mi madre cuando me decia que servia á un mal se-

ñor; ahora conozco que anduve desacordado en no haber seguido sus consejos. ¡Perdonadme, Dios mio!

Eric, lleno de dolor, acudió á socorrerlo.

—No, no, dijo el herido, yo lo siento; todo es inútil, estoy herido de muerte; permitidme únicamente que estreche vuestra mano; haced que rueguen por mi alma y tened aprestadas vuestras guardias, porque será inútil que los mios quieran vengarme. Y dichas estas palabras, cerró los ojos, y exhaló el último suspiro.

La muger se dirigió al pueblo inmediato á dar parte para que fuesen á llevarse el cadáver, y Eric en casa de sus padres, á quienes les contó lo que le habia sucedido.

—Ahora, dijo con angustia su madre, ya no hay nada que dudar, preciso es que nuestro hijo se ausente, sinó queremos verle sorprendido y asesinado algun dia por alguno de sus pícaros enemigos en medio de los bosques. Por otra parte este niño está vendido por donde quiera que vaya, porque esos malvados hombres de Hundtorp agotarán todos los recursos imaginables hasta que logren vengarse. Es muy probable que ellos pongan este asunto en manos de la justicia, aunque tengan muchas razones para temerla, y yendo Eric á Copenhague puede prevenir los efectos de una persecucion calumniosa.

El anciano jarl permaneció algunos instantes sentado en su sillon, absorto en sus meditaciones. Por el fuego que brillaba en sus ojos al través de sus largas y espesas cejas, por la contraccion de los músculos de su rostro se cono-

cia que estaba agitado de una violenta lucha. Su muger y su hija le miraban silenciosas esperando con respeto que manifestase su parecer.

Levantóse, en fin, el jarl, tomando la mano de su hijo: "Has obrado como caballero, le dijo, defendiendo á una pobre muger ultrajada y sin amparo. Siento que el desgraciado haya espiado tan cruelmente su crímen, pero cuando la mano coje la espada ¿quién puede responder de los golpes que dé? Ahora creo que debemos seguir los consejos de su madre, y aunque siendo mucho separarme de tí, es necesario que partas lo mas pronto posible. Voy á escribir algunas cartas á mis amigos de Dinamarca, y deseo que mañana te pongas en camino."

En efecto, al dia siguiente, Eric montado en un gran caballo, provisto de una gran cantidad de dinero, y seguido de un fiel criado salió del castillo de Quam. Su padre al despedirse de él, se enjugaba furtivamente las lágrimas, y su madre, que lo habia inducido á partir, lloraba al verlo dispuesto á alejarse, se desesperaba y le suplicaba que no se fuese.

—Vamos, Ebba, dijo el anciano jarl, ten un poco de valor. Ya ves que es necesario que se vaya; tu corazon maternal le ha advertido de los peligros que aquí le amenazan, y por otra parte debes considerar que los paises que va á recorrer ofrecen la mayor seguridad.

Diciendo estas palabras, cogió de la mano á su muger, y dió un latigazo al caballo de Eric, el cual partió á galope.

Olat supo casi á un mismo tiempo la muer-

te de su compañero y la partida de su enemigo.

—¡Cobarde! esclamó, no se atreve á esperar los efectos de mi cólera; pero yo lo buscaré y me vengaré.

II.

Mientras que su enemigo amenazaba así el porvenir de Eric, este caminaba tranquilamente á lo largo del Gudbrandsdal, ya pensando con tristeza en la agradable morada que acababa de abandonar, ya lanzàndose con la ardiente imaginacion de la juventud á los nuevos paises que iba á recorrer.

Atravesó, haciendo cortas jornadas, una parte de las costas de la Suecia, desde donde una barca pescadora lo condujo á las playas de Copenhague. En Gottemburgo habia ya recibido una carta consoladora de su familia. Las gentes de Hundtorp, sin duda por temor de reanimar el recuerdo de sus propias maldades, no se habian atrevido á entablar demanda alguna judicial,

como la madre del jóven recelaba, y habia la mayor tranquilidad en el castillo de Quam.

Una vez tranquilizado el ánimo con estas noticias, Eric se entregó con mas libertad á todas las agradables y risueñas emociones que su viage despertaba en él. Su alma se habia abierto como una flor en medio de los atractivos de una magnífica primavera. Los estudios literarios que el jóven habia emprendido y la lectura de varios poetas habian dado mayor viveza, mas ardor á su imaginacion, pero sin modificar por eso la pureza de sus primeras sensaciones. Amaba á la naturaleza como un niño ama á su madre, como un jóven ama á la querida de su corazon: comprendia todas las armonías, aspiraba con pasion todos los perfumes, ningun monumento artístico, ninguna gran ciudad habia llamado aun su atencion: y olvidaba las descriciones de los palacios de los reyes y los castillos encantados de que hacian mencion las novelas, á la vista de una bahía de Noruega con su cintura de rocas brillando á la caida del sol, ó de un lago de Suecia engastado como una esmeralda, en medio de una sombra de abetos.

Con este poético amor á la naturaleza, viajaba alegregremente, porque todo era para él un objeto de observacion. En su largo camino hallaba pocas posadas, pero conociendo las virtudes hospitalarias de los habitantes del Norte, que él mismo habia practicado muchas veces, luego que tenia necesidad de tomar algun alimento, ó cuando su caballo estaba fatigado, se detenía á la puerta de la primera casa que veia.

Inmediatamente sus habitantes se acercaban á él, el uno se encargaba del caballo, el otro le conducía al interior de la casa: el gefe de la familia, sin preguntarle quien era, le tendía una mano afectuosa y su hija le servía humildemente en la mesa. Algunas veces, cuando no tenia intencion de detenerse, si pasaba delante de algun presbítero ó de la morada de un rico labrador, el dueño de la casa, que le habia visto venir de lejos, acudía á su encuentro, suplicándole que entrase y no desdeñase su modesta hospitalidad. Al instante se abrían los armarios, la cocina se ponía en movimiento y se presentaba al jóven estrangero el salmon escabechado, la vaca salada, la cerveza preparada por la inteligente patrona, y el frasco de arguardiente mas antiguo.

—¡Oh, mis queridos habitantes del Norte, decía Eric alejándose, vosotros teneis la pureza, la sencillez, las costumbres de los patriarcas. ¡Ojalá que conserveis siempre la agradable tranquilidad de vuestro retiro y la energía y nobles virtudes de vuestros padres!"

Hablando de esta manera, pensaba en aquellos amores elegantes, en aquellos trages lujosos que habia visto descritos en diferentes libros, le parecia que la ecsistencia pasada en los castillos y las fiestas y esplendores de la corte solo debian ser considerados como una ilusion, si se comparaban con las sencillas costumbres, con la rústica cordialidad de los habitantes del Norte. Cuando se dejaba llevar de sus reflecsiones recordaba el ódio feroz del viejo jarl de Hundtorp y el caràcter violento y brutales cos-

tumbres de Olat, pero esto no era para Eric otra cosa que el recuerdo de un hecho accidental, que desaparecía como una nube fugitiva ante el inmenso y sorprendente cuadro de la naturaleza septentrional y de las costumbres campestres, que por todas partes observaba.

Arrastrado por el atractivo de las impresiones que recibia, Eric fué mas allá de lo que habia pensado al principio. Desde Dinamarca pasó á Alemania y de Alemania á Francia, donde debia hallar la mayor felicidad que un hombre puede disfrutar en este mundo: una muger jóven, casta y pura, cuya mirada se conmueve por la primera vez á los rayos de otra mirada simpática, y cuyo corazon se dilata y palpita inocentemente bajo la impresion desconocida del primer amor.

III.

En un hermoso dia de verano, Eric volvia á su tierra natal, ya no solo como habia partido, sinó con una noble y graciosa jóven de Francia, que le amaba demasiado para no abandonar voluntariamente las risueñas llanuras de Normandía, y para no decirle como la cariñosa de la Biblia: *Tu pueblo es mi pueblo.* Esperimentaba una grande alegría al viajar con aquella amable jóven, al ofrecerla las mas delicadas atenciones, y al verla participar, con una sensibilidad esquisita, de todas las poéticas impresiones que él la comunicaba. La jóven habia visto la luz en Normandía, la de ondulosa mar, al pié de las verdes costas de Honfleur, y sus olas argentadas. Habia visto el Havre im-

ponente á inmenso, de donde partian para lejanas regiones los atrevidos navegantes. Habia reposado muchas veces en el seno de las selvas de los árboles frutales de la Normandía. Pero no tenia ninguna idea de aquellas grandes cuadros de la Noruega, donde la mar en su curso impetuoso parece penetrar las montañas y desgarrar las rocas. No tenia ninguna idea de esos prolongados y magestuosos bosques de abetos que dán un carácter tan solemne á las comarcas del Norte, ni de sus encantadores y melancólicos valles, ocultos, como tímidas flores entre dos cadenas de montañas.

A cada paso que daba por este pais tan hermoso, arrojaba un grito de admiracion y se aprocsimaba mas á Eric, para asociarse á su cándida emocion, dirijiendo una mirada de amor y de reconocimiento.

—¡Alabado sea Dios, querida Lena, decia Eric; temía que al llegar aquí no echases de menos tu rico pais, porque nosotros no tenemos la tierra fértil, el azulado cielo y los magníficos castillos de Normandía. ¿Ves esas miserables casas de madera diseminadas acá y allá, esas cabañas de pescadores penosamente construidas á orillas de la playa? Están habitadas por hombres pobres, laboriosos, que luchan sin cesar contra el rigor de los elementos, y que se creerian felices si despues de sus pesadas fatigas llegasen á obtener del ingrato suelo una escasa cosecha, ó de la borrascosa mar alguna provision de peces.

—¿Qué importa? respondió Lena. La felicidad no está en los productos de una tierra mas

fecunda, ni en el lujo de habitaciones mas suntuosas. Aquí, en estos pacíficos lugares, lejos del tumulto de las ciudades, aquí, entre estos hijos del trabajo, es donde se hallan las modestas virtudes de que me has hablado muchas veces, y la satisfaccion de las necesidades modernas. Además, no sé decir porqué, pero me parece que este pais nome es estraño, y se presenta á mi imaginacion como si ya le hubiese visto. Mi padre, á quien agradaban las crónicas antiguas, me ha referido muchas veces que nuestros antepasados habian venido de las comarcas del Norte. ¿Quién sabe si no soy yo misma descendiente de uno de esos audaces montañeses de la Noruega, y si de edad en edad, por uno de los misterios del corazon que nosotros no podemos esplicar, no se ha trasmitido hasta mí la inclinacion hácia su orígen y hácia su pais natal? Quizás, añadió riendo, soy una de tus primas: quizá tus abuelos y los mios eran parientes cercanos; pero este parentesco data desde tan lejos, que hemos podido muy bien casarnos sin pedir dispensa al arzobispo de Rouen.

El contento que el jóven esposo esperimentaba en viajar así con Lena y en verla agradada del pais por ella aceptado como patria adoptiva, acibarábalo únicamente el recuerdo del ódio de Hundtorp y de los proyectos de venganza formados contra su persona. "¡Ay! decia en su interior, este pais no es tan apacible...., y sin duda los que lo habitan no son tan buenos como la inocente Lena se imagina. Ya hacia algun tiempo que las amenazas de O-

lat no me causaban inquietud alguna.... no tenia antes tanto apego á la vida como ahora.... Ahora, Dios mio, sentiría empeñarme en una nueva lucha.... sentiría morir.

En diferentes ocasiones, habia querido comunicar sus penas y cuidados á Lena, mas el temor de apesadumbrarla, no se lo habia permitido. Sin embargo, al aprocsimarse á Quam, resolvió prepararla para decírselo todo. La habló, pues del odio que traia divididos hacía tanto tiempo á su padre con el señor de Hundtorp, y de todas las circunstancias que en los últimos años habian dado á tal odio un carácter mas fiero, y por tanto mas temible.

Escuchóle Lena con entera y viva atencion, y tomándole la mano, despues de haber acabado de hablar: No tengas ningun cuidado, querido Eric, le dijo; yo creo que ese aborrecimiento no podrá durar mucho, y si se pone algo de nuestra parte, pronto llegaremos à disiparlo y se acabarà del todo.

—Lo que es por mí por acabado, esclamó Eric, porque jamás el odio tuvo cabida en mi pecho, y soy de tal modo de pensar que quisiera poder comunicar mis sentimientos à todo el mundo. ¡Ojalá Olat llegase à tenerlos! Pero tú has venido á las montañas de Noruega á ser como un ángel de paz y reconciliacion, y no dudo de que su benèfica influencia se hará sentir hasta en aquellos corazones mas empedernidos.

Con esta conversacion llegaron los dos esposos al castillo de Quam, y cuando Lena divisó

desde el lugar de la estancia á donde iba á entrar, se puso de repente muy séria y pensativa, y se tapó el rostro con las manos.

—¿Qué tienes? la preguntó Eric; hé aquí el parage á donde me complazco haberte traido, y la casa donde tú debes ser recibida como una persona querida. Largo ha sido nuestro viage; empero, gracias á Dios, hé aquí ya el sitio de mi anhelado refugio.

—¡Ah! contestó Lena, por tí dejé los umbrales de la casa donde nací, á mis padres, pesarosos de mi partida, á mis hermanos que se abrazaban á mi cuello y me suplicaban que no los dejase, y todo lo abandoné por tí. Ahora entro en una nueva casa donde me espereran nuevos padres, sin que yo sepa si serán tan indulgentes como tú lo has sido, ni si aprobarán tu eleccion.

—¡Oh! ¿Quién duda de eso, mi querida Lena? esclamó Eric; mis padres te conocen ya por las cartas que les he escrito hablándoles de tí; y en ellos puedes estar segura hallarás prendas y afectos no indignos de los tuyos propios. Además, yo estaré siempre á tu lado y procuraré recompensarte bastantemente los sacrificios que tú has hecho.

Diciendo esto sonó en el alto de una colina una corneta campestre, cuyo sonido fué luego seguido de estrepitosas aclamaciones, viéndose agitar al rodedor del castillo una porcion de grupos de hombres y mugeres que miraban al camino. Al poco tiempo un noble anciano de magestuoso aspecto y cabeza blanca, dando el brazo á una señora, en cuyo trage se echaba

de ver cierto aire de elegancia, descendió de la colina al encuentro de los viageros.

Eran los padres de Eric, los cuales hacia muchos dias que aguardando la venida, de sus hijos habian tenido cuidado de poner en lo alto de la colina á uno de sus criados para que avisase en el punto y hora que los descubriese. Corrió Eric juntamente con su esposa á abrazar à sus padres, y luego que toda la familia se halló reunida, hubo un momento de silencio que en vano tratarîamos de describir.

El padre, despues de haber estrechado à sus hijos contra su corazon, observó en Lena lo orgullosamente satisfecha que estaba, y la madre la miró con especial ternura.

Sensible y agradecida Lena à la acogida que habia tenido, derramó lágrimas de alegría. Las gentes del castillo y las del pueblo, testigos de esta escena tan cordial y afectuosa echaban los sombreros por alto gritando: Hurrah! las mugeres palmoteaban y cantaban; en medio de estos cánticos y de estas alegres aclamaciones, entró Lena en el castillo de Quam, apoyada en el brazo de su suego, mientras que Eric iba detras de ella refiriendo con entusiasmo á su madre todas las virtudes y buenas cualidades de su esposa.

El dia siguiente amaneció alegrando á toda la comarca, como si la pálida aurora de las regiones septentironales quisiera festejar de este modo á los reciencasados. Una ligera niebla se levantaba en el fondo del valle, flotaba al soplo de la brisa y se estendia por las faldas de la colina como un velo de gasa. Pronto desapare-

ció con el calor del sol, dejando ver en toda su hermosura el bello paisage de Gudbrandsdal: el Lougen, arrastrando su plateada corriente por una verde pradería; á uno y otro lado montecillos cubiertos de pinos en que se veian mil rústicas habitaciones, y por encima de estos montecillos las altas montañas cuyas cimas cubiertas de eterna nieve, brillaban á los rayos del sol como lagos de oro y de azul. Con los primeros albores del dia, renació el movimiento de aquella solitaria region. El gallo silvestre saltaba de árbol en árbol lanzando gritos agudos; el pastor llevaba á pacer sus ganados que, al atravesar los montecillos y los bosques, sembraban el suelo con las perlas de un abundante rocío. De las casas de campo salían alegremente el activo labrador, y la jóven diligente. Eric y Lena, sentados en una de las ventanas del castillo, desde donde sus miradas descubrian la inmensidad del espacio, contemplaban este magnífico panorama con la ecsaltacion de la felicidad.

—¡Ah! qué espectáculo tan hermoso! esclamaba Lena juntando las manos como para dar gracias al cielo por las agradables emociones que esperimentaba, ¡qué hermoso estado, y cuán dulce el poder despertarse con un pensamiento de amor, y de piedad en presencia de una naturaleza tan rica.

—Sí, respondió Eric, muy hermoso es vivir aquí cuando uno ama, y sabe que es amado. Miro todas esas sencillas habitaciones como dispersas sobre las orillas del rio, separadas discretamente unas de otras, y medio ocultas entre las ramas de los árboles. No hay una sola de e-

esas rústicas habitaciones, donde los vagos ensueños de mi juventud no haya yo colocado el templo de la felicidad conyugal. Creía entónces que sería muy dichoso viéndome en una de ellas, separado del resto del mundo, en esta soledad tan grandiosa y tan agradable, solo con un ser amado, y sin estar espuestos mas que á las miradas de Dios. Mi dicha ha sobrepujado á mis mas dorados sueños. . .

Estás à mi lado, en mi pais natal, tú à quien tan pronto he aprendido á amar, tú cuya mirada y cuya sonrisa son para mí como una bendicion celestial.... ¡Oh! mi corazon está lleno de tal encanto que temo no sea esto mas que un sueño, ¡pero si lo fuera quiero morir antes que despertar!

Hablando así cogió á Lena por la mano y la conducía fuera del castillo, sobre las verdes alfombras de musgo que se ostentan bajo las ramas de los árboles.

Y al dia siguiente volvian los nuevos esposos á emprender su paseo campestre, que continuaban casi sin interrupcion, yendo como dos pájaros que despiertan á los primeros rayos de luz, unas veces á la cima de las altas montañas donde Eric gustaba de grabar sobre la blanca nieve el nombre de Lena, y otras al pié de la roca escarpada, de donde se despeñaba la espumante cascada. Adelantábase la jóven con ágil planta por entre la roca y la argentada llanura, y al ver entónces su hermoso rostro y su talle gentil, á través de la espumosa corriente que caia delante de ella como una lluvia de perlas

y de diamantes, parecia uno de esos seres mágicos que suelen verse en la brillante apariencia de un sueño.

Cuando Eric y Lena encontraban en su camino algun otero cubierto de musgo, desde donde se descubria á lo lejos uno de los risueños puntos de vista de toda la comarca, se sentaban al pié de un árbol y pasaban el tiempo diciéndose amores y otras cosas de las que se dicen la víspera, y al dia siguiente se repiten como si nunca se hubiesen dicho. Algunas veces enseñaba Eric á su esposa algunas frases que tenía la lengua noruega para espresar ciertos tiernos afectos, y no dejaba de reirse de ver los esfuerzos que ella hacía para pronunciar bien, segun las lecciones de su docto maestro.

Otras veces se contaban el uno al otro las tradiciones populares que habian aprendido en su infancia. Un dia Eric refirió á Lena la historia de una jóven madre, que habiendo sido arrebatada por una muerte prematura á los afectos de su familia, oyó en su atahud los sollozos de sus pequeños hijos, y obtuvo de Dios el permiso de volver á su casa para cuidar de ellos. ¡Ah! dijo al concluir esta tierna narracion: la vida del alma no puede acabar con la vida del cuerpo. Cuando se cierran nuestros ojos, y cuando nuestro corazon deja de latir, si un ardiente pensamiento de amor y de abnegacion ha animado nuestra ecsistencia, este pensamiento debe seguirnos en el atahud y acompañarnos bajo la fria losa. Sí, estoy seguro de ello; los muertos estan en comunicacion constante con los seres amados que han dejado en este mundo.

Sienten con ellos, y con ellos se alegran, afligiéndose de su infidelidad. Si llegase á morir antes que tú, mi querida Lena, estaria siempre á tu lado, y si llegaba á suceder que tuvieses necesidad de mí, Dios, no lo dudes, me concedería la gracia de salir de la tumba para venir á socorrerte, auxiliarte y consolarte.

—Sí, respondió Lena, esas creencias están tambien esparcidas en mi país, y yo he oido en Normandía cantar una antigua balada, la cual refiere que un niño vino á decir á su madre: No llores, no llores mas. Cuando tú te ries, mi sudario está estampado en lágrimas. Pero mi buen Eric, yo soy quien morirá ántes que tú, y quien saldrá del sepulcro para venir à decirte al pié de algun abeto, estas dulces palabras que tú mismo me has enseñado en la lengua noruega: *Jeg elsker dig* (yo te amo).

Mientras que ámbos jóvenes se abandonaban así á los tiernos delirios de su amor, y al prestigio de la felicidad, el odio velaba al rededor de ellos, activo y vigilante.

Al saber la vuelta de Eric á su pais, habíase despertado un furioso encono en el corazon de Olat. Cuando ademas llegó á su noticia que aquel habia traido consigo una hermosa muger francesa, esperimentara un sentimiento de celos que añadía nueva fuerza á sus antiguos sentimientos. Despues vió á Lena. Un domingo se colocó detrás de uno de los pilares de la iglesia donde aquella asistía devotamente á los oficios. Durante el canto de los salmos y mientras tuvo lugar el sermon, habia permanecido allí, con el corazon agitado por una emocion que hasta

entónces nunca sintiera, y con la vista fija sobre la pura y noble fisonomía de Lena. Desde este dia su carácter de alegre é inconsiderado, se convirtiera en triste y pensativo. En lugar de correr á través de las selvas como en otro tiempo, acompañado de una comitiva bulliciosa, vagaba solo con el fusil á la espalda y la cabeza baja. En lugar de asociarse en las nocturnas orgías á los cantos de sus compañeros, escuchaba distraidamente el relato de sus aventureras escursiones. Con frecuencia le sorprendian murmurando con aire sombrío, palabras que demostraban su viva irritacion; cada vez que se pronunciaba en su presencia el nombre de Eric, se le veia estremecerse, y su semblante toma al punto una espresion terrible.

Muchas personas, animadas de los mejores sentimientos, habian advertido à Eric las terribles disposiciones de su enemigo. Algunos aldeanos de sus dominios le habian anunciado que habian visto por la noche, á los alrededores de los montes de Quam, algunos hombres armados que vagaban á las inmediaciones del castillo, y cuyas perversas intenciones no era difícil conocer. No despreciaba Eric estos avisos. Era demasiado advertido para tratar de poner su honor á cubierto de los ataques de una cruel enemistad, y así acortó poco á poco sus paseos. Jamás salía sin ir armado de una buena espada y un buen arcabuz, pero la traicion debia superar á su severa vigilancia.

El verano fué rápido y caluroso. El otoño habia llegado, el otoño húmedo y frio, que en los paises del Norte se da la mano con el invier-

no. Adios las flores del valle, la vegetacion de las colinas y los alegres cánticos de los pájaros. Las golondrinas de rápido vuelo, los cisnes de blanco plumage, abandonaban las costas de la Noruega para buscar un clima mas templado. El cielo estaba encapotado y nubarrones parecidos á masas de plomo se estendian sobre el curso del Lougen y á lo largo de las montañas. Lena no se atrevió á esponerse, en medio de tan frias nieblas, á la accion de un viento glacial, cuyo impetuoso soplo desgarraba las grandes masas de los pinos. Eric, habituado á este clima, se retiraba solo à alguna distancia de su mansion á perseguir á algun gallo silvestre fugitivo, ó algun lobo estraviado. Una tarde que se habia dejado llevar mas lejos que de costumbre, en el momento en que se disponia á volver atras, vió venir hácia él un aldeano de los alrededores, el cual le dijo al acercarse con cierta espresion de angustia:

—¡Ah! señor: en vuestra busca venia. Compadeceos de mí: mi pobre madre se halla á las puertas de la muerte, y ha declarado que tiene que revelaros un secreto importante. Ella os llama y os suplica que vayais á verla. Tened la vondad de hacerla este obsequio.

—¡Tu madre! dijo Eric, á quien le habian llamado la atencion la estraña espresion de este hombre; ¿no es Frida Jhonnsson la que vive allí abajo á la orilla del rio?

—Cabalmente, la misma, caballero.

—Pues bien, iré á verla, pero antes tengo que volver al castillo.

—¡Oh, buen señor! replicó el aldeano; á la

pobre muger la quedan ya pocos instantes de vida, y sería un dolor para nosotros el que llegaseis demasiado tarde. Venid ahora: yo os lo ruego. En un momento estamos en nuestra cabaña, y pronto podeis estar de vuelta.

—Vamos, dice Eric, é hizo seña al aldeano para que marchase delante de él.

Para llegar á la choza indicada era necesario bajar por un sendero poco practible, al través de un bosque obstruido de malezas. El aldeano condujo por entre la espesura á Eric, quien le seguia sin ver por donde iba; de repente se detuvo y dijo: ¡Ah! ¡Dios mio! He perdido el camino; esperadme aquí un instante mientras voy á buscarlo; y dicho esto se alejó dando un silvido.

—¡Desgraciado! esclamó Eric acometido de un súbito terror.

En el mismo instante sonó un tiro en lo mas intrincado del bosque, y cayó Eric herido en en el pecho de un balazo.

—¡Oh, Lena, Lena mia! murmuró, y murió en el momento.

El aldeano, á quien las amenazas y promesas de Olat habian inducido á ese acto de traicion, llenàndose de remordimientos, echó á huir dando gritos de espanto. Los habitantes á quien llamó en socorro del jóven jarl, vinieron á recoger el cadáver y lo condujeron al castillo. No intentarémos pintar la desesperacion de la madre, de la esposa de Eric, cuando vieron aquel cuerpo ensangrentado que llevaban los aldeanos. Hay dolores que ni el pintor ni el poeta pueden espresar y que se deben cubrir con un velo.

En cuante al anciano jarl no derramó una lá-

grima ni exhaló un suspiro. Sentóse cerca del cuerpo de su hijo y allí permaneció mudo é inmóvil, con la vista fija en aquel pálido rostro que tanto habia amado; pero habia en sus secos párpados y en los músculos de su cara una espresion tal, que nadie se atrevia á dirijirle su vista, y á la mañana siguiente sus largos cabellos, que la víspera no tenian mas que un ligero tinte gris, cain como copos de nieve sobre sus enflaquecidas mejillas.

Acompañó al cementerio á su hijo, asistió á las oraciones del sacerdote y á los cantos fúnebres con tal impasibilidad, que parecia un cadáver salido de su tumba para concurrir al entierro de otro. Solamente cuando principió á caer la tierra sobre el ataud, en medio del llanto y del sollozar de los circunstantes, el desventurado padre se hincó de rodillas, inclinó la cabeza y rodaron dos gruesas lágrimas: levantóse despues sin pronunciar una palabra y se lanzó al castillo.

Algunos dias despues se le vió atravesar como una sombra por su cuarto. Iba de la sala de armas á las caballerizas y llamaba á sus criados uno despues de otro, daba órdenes con tono tan breve, tan grave y solemne, que aquel á quien hablaba corria con estraña presteza á obedecerle. Pronto se halló todo en movimiento en aquella sombría mansion del dolor. Aquí se limpiaban espadas, allí se componian los arcabuces, en otra parte se aprestaban las sillas y los arneses; todo, todo en fin, anunciaba proyectos estraordinarios, y un pensamiento belicoso de que el padre de Eric nada hablaba. Las aflijí-

das mugeres que veian todos estos preparativos, lo miraban con temor sin atreverse á preguntarle, y él iba y venia observando incesantemente el trabajo de sus criados y estimulándoles con la palabra y con la accion.

Una mañana se oyó de repente á las puertas del castillo el sonido de las trompetas, y unos cincuenta hombres á caballo, armados de alabardas, espadas y arcabuces, vinieron á formarse debajo de las ventanas. Uno de ellos tenia la brida de un soberbio caballo mas ricamente enjaezado que los demás, el cual llevaba à uno y otro lado de la silla una pistola de arzon. El anciano jarl ciñó su espada y salió del aposento, pero en el instante que atravesaba el umbral de la puerta, su esposa y su nueva corrieron á sus brazos, suplicándole que les manifestase sus designios y no aumentase sus desgracias.

—Escuchad, dijo el jarl tomando á las dos por la mano; hemos esperimentado el mas espantoso quebranto. Os amo con todo mi corazon, á tí, mi fiel Elba, y á tí, mi dulce Lena, la noble espesa de mi desventurado Eric, y no sé la suerte que el cielo nos prepara despues de habernos aflijido de una manera tan cruel; empero, por grande que sea el amor que os profesé y por incierto que pueda ser el écsito de la resolucion que he tomado, es necesario que vaya á donde me llama un deber de hombre y de caballero. la sangre de los antiguos escandinavos hierve en mis venas. El amor paternal y el ardor de la venganza me recuerdan nuestra terrible religion pagana. Paréceme que las som-

bras irritadas de nuestros padres vuelan en derredor mio, reprendiéndome de mi estremada paciencia, y que el antiguo Odin se presenta ante mis ojos blandiendo su ensagrentada lanza. Debo, pues, partir. Orad, si podeis, esperad si algun rayo de esperanza penetra en vuestro corazon: por lo que á mí hace, ya no tengo mas que un solo pensamiento y un solo deseo: vengar á mi hijo y morir despues de haberlo vengado. Adios.

Arrancándose luego de los brazos de aquellas desconsoladas mugeres, el anciano jarl montó á caballo y partió á galope, seguido de su escuadron.

Altivo en su dolor y con la nobleza de su carácter, el descendiente del valeroso Harald no podia abatirse hasta el punto de emplear contra sus enemigos los medios indignos de que ellos se habian servido contra él, vengando á su hijo en una emboscada y con una traicion; ni tampoco queria recurrir á la desicion de los tribunales, pareciéndole cobardía esperanzar de ellos el castigo del asesinato cometido en la persona de su hijo. No, para aplacar la ira de su corazon, necesitaba un combate á la luz del dia, una venganza ruidosa, é iba pues, con su tropa á atacar el castillo de Hundtorp. Al rededor de este castillo se habian edificado varias cabañas de madera que servían de almacenes para los granos y forroges, ó deco bertizos para los carros y útiles de labranza. Su proyecto era poner tuego á aquellos débiles edificios, y á favor de la sorpresa y del desórden que naturalmente habia de causar este incendio,

entrar en el castillo y apoderarse del asesino de Eric.

Pero Olat estaba advertido de los preparativos del anciano jarl, lo vigilaba desde lejos, y lo esperaba á cada instante. Hacia ya algun tiempo que Olat obraba como dueño absoluto de su casa: acobardaba con su carácter violento el ánimo apocado de su madre, y el espíritu algo mas resuelto de su padre, proclamando su voluntad como soberano. Sus criados y los ancianos de las cereanías del castillo, todos cuantos le conocian, se inclinaban ante él, y aun sus mismos padres, despues de haber intentado en vano resistirlo, habian acabado por someterse á su arrogante despotismo.

Luego que supo por uno de sus agentes lo que pasaba en el castillo de Quam, empezó por trasladar á su padre y á su madre á los aposentos mas retirados de la casa, para que no pudiesen entorpecer su accion; despues preparó sus armas, reunió sus satélites, puso en órden sus municiones, colocó centinelas al rededor de la colina cuya altura ocupaba, y esperó.

En el momento en que uno de sus espías le onunció la próxima llegada del jarl de Quam, llamó al criado de mayor confianza, le dió en voz baja sus últimas instrucciones, y salió al encuentro de su enemigo, con unos veinte hombres, pero dejándose de reserva mas de sesenta. Ambas tropas se encontraron casi en la cumbre de la colina, en el camino que conducia al castillo. El padre de Eric esperimentó una desagradable sorpresa al ver aquella tropa que desbarataba sus conbinaciones, pero al ver que era

tan poca numerosa concibió nuevas esperanzas de buen écsito, y dió la señal de acometer. Sus guerreros, colocados en tres filas, se precipitaron siguiéndole sobre el escuadron de Olat y la pusieron en desórden; en esta carga impetuosa murieron tres ginetes de Hundtorp y otros varios quedaron heridos, emprendiendo Olat su retirada. Al verlo así retroceder, el anciano jarl dió un grito de alegría que resonó en todo el valle.

Adelante, dijo, nuestros son esos infames traidores, esos cobardes asesinos, y toda su tropa lo siguió con nuevo ardor, pero en el momento en que llegaban á las puertas del castillo, dió Olat un silbido y de improviso se vió salir de detras de las murallas otro escuadron mas numeroso y mejor armado, dió frente entónces, y mandó hacer una descarga que puso en desórden las filas de sus enemigos. Despues una docena de hombres armados de piés á cabeza se precipitaron sobre el anciano jarl, é hiriendo á diestro y siniestro con sus espadas y arcabuces acabaron por separarlo de su comitiva. Uno de ellos agarró su caballo por la brida, y otro le cojió por medio del cuerpo con unas fuerzas hercúleas. Entre tanto el anciano se defendia como un leon y ya habia derribado á dos de sus enemigos de dos pistoletazos, mas no pudiendo volver á cargar sus armas cojió con ambas manos su larga espada y comenzó á descargar golpes terribles sobre los que le rodeaban, lanzando gritos de rabia, y llamando en su oyuda á sus leales servidores. Desgraciadamente sus soldados detenidos por otros ad-

versarios, no podian llegar hasta él, y Olat, que estaba cerca de él, reunia cada vez mas enemigos contra el valeroso anciano. Finalmente, cercado por todos lados, vencido por el número, y no pudiendo ya defenderse por mas tiempo. dejó caer la cabeza con muda desesperacion, y esperó el golpe que debia acabarlo; pero no siendo esta la intencion de Olat: "Atadlo, gritó, con las bridas y las correas de los caballos, y llevadlo al patio del castillo." Ejecutóose puntualmente esta órden, y cuando los jinetes de Quam vieron à su señor así atado, tomando la fuga, fueron tristes y avergozados á anunciar la tal nueva à las dos aflijidas mujeres.

Olat comenzó á encerrar al prisionero en un estrecho calabozo, en cuya puerta colocó dos de sus mas adictos servidores, y despues mandó disponer un banquete estraordinario para celebrar su triunfo. Al concluir el banquete, cuando todos los convidados celebraban en alta voz el valor de su gefe, llamó á uno de sus confidentes y le dijo- "Aquí tienes las armas rotas é inutilizadas de nuestro enemigo vencido, llévalas á su mujer como la señal mas cierta de mi triunfo, y dila que si Lena quiere casarse conmigo le devuelvo el prisionéro, pero que si no quiere le mando ahorcar de las almenas de este castillo.

—¡Pues qué! ¿quereis casaros con la viuda de....

—Silencio, esclamó Olat en un tono que no admitia réplica. Ve y vuelve pronto. Dentro de una hora debeis estar aquí.

El emisario montó á caballo y estuvo de vuel-

ta en el tiempo fijado, y encontró á Olat paseándose en el patio y mirando ya con impaciencia hácia el camino.

—¿Qué respuesta traes? preguntó adelantándose hácia el mensajero.

—Me han admitido, contestó este, gracias á mi título de embajador, la presencia de las dos pobres mujeres hechas un mar de lágrimas: espuse lo mejor que pude el objeto de mi comision, y las dos....

—¡Las dos!.... habla.

—Las dos lanzaron una dolorosa esclamacion, y gritaron: primero morir.

—Bien. Anda á beber un trago y déjame.

—Vaya, dijo para sí el mensajero: no toma la cosa tan mal como yo creia: estraño es por cierto!

Olat fué á ver si el calabozo estaba bien guardado, y continuó despues paseándose solo y silencioso. Al dia siguiente envió con la misma fórmula los vestidos del jarl al castillo de Quam, haciendo que dijeran á las dos mujeres que el anciano estaba casi desnudo y tiritando en un calabozo sumamente húmedo.

Al otro dia envió las largas trenzas de cabellos blancos cortados de la cabeza del anciano, haciendo decirles que las tijeras habian tocado ya muy de cerca aquella cabeza tan querida, y que otro hierro mas homicida podia tocarla de mas cerca todavía.

Esta vez las dos mujeres se dirijieron una mirada indefinible. La madre interrogó con esta mirada á la hija, y ésta, temiendo haber comprendido demasiado, apartó con horror la vista.

El tercer dia hizo levantar una horca sobre los baluartes de su castillo y mandó colgar de ella el cadáver de uno de sus compañeros, muerto el dia antes de las heridas que recibió en la pelea. Despues fué conducido el anciano al pié de la horca, y dos satélites de Olat, colocados detras del del desgraciado cautivo dándole golpes con sus lanzas y alabardas, le obligaron á estender los brazos hácia su casa, como para implorar misericordia. Al mismo tiempo el mensajero de Hundtorp conducia á las dos mujeres á un sitio de la colina desde donde pudiesen ver aquel horrible espectáculo, y les esplicaba sin piedad el suplicio que esperaba al noble y anciano jarl.

—¡Ah! Dios mio! esclamó Lena á vista de aquella espantosa perspectiva. ¡Ah, Dios mio! consiento en todo con tal que se salve. Y cayó desmayada en los brazos de su suegra, que la bañaba con sus lágrimas.

—Sí, que se salve, dijo volviendo en sí. Es el padre de mi Eric, es mi padre tambien. Mi deber es libertarlo de tan horribles tormentos, y despues morir.

Lleváronla á la cama, pálida, desvanecida y parecida á un cadáver. Su suegra estaba á su lado, y no se atrevia á dirijirla la palabra, ni á darla las gracias, si bien la significaba esto último besándole sus manos, y arrodillándose á sus piés.

Aquella misma tarde se presentó Olat en el castillo de Quam con todos sus hombres armados como para una batalla, pero en esta triste morada sabian ya todos la magnánima resolu-

cion de Lena, y nadie pensó hacer la menor resistencia. El orgulloso vencedor entró en el castillo como en una ciudad tomada por asalto. Detras de él venía á caballo un prisionero, escoltado por seis hombres, y se hallaba tan débil y tan abatido que al verle sus vasallos no sabian si era realmente su noble señor ó si no era mas que su sombra.

—Andad, dijo Olat á uno de los hombres del castillo, id á anunciar á la viuda de Eric que estoy dispuesto á devolverle su suegro, si quiere cumplir el compromiso que ha contraido, si esta misma tarde quiere desposarse.

El hombre marchó y volvió un instante despues á decir que su noble señora aceptaba la condicion que se la prescribía y solicitaba únicamente que nadie la molestase hasta las once.

—Está bien, esclamó Olat. Me fio en su palabra, porque no sería prudente que faltase à ella. Que se ponga en libertad al prisionero y que se le deje entrar en su casa. Desde ahora vuelve á estar en posesion de su castillo. Ahora solo deseo que se preparen las salas del banquete, que se enciendan luces, que se traiga la mejor cerveza, y el vino, á fin de que el tiempo sea mas corto hasta la hora en que debe presentarse nuestra hermosa Lena.

—Vamos, perezosos, esclamó viendo que algunos criados del castillo permanecían inmóviles ante èl; corred á la despensa, abrid las alacenas y sacad lo mejor que haya en ellas. Se trata de celebrar unas bodas memorables; la alianza de Quam y de Hundtorp, de la mas encantadora jóven de la Francia y del hombre

más dichoso de la Noruega. Daos prisa, pues: yo no quiero esperar. Vosotros, dijo, dirigiéndose á sus vasallos, permaneced á caballo hasta nueva órden, y estad prevenidos por lo que pueda suceder. Tendré cuidado de que os den los refrigerios necesarios: espero que la bodega del suegro hará honor á su yerno. Es un prudente anciano que ha debido conservar muy buenas botellas.

Diciendo esto, bajóse del caballo y entró en el salon donde todas la gentes de su casa se daban prisa á ejecutar sus órdenes. Ya la mesa estaba cubierta de jarros de arena, llenos de cerveza ó de vino, y de copas de plata. En me dio babía un luengo cuerno cincelado que no salía del escaparate sino en muy raros casos. Era un curioso monumento del arte antiguo escandinavo. Cubría su ancha embocadura un tapadero de plata que representaba una especie de dragon cuyo remate era una cola del mismo metal, muy enroscada. En sus lados se veían cuatro círculos en que el ingenioso artífice le plugo figurar las escamas del fabuloso animal que en tiempos antiguos adornaba la mayor parte de los edificios noruegos. Entre los círculos se notaban algunos caractéres rúnicos, que servían, segun las tradiciones de Odin, para ahuyentar los maleficios. Descansaba la enorme copa sobre dos garras, proporcionadas al tamaño de ella, cuyas aceradas uñas completaban la espantosa imágen que algun hábil Veland había querido representar.

Era voz pública que el rey Harald se había servido de este antiguo y espléndido vaso el dia

en que se celebró su casamiento con la ambiciosa hija de Noruega, la cual nó quiso darle su mano hasta verle acrecentado de muchas y muy importantes conquistas. Mas de una vez el líquido vertido en esta copa había exaltado el ánimo de los wikings, y acalorado la fantasía de los scaldas. El anciano Jarl le conservaba como un vivo testimonio de las costumbres primitivas de su pais, y como una apreciable halaja de su familia. Como aquellas habian variado tanto, y como nadie se atrevía á usar de la copa (que antiguamente se tomaba con una sola mano, y no se dejaba hasta haber apurado su contenido) raras veces se presentaba en la mesa, como ya hemos indicado. Olat, al verla, recordó al momento y con entusiasmo, lo que había oido contar de las antiguas costumbres de Noruega.

—Venga la copa, esclamó.

Y haciendo llenarla, la apuró de un trago como un verdadero viking, pero sus compañeros no tardaron en conocer que estaba muy lejos de tener el estómago de los vikings.

—¿Dónde está mi querida? esclamó con una voz alterada; ¿dónde está Lena de Hunptorp?

—Se está vistiendo, respondió uno de los criados.

—Largo tocador por mi vida! observó Olat. Pero paciencia!

Y se puso á beber.

Una hora despues preguntó de nuevo con la mayor impaciencia por que no venía Lena. Al oir su voz, al vér su gesto brutal, se hubiera dicho que era el Barba Azul, llamando á su pobre mugor.

—Creo, dijo el mismo criado, que en este momento se está ciñendo la corona de boda.

—Y yo, dijo uno de los partidarios de Olat que hacía algunos momentos tenía fijos los ojos en una ventana, yo creo que se ha marchado.

—Marchado! esclamó Olat saltando como una fiera á quien acabasen de arrebatar su presa; ¡ah! Si cree burlarse de mí, verá de lo que soy capaz.

Y salió precipitadamente de la sala, con la espada en la mano.

Vestida con un largo trage negro y con el semblante cubierto por un velo de luto, Lena se dirigía entre tanto hácia el cementerio donde habían sepultado el ataud de su esposo.

Cuando llegó cerca de la tumba sobre la cual proyectaba la luna á través de las nubes un pálido rayo, Lena se arrodilló, y juntando sus manos con un religioso fervor:

—¡Oh mi querido Eric! dijo; muchas veces me has repetido que los que habían estado unidos en este mundo por un síncero amor no se separaban por la piedra del sepulcro. Tú creías que en el seno de la tumba se oían las súplicas y los lamentos de los seres queridos que se dejaban abandonados en la tierra. Yo me llego ahora á tí con esta creencia: estoy sola, sin amparo, traspasada de dolor é invoco una palabra tuya. ¡Oh! Mi querido esposo: si tu corazon no ha dejado de latir, si mis lágrimas pueden penetrar hasta tí, ven en mi ausilio, respóndeme.

Permaneció silenciosa algun tiempo y despues dirigió á su alrededor una mirada vaga.

—¡Ay! no, continuó, no debía haber tenido este loco pensamiento. Los lazos que ha roto la muerte no vuelven á anudarse sino en otro mundo. Los habitantes del sepulcro duermen con un sueño que nadie puede turbar. No oigo mas que los suspiros de las ramas de los abedules que parecen llorar conmigo. No veo mas que la fria losa donde están sepultadas todas mis esperanzas, y el cielo que está negro como el luto de mi alma. ¡Oh Dios mio! Cuan dulce me era sin embargo el creer que mi esposo velaba aun al rededor de mí, me observaba en mi pesar y podía sostenerme con una mano invisible. Y ahora, nada.... nada.... no soy otra cosa que una infeliz, una viuda desvalida y abandonada en tierra estraña à la mayor de sus desdichas. ¡Oh! ¡Dios misericordioso! tened compasion de mí.

Diciendo esto, Lena se postraba sobre sí misma y aplicaba el rostro á la tumba, como para buscar hasta en las entrañas de la tierra el acento de una voz querida; pero no se oía mas que el ruido de las hojas de los árboles agitadas por el viento y el bramido de las olas del Lougen estrellándose contra las rocas. De repente se estremeció, pareciòle que el suelo se movía bajo su cuerpo, echó ambos brazos á la piedra del sepulcro, y la piedra se levató. Lena se puso en pié con un temblor convulsivo, y una figura pálida y cadavérica se apareció á sus ojos.

—¡Eric! esclamó con un acento de terror y alegría al mismo tiempo, difícil de decir.

—Sí, Eric, repitió el muerto estendiendo

hácia ella una de sus descarnadas manos; Eric, á quien una espantosa traicion ha arrebatado la dicha de nuestro amor, y á quien el cielo ha permitido ser testigo de tu pesar y oir tus áyes. Vuelve á mis brazos, amada Lena mia, vuelve á mis brazos; mis lábios están frios y heladas mis manos; pero mi corazon no ha cesado de palpitar por tí. Ven, pobre y dulce criatura que buscas consuelo en medio de las tumbas, y para quien las puertas de oro de la vida están cerradas. La tumba nunca defrauda las esperanzas de los que han sufrido. A la tumba se llevan solo los pensamientos de amor: déjanse en la tierra todos los vanos temores y deseos.

—¡Oh! amado mio Eric, dijo Lena estrechando contra su seno y entre sus brazos el cuerpo helado de su esposo; héte aquí, sí, tú á quien he invocado como última esperanza y último apoyo. Mis lágrimas y mi amor han vencido el poder de la muerte. Ahora que te poseo, no me abandones: llévame contigo á tu triste mansion; líbrame de una vida desgraciada, y de pronunciar horribles votos.

—¡Desgraciada! esclamó con una voz de trueno Olat, que despues de haber buscado largo tiempo á Lena se dirigió al cementerio y oyó estas últimas palabras. ¡Infame criatura! ¿Así es como cumples tus promesas? Toma: el castigo de tu maldad no se hará esperar.

Y diciendo estas palabras hundió la espada en el seno de Lena.

—¡Alabado sea Dios! dijo Eric; ya no descenderé solo á la tumba.

—¡Alabado sea Dios! murmuró Lena al espirar: me he salvado.

Al dia siguiente fué sepultada en la tumba entreabierta la víspera la fiel muger al lado de su esposo.

Desde entonces desapareció Olat. Algunos dijeron que se había arrojado al rio: otros que había marchado á Alemania, pero nadie le volvió á ver ni pudo decir que se había hecho de él.

Al presente no quedan en las agradables soledades del Gudbransdal ningun vestigio de las antiguas mansiones del jarl de Hundtorp ni del de Quam. Las dos razas enemigas se han estinguido, pero la risueña comarca cuya tranquilidad turbaban con un odio tan implacable, ha conservado su anterior belleza. En el rigor del estío, mas de un viagero se detiene admirado á la vista de aquellas verdes colinas, y de las tranquilas y modestas habitaciones de sus habitantes. En medio de esta naturaleza tan risueña y tan magestuosa, se oye con placer la leyenda de los dos esposos, y no sin entristecerse se lee la inscripcion de su tumba: *Amor despues de la muerte.*

Fin del tomo primero.

Campista —

ONDINA.

3.

ONDINA.

NOVELA ORIGINAL

POR

ETIONNE ENAULT.



MATANZAS.

Establecimiento tipográfico de la "Aurora del Yumurí."
1858.

I.

EL RETRATO.

—Sire, supuesto que se han suspendido las hostilidades, pues que os habeis dignado dejar reponerse un tanto á los de la Liga, vengo á pediros licencia para ir á Coevres.

—Concedida, mi querido Bellegarde, respondió Enrique IV, que, sentado delante de una mesa en su palacio de Mantes, escribia á María de Beauvilliers, pues siempre que el Bearnés no se ocupaba de la guerra y de los negocios se ocupaba del amor.

—Gracias, Sire, dijo Bellegarde; no podíais hacerme mayor favor.

—Tanto mejor, mi fiel servidor, dijo el rey dejando la pluma y mirando con disimulo al

vizconde..... Ah! prosiguió, tan enamorado estais y tan hermosa es?

—Hermosa como un bello ensueño, Sire, esclamó con fuego Bellegarde, y estoy enamorado de ella como un loco.

—Eso es muy justo, y os lo apruebo, replicó el rey; pero con todo, os reprocharé el haber dicho á vuestro amigo Rohan que la dama de vuestros pensamientos es mil veces mas hechicera, que la misma María de Beauvilliers. ¡Mil veces! ¡Fuego de Dios! Eso es decir mucho!

—Rohan es un traidor, contestó Bellegarde algo embarazado, y me dará satisfaccion.

—En tal caso sería yo quien debiera cruzar la espada con vos, por el honor de mi dama, dijo el rey sonriéndose. Pero, vive Dios! no estamos ya en tiempo de aquellos paladines que no permitian ninguna duda sobre la sin igual belleza de sus damas.

—Aun cuando no la tuvieran, dijo Bellegarde, recuperando su aplomo..... Por lo que hace á mí, continuó, con cualquiera otro que no fuera el rey, imitaria de buena gana á esos valientes de que me hablais.....

—Bah! nada absolutamente prueba un duelo respecto á eso, y el mas ligero retrato, con tal que sea parecido, dice mucho mas.

—Verdaderamente ecsisten ciertas maravillas que siempre pierden en la descripcion que se hace de ellas.

—La vuestra es de ese número? En verdad, Bellegarde, que picais estraordinariamente mi

curiosidad. Veamos, describidme vuestra maravilla.

—No podré, Sire,

—¡Vamos, vamos! sé que pintais como poeta.

—Un poeta se quedaria muy atras del modelo.

—Un enamorado como vos, tendrá mas fortuna: ya os escucho.

—Lo ecsigís?

—Lo ecsijo, si es preciso.

—Pues bien, Sire, figuraos en primer lugar, la blancura del cisne, la frescura de un niño, y la graciosa elegancia de un pájaro: añadid á esto unas líneas puras y perfectas, capaces de hacer desesperar á la escultura griega, y diez y ocho años: hé ahí el conjunto.

—No está malo, no está malo, murmuró el rey, que le oía con aire burlon, haciendo girar los pulgares de sus manos colocadas sobre la ligera prominencia de su vientre.... Veamos ahora los detalles.

—Profusa cabellera de un blondo hermoso, rodea el óvalo mas perfecto y armonioso: grandes ojos azules de un brillo deslumbrador, y cuya dulzura iguala á su brillo; una nariz suavemente dibujada; una boca graciosa en la que brillan los mas hermosos dientes, y que parece ser la morada de la alegría y del amor; orejas pequeñas y bien contorneadas, y el cuello de una belleza...... que hace olvidar á todas las demas.

—Hein?

—Perdon, Sire, escepto....

Bueno está, continuad.

—No tengo ya sino una palabra que añadir, y es que el talle, los brazos, la mano, el pié, todo guarda armonía con la cabeza y forma una obra perfecta que es difícil admirar impunemente.

—Ved ahí un retrato seductor; pero, en conciencia, ¿no es algo lisongero?

—En concienciencia, Sire, el original vale mucho mas todavia.

—Vive Dios! habeis despertado en mí grandes deseos de verla. Tiene bonito nombre?

—Desde su infancia la llaman Ondina.

—Encantador! Es un sobrenombre, no es verdad?

—Si, Sire. La llaman así, porque siempre ha tenido un gusto decidido por los bateles, y los paseos por el agua. Rema perfectamente, y aun creo que sabe dirigir una pequeña barca á la vela.

—Gracioso tipo de muger! Será menester, Bellegarde, que me presenteis á ella.

—Cuando vuestra magestad quiera ir al palacio Coevres será en él bien recibido.

—Ah! si, iré de buena gana. Veamos, qué día? Es preciso que sea antes que principien las hostilidades.

—A vos os toca decidir.

—Pues entonces, porqué no es ahora? Ya que vais ahora iremos juntos. Os parece bien?

—Vuestra voluntad es la mia, Sire.

Llamó Enrique IV y se presentó un ugier.

—Que ensillen mi caballo, le dijo, y que se se preparen á seguirme veinte caballeros.

Y dirigiéndose despues á Bellegarde:

—Me gusta egecutar las cosas con prontitud, le dijo. Dentro de un cuarto de hora partiremos. Estad pronto.

Bellegarde se inclinó y salió.

Pero apenas habia dejado la cámara del rey, cuando se arrepintió de haber alabado con tanta ligereza los encantos de la que amaba. Conocia á Enrique IV por el mas fuerte enamorado del siglo XVI y tambien por el mas inconstante. Una vaga inquietud se apoderó de su corazon, la que no obstante se disipó al momento, cuando pensó en todas las simpatías de que era objeto, en la virtud de la que consideraba como su prometida, y sobre todo, en la canosa barba de su gracioso monarca, la que no podia compararse de ningun modo á la negra cabellera que coronaba su propia cabeza. La juventud está siempre algo infatuada de sí misma. Rogerio de Saint-Larry, célebre bajo el nombre de Bellegarde, era uno de los hombres mas hermosos y mas amables de su tiempo, cuyo genio vivo y agradable favorecia su figura. Con todo, su carácter apasionado hasta la indiscrecion, confiado hasta la imprudencia, habia sido ya para él, mas de una vez, causa de desgracias y disgustos.

—Qué diablo iba á metérseme en la cabeza! se dijo sonriéndose con satisfaccion; aunque Enrique IV sea rey, no es ya jóven para que cause temor.

Casi tranquilizado con esta idea, fué á reunirse á los jóvenes señores que debian acompañar al rey. No tardó en presentarse este, el cual en su apresuramiento por partir, habia ol-

vidado: terminar la carta que escribia á María de Beauvilliers, que residia entónces en Saint-Lis.

—A caballo, señores! dijo al llegar al patio del palacio.

Y algunos minutos despues, la real cabalgata dejaba á Mantes y se dirigia hácia Couvres.

II.

EL ORIGINAL.

Coevres está á unas siete leguas de Mantes. Lanzados á toda brida en el camino, nuestros caballeros llegaron en pocas horas al palacio. El marques de Coevres, hombre de cincuenta años, recibió al rey con todas las solícitas atenciones de un viejo cortesano.

—Sire, le dijo al mismo tiempo que le conducia á los jardines, sed bien venido á nuestra humilde morada. El honor que nos dispensais al venir á ella, será siempre nuestro mas grato recuerdo.

—Hace mucho tiempo, marques, que deseábamos venir á veros, pero nuestras numerosas ocupaciones nos lo han impedido hasta este

3.

ONDINA.

NOVELA ORIGINAL

POR

ETIONNE ENAULT.



MATANZAS.

Establecimiento tipográfico de la "Aurora del Yumurí."
1858.

impaciencia ordinaria, sobre todo en semejantes circunstancias, no le permitia retardar el placer de satisfacer un deseo que podia realizar inmediatamente. Cuando entró en el salon, se hallaban en él dos mugeres. Las miradas del rey se dirigieron rápidamente hácia ellas. Reconoció á la una por la marquesa de Villars, que habia visto ya en la corte; pero, al ver á la otra, su fisonomía tomó de improviso una espresion de admiracion, de tal modo visible, que fué observada por algunos caballeros.

—¡Oh! oh! dijo el jóven conde de Marsillac al oido del baron d' Aubigné: el rey parece conmovido: cuidado, Bellegarde!

—El mismo condujo el lobo al aprisco, respondió el baron en el mismo tono. Si algo le sucede lo merece.

En este momento el marques de Coevres presentaba sus hijas al rey.

—Cuanto nos alegramos de encontraros aquí, Madame de Villars, dijo Enrique IV; hace ya mucho tiempo que no os veíamos, no obstante saber vos todo el interés que os concedemos, del mismo modo que á vuestro marido, nuestro fiel servidor y amigo. Os ruego seais mas asídua en nuestra corte; necesitamos de toda vuestra gracia, y de todo vuestro talento.

Dirigiéndose despues á la jóven hija del marques:

—La fama de vuestros encantos, señorita, la dijo, ha llegado hasta mí, pero el brillante retrato que me habian hecho de vos, debo confesaros que es muy inferior á la realidad. Me

felicito, pues, de veros, y os ruego me conteis en lo sucesivo en el número de vuestros mas sinceros adoradores.

La jóven inclinó la cabeza á esta galantería real, y el rubor que sonroseaba su rostro la hacia mas linda todavia. Verdaderamente era imposible encontrar nada mas graciosamente espresivo, mas idealmente bello que aquella hermosa y espresiva figura. Tales deben ser los ángeles, y aun ellos, quizás, no tendrán formas mas perfectas ni aquel dulce reflejo del alma que iluminaba su fisonomía. Bellegarde la habia pintado con exactitud, pero todavía faltaba á su colorido ese yo no sé qué de indifinible, que es el mas seductor atractivo de una muger. Esta jóven era, sin contradiccion, una obra perfecta de la creacion. Enrique IV no podia separar sus ojos de ella.

—Ah! vive el cielo, mi querido Bellegarde, dijo en voz baja acercàndose al vizconde, teníais razon en decir que María de Beauvilliers no podia compararsela. Ni ella, pardiez, ni ninguna otra, porque es divina.

—Mme. de Beauvillier es bella tambien, Sire, respondió Bellegarde con malicia; pero su belleza es de otro género.

—No sabeis lo que decís, querido! replicó vivamente Enrique IV.

Y dejóle bruscamente para ir á ofrecer su brazo al objeto de su vehemente admiracion, pues que iban á parar al jardin. No obstante, de repente mudó de parecer el rey, y lo presentó á la marquesa de Villars, á quien debia esta cortesía como de mas edad. Bellegarde se

aprovechó de esta circunstancia para dar el brazo à la que amaba, y la jóven pareja se lanzó alegremente por las calles del jardin. Algunos caballeros los acompañaron al principio, pero poco despues quedaron solos por algunos momentos.

—Está bien, dijo Bellegarde sonriéndose; ya veo que tendré un nuevo rival.

—Y quién es, pues, Rogerio? preguntó la jóven en el mismo tono.

—El rey, amada mia.

—El rey? ah! bah!

—En verdad no se me ha escapado la impresion que habeis producido en él.

—Os chanceais!

—Ciertamente que no. replicó Bellegarde con una seriedad algo cómica. Me acaba de decir que no conoce nada comparable á vos, á lo que tuve deseos de contestarle: Sire, no es nada nuevo lo que me decís.

—Puro cumplimiento, porque, sin duda, sabe que pretendeis mi mano.

—Hum! hum! con tal que no me impida obtenerla. Un rey no acostumbra reprimirse, ni es siempre muy escrupuloso!

—Mala cabeza! Yo le diré que os burlais de todo el mundo, y aun algo de él.

—Es una buena guerra; querida Ondina, decir algo malo de sus rivales, y tambien de aquellos que pueden llegar á serlo. Ved ahí porqué no perdono á nadie.

—Pero al rey podeis perdonarlo con facilidad. Un hombre cuyos cabellos están ya grises, y que tiene la nariz tan larga como de

aquí á Mantes, no merece toda vuestra malignidad.

—Eh! eh! esa nariz es desmesuradamente Borbona y esos cabellos grises, ¿no tiene el prestigio de la corona?

—Escelente cosa, sin duda, replicó Ondina sonriéndose, pero, en realidad, se necesita otro prestigio para cultivarme.

—Vaya, mi buena Ondina, me tranquilizais, porque dejando á un lado las bromas, sentía yo no sé qué inquietud instintiva.... Qué quereis! soy algo celoso.

—Algo, no es serlo mucho.

—No: celoso, no, celosísimo!

—No lo parece, mi querido Rogerio. No es el celoso como el avaro? No debe ocultar lo que ama, lejos de alabarlo á cada instante, como vos lo haceis?

—Estoy tan orgulloso con vos, que algunas veces llego á ser imprudente!

—Bah! la imprudencia no es tan grande.

—De cierto?

—Ciertísimo!

—Cuánto os amo! esclamó con transporte Bellegarde.

—Algunas veces lo pongo en duda.

—Oh! nunca lo dudeis, querida Ondina.

—¿Hay tan hermosas damas en la córte....

—Como si no existiesen: Ondina no está allí.

Al decir estas palabras con voz conmovida, tomó Bellegarde la mano de la jóven y la llevó con respeto á sus labios. Ondina estrechó dulcemente la del vizconde, murmurando con acento adorable:

—Y yo tambien, os amo tanto!

El rey y la marquesa de Villars, que se aprocsimaban en aquel instante, por una calle adyacente, vieron esta accion.

—Bien! proseguid, dijo Enrique IV con una sonrisa forzada.

—Ya que lo permitís, Sire, contestó Bellegarde con aplomo, volveré á empezar con mucho gusto.

Pero Ondina retiró su mano.

El rey lanzó à Bellegarde una mirada furtiva, en que brillaba un rayo de cólera. Con todo, se esforzó por volver á tomar al instante su aire amable, y continuó su paseo en compañía de Ondina y de su caballero. La conversacion continuó en un tono algo embarazoso. Alguna que otra vez lanzaba Enrique IV á Bellegarde ciertas impertinencias, que este devolvia prontamente con admirable destreza. Sintiéndose el rey derrotado, se puso de mal humor, lo que hacen en semejantes circunstancias todos los enamorados poco diestros.

Enrique IV estaba ya en efecto, enamorado de Ondina; su corazon, tan ardiente como inconstante, y que desde Dayelle, la griega, hasta María de Beauvilliers, abadesa de Monmartrn, habia consumado quince ó diez y seis amores, sentía todavía aquella imperiosa necesidad de variar que le habia hecho pasar de Mlle. de Tignoville á Martina, de Amandina á Catalina de Lue, de Fleurette, á la Grandée, de la Blonville, á la Klein, de Carlota de Beaume, á Francisca de Montmorency, de Diana, por otro nombre Clorisandra d' Andouins, á Carlota d' Es-

sarta, de Jacquelina de Bueil, á Antonieta de Pons. Enrique IV deseaba hacía una hora pasar de María de Beauvilliers, á la hija del marques de Coevres. Y con el objeto de proporcionarse relaciones con la plaza, era principalmente por lo que habia tomado el brazo de Mme. de Villars.

La marquesa, con su perspicacia de mugar, comprendió al momento los nuevos sentimientos del rey, y adivinando las ventajas que á su familia podrian resultar de esto, se prometió servirle. Las grandes damas de otro tiempo no se desdeñaban servir de mediadoras: en aquella época era un honor ser la amante de un rey.

La bella Ondina no ambicionaba tan alto honor, y así respondió con política, pero algo friamente á las galanterías del monarca. Esta frialdad no hizo, por decirlo así, sinó inflamar mas la naciente pasion que Enrique IV sentia ya por ella. No podia verla, no podia oirla sin sentirse fuertemente conmovido.

—Creo, dijo por la noche á Mme. de Villars, que coronaria con mi propia mano al duque de Borbon, mi competidor al trono, si vuestra hermana lo exijiese.

Felizmente para vuestros vasallos, Sire, respondió sonriéndose Mme. de Villars, espero que mi hermana no ecsigirá nunca semejante sacrificio.

—En verdad, por su amor renunciaria á mi hermoso reino de Francia.

Y eso no seria razonable, Sire, replicó la marquesa en el mismo tono: una corona tiene tambien su mérito.

Sonrióse Enrique IV, y convino en que contaba algo con ella para ganarse el corazon de Ondina.

—Temo que sea muy difícil, añadió, porque parece que ella ama á Bellegarde.

—Tambien lo temo yo, pero haced la prueba.

—Sí, pardiez! la haré, y mañana mismo aventuro una declaracion.

Ondina y Bellegarde, que se hallaban en este momento en un cercano bosquecillo, oyeron estas palabras.

Bellegarde llevó prontamente la mano al puño de su espada.

—Porque será el rey! murmuró.

—Tranquilizaos, mi querido Rogerio, dijo Ondina mirándolo con ternura; yo le espero á pié firme.

III.

UNA FIESTA

El dia siguiente fué un dia de fiesta y de placer en el palacio de Coevres. El marqués, queriendo celebrar la presencia del rey, habia hecho convidar, la víspera, á todas las familias nobles que residian en los castillos, á cuatro leguas á la redonda. Los convidados acudieron en tropel á aquella invitacion, y la fiesta fué de las mas brillantes.

En medio de un sitio encantador y sobre una de las riberas del del Aisne, que se ensanchaba como un lago delante de él, se elevaba el palacio de Coevres, cuyo aspecto era á la vez dulce y gracioso. Su parque, que se esten-

dia á lo largo del rio, estaba sembrado de grandes árboles enhiestos, los cuales formaban espesos entoldados en que el sol penetraba con dificultad. El terreno accidentalmente dispuesto con arte, variaba mas su graciosa posicion. En ninguna parte se hubiera encontrado mas hermoso musgo, una yerba mas verde, y una frescura mas vivificante. Lindos bateles se hallaban amarrados de ordinario en un pequeño puerto formado naturalmente al pié mismo de los edificios. Oudina los llamaba su flotilla. Habia uno entre ellos que dirigia siempre sola, y que tenia su mitológico sobrenombre. Una grande isla poblada de árboles y algunos lejanos montecillos cerraban el horizonte del palacio, y le prestaban un romántico aspecto.

El marques de Coevres, para obsequiar á sus convidados, dispuso un paseo por el Aisne. Los bateles, cargados de elegantes damas y de apuestos caballeros, se deslizaban en todas direcciones por el rio, bajo un cielo blanquecino, que interceptaba los rayos demasiado ardientes del sol. En uno de aquellos bateles iban el marques de Couvres, Mme. de Villars, Oudina y el rey. Seguíales una barca llena de músicos, derramando por los aires una deliciosa armonía, Bellegarde, que se hallaba en otro batel, veia con disgusto los asiduos obsequios que prodigaban su rival coronando á la bella Oudina.

Vestida con mas cuidado, pero con tanta sencillez como la víspera, Oudina tenía la espléndida belleza de una diosa. Sus ojos azules despedian un brillo inefable; sus mejillas tenian

la frescura de una rosa de Bengala, y sus hombros, por decirlo así, con un lustre arrasado, ofuscaban la blancura de nieve de su vestido de crespon. Enrique IV la contemplaba con un entusiasmo que apenas podia contener. La preguntó si queria remar un instante para poder juzgar si era tan buena batelera como le habian dicho. Ondina, sin hacerse de rogar, tomó los remos y maniobró con una gracia, una energía y una precision verdaderamente admirables.

—Si tuviera à mi servicio semejante batelera, esclamó el rey, querría estar siempre en el agua!

Lo que sería algo fatigoso para mí, Sire, contestó Ondina, cediendo los remos al barquero.

Desembarcaron luego delante de una gruta artificial adornada de yedra, de clematida y de madreselva, donde se hallaba servida una espléndida merienda. Despues de la merienda se esparció la reunion por el parque. Enrique IV propuso á Ondina sentarse en un cerrillo cubierto de césped, en médio de uno de los mas pintorescos sitios de aquella mansion señorial. Las damas y los señores vinieron á colocarse al rededor del rey, pero á una respetuosa distancia. Bellegarde, preocupado singularmente, se puso á llamar por delante del cerro, aprocsimándose tanto á Ondina, que podia oir lo que á esta decia el rey. Mlle. de Villars que observó esto, se acercó, y con el pretesto de conversar con él, le tomó por el brazo y le alejó de allí.

Enrique IV enteramente ocupado en sus

pensamientos de amor, no advirtió este incidente: se esforzaba con una buena fé, muy poco edificante, en robar á Bellegarde el corazon de la bella Ondina. La declaró con vehemencia la pasion que le inspiraba, pero no debió felicitarse mucho de su écsito, porque Ondina, ligeramente embarazada, guardaba silencio.

—Qué! prosiguió el rey, ¿no me respondeis?

—Qué os podré responder, Sire, sinó que siento haber involuntariamente despertado....

—Ah! qué frialdad! interrumpló el rey; os habré ofendido con la espresion de mis sentimientos? Tal no era por cierto mi intencion.

—Vos no me habeis ofendido, Sire; al contrario, debo estar muy lisonjeada de la atencion que quereis dispensarme, pero.....

Será preciso que os hable con franqueza?

—Ah! pardiez, ved ahí una franqueza á la que tengo miedo de antemano.

—Miedo? Sin embargo, Sire, teneis la reputacion de muy valiente.

—No en amor, replicó el rey sonriéndose, mirad como tiemblo delante de vos.

—Tranquilizaos: yo os lo ruego: no soy tan mala!

—Ya estoy tranquilo, pues. Qué ibais á decirme?

—Iba á deciros, Sire, que mi corazon no me pertenece ya.

—Y decía vos que no sois mala! esclamó el rey. Pero, no importa! No soy yo de aquellos que se desesperan tan fácilmente, ni vos sois tampoco de aquellas cuya conquista se estime

en tan poco que al primer obstáculo se renuncie á ella.

—Sin embargo, eso es lo que os suplico que hagais.

—Y justamente es la única súplica vuestra que no podré oir.

—Nada conseguireis con eso, os lo advierto.

Conseguiré á lo menos amaros, á pesar de vuestro rigor. No, prosiguió animándose, pedidme todo lo que sea posible concéderos, y me encontrareis dispuesto y solícito en complaceros. ¿Es una gracia la que quereis? ¿Deseais honores, dignidades para los vuestros? Nada podeis apetecer que esté en mí poder, que no os conceda al instante. Teneis el derecho de exigir; hablad!

—Vuestra generosidad me conmueve, Sire, no esperaba menos de vuestra real munificencia, pero desgraciadamente no podré ponerla á prueba, porque no tengo ningun deseo que formar.

—Ninguno?

—Ninguno.

—No ocupais ningun lugar en la corte; ¿no deseareis tener alguno?

—No soy ambiciosa.

—Sin embargo, sería tan fácil erigir en ducado! áneesa la dignidad de par, el título que os pertenece. Seríais entónces el astro brillante que oscureceria el esplendor de las mas bellas constelaciones de nuestro cielo.

—Encantadora metáfora! Pero, ¿de qué sirve eso, Sire? La felicidad ecsiste en la oscuri-

dad. Esta apacible campiña y mi batel, he ahí lo que necesito para ser feliz.

—Vive Dios! Hay seres predestinados á la gloria! seres que son demasiado bellos para una mediana condicion!

—Esa mediana condicion es quizás la mas sólida, y la gloria que me dejais entrever, convendreis en que es una gloria poco honrosa.

—¿Quié sabe? El porvenir oculta tantos misterios, y una duquesa....

—¿Qué quereis decir?

Podria muy bien llegar á ser mas tarde....

—Acabad.

Enrique IV añadió una palabra en voz baja, y Ondina; encarnada como la púrpura, sintió una emocion singular agitarla interiormente. Estuvo algunos segundos sin poder dominarla, pero poco despues prorumpió en una carcajada que atrajo hácia ella todas las miradas.

—En verdad, que me habeis causado miedo, Sire, dijo ella: esperaba tan poco en esa broma....

—No es broma.

—Perdonadme, y salvo el respeto que os debo, os confieso que es una broma de muy mal gusto.

—De cualquier modo que encontreis esa palabra, hermosa niña, dijo el rey con un tono de profunda conmocion, ella es á lo menos la espresion de una esperanza sincera.

A medida que hablaba Enrique IV, sentía insinuarse en su corazon un sentimiento intenso y poderoso, que no conocía todavía. Entónces comprendió vagamente que los mil amores

que habia tenidó hasta aquel momento, no eran sinó frívolos caprichos comparados á la séria pasion que le inspiraba Ondina. Todo en aquella jóven que tenia la seductora apariencia de una muger, unida à la delicada frescura de un niño, como tambien lo habia dicho Bellegarde, le encantaba estraordinariamente. Su talento fino y variado, su carácter noble y desinteresado, y hasta el sonido de su voz, que tenía una melodía musical, conmovian profundamente su alma. Sin duda tambien la inclinacion que Ondina tenia à Bellegarde y la fria política que demostraba á su regio enamorado, contribuian un tanto, por la picante novedad del obstáculo, á fortificar la inclinacion de este último. De cualquier modo que fuere, impulsado por el ardor de la pasion, habia dejado escapar Enrique IV la palabra misteriosa que habia ido á turbar en sus mas recónditas profundidades el alma de la jóven, hasta allí tan modesta y tan tranquila. La naturaleza humana tiene ciertas fibras siempre accesibles à la vanidad.

—Permitidme que espere, dijo el rey, despues de haber declarado de mil modos lo que esperimentaba.

—Nadaespereis, Sire; olvidadme, que os será fácil.

—¡Tan fácil, Santo Dios, como olvidar que soy rey de Francia, descendiente de la rama primogénita por veinte y dos generaciones.

—La guerra que haceis á los de la Liga, los deberes de soberano que teneis que llenar, me habrán borrado muy pronto de vuestra memoria.

—Nunca, os lo juro! dijo el rey con acento apasionado, tomando una de las manos de la joven, y llevándolo inconsiderablente á sus labios.

Ondina se sonrojó y lanzó á Enrique IV una mirada en que se pintaba el mas vivo reproche Luego se levantó, le saludó con frialdad y le dejó.

Entonces Ondina aprovechándose de un momento de libertad, se aproximó á Bellegarde, que acababa de dejar à M ne. de Villars y se mantenia, meditabundo, apoyado contra un árbol.

—¿En qué pensais, Rogerio? le dijo ella.

Bellegarde la miró sonriéndose con melancolía.

—No sé, pero creo que estoy triste.

—¿Y porqué lo estais?

—Quizás por qué os he visto alegre.... Soy tan original.

—Lo cierto es que me he reido de buena gana.

—¿Tan espiritual estaba el rey?

—Muy espiritual, en verdad.

—¿Qué os ha dicho, pues?

—Adivinadlo.

—No lo pueda adivinar.

—Pues bien....

—¿Pues bien, qué?

—Me ha dicho que llegaría á ser....

—¿Qué cosa?

—Reina.

—¡Reina!

—Sí

—Con la condicion, prosiguió Bellegarde con ironía, de que fuerais antes su amante?

—Sin duda.

—Y qué le habeis contestado?

—Nada.

—Nada? Eso es casi consentir, dijo Bellegarde frunciendo las cejas.

—No, celoso! le he declarado abiertamente que no debía concebir ninguna esperanza.

—Y ha desistido de eso?

—De ningun modo.

—Perseverará, lo conozco.... Ah! porque vuestro padre rehusará unirnos, pretestando que mi posicion social no es todavía bastante brillante!

—Hablad á mi hermana Julieta, decidle que interceda por vos.

—¡Ay de mí! Mme. de Villars ha adivinado la repentina pasion del rey, y en la corta conversacion que acabo de tener con ella, he conocido que está interesada ya por Enrique IV.

—Pues bien, esperemos y contad conmigo, Rogerio, dijo la jóven con una voz encantadora, y despues, lígera cual una gacela, desapareció de la vista del Vizconde.

En el mismo instante oyó este dos voces que cantaban á duo este cuarteto de Francisco I.

De una muger que es veleta,
Necio el hombre si se fia,
Es pluma, la mas discreta,
Que el viento á su antojo guia.

Y descubrió á Aubigné y Marsillac que ve-

nian por aquel lado. Como estos dos caballeros no eran del gusto de Bellegarde, se vió precisado á alejarse de allí para evitar aquel encuentro.

Po la noche dejó con sentimiento Enrique IV el palacio de Coevres, prometiéndose volver á él lo mas pronto posible. Bellegarde pensaba permanecer todavia unos dias en casa del marques, pero su poderoso rival no lo creyó así.

—Os necesitamos, Bellegarde, le dijo el rey; pardiez! no tenemos bastantes valientes à nuestro lado. Despedíos, pues, y montad á caballo.

Bellegarde se vió obligado de este modo á seguir la real cabalgata.

—Vive Dios! murmuró; ¡cuánto deseo pasarme á los de la Liga!....

IV.

DOS CARTAS Y UNA RESPUESTA.

Una hermosa mañana se paseaba Ondina por el rio; y siguiendo su pintoresca costumbre dirigía ella misma su barquilla. Los remos eran tan ligeros, la corriente tan suave, que no necesitaba hacer ningun esfuerzo. Estaba pensativa este dia, que meditaba remando. ¿En qué pensaba ella? En sus amores sin duda, pero Bellegarde era el solo pensamiento que le preocupaba en este momento? Al ver muchas veces fruncirse sus cejas admirablemente arqueadas, era fácil sospechar que su espíritu se entregaba á un combate mas ó menos grave. De

qué naturaleza era este combate? No es preciso haber hecho un profundo estudio del alma para adivinarlo. Por bien organizada que sea una muger, la ternura y la vanidad entran siempre unidas en grados diversos en la composicion de su naturaleza moral. Uno de estos dos elementos, siguiendo la combinacion de la casualidad y de la circunstacia, está destinado á superar al otro. Con todo sucede, aunque muy raras veces, que ambos, se equilibran, pero con mas frecuencia la vanidad le supera, porque la muger, principalmente en las altas esferas sociales, le gusta hacer hablar de sí, y le gusta brillar. En esto es en lo que ella se parece mas al hombre.

Ondina, organizacion verdaderamente privilegiada respecto á esto, era mas tierna que vana, pero habia en ella un principio funesto que debia paralizar sus mejores inclinaciones: era débil. Su carácter, accesible á todas las sugestiones esteriores, era dominado con facilidad, y Mme. de Villars, principalmente, carácter frio, enérgico y poritivo, egercía sodre ella un imperio absoluto, con una elocuencia insinuante, y cuyo cinismo sabía disimular, conseguía frecuentemente que su jóven hermana partici-participara de sus sentimientos y de sus opiniones. Esta vez no habia dejado de pintar, con toda clase de seducciones, las ventajas que á su familia resultarían del afecto que le demostraba el rey. Ocho dias hacía que Mme. Villars insistía vivamente sobre este punto, y aunque no hubiese convencido á Ondina, habia conseguido, sin embargo, familiarizarla con una idea.

que sin una tenaz instigacion, ella sin duda no hubiera concebido.

El combate á que se entregaba su espíritu y que mientras remaba, se reflejaba en su rostro, estaba pues determinado por dos pensamientos hostiles: el amor y el cálculo. El amor era el mas fuerte, pero el cálculo, que precede á la vanidad, hacia rápidos progresos. Ondina se repetía los discursos de su hermana, y si no los aceptaba aun, procuraba á lo menos, en cierto modo, persuadirse de ellos.

De vuelta de su paseo por el rio, en el momento que amarraba su batel, un mensagero le presentó una carta.

—Se me ha recomendado, la dijo, no entregarla sino á vos, y se retiró despues.

Apenas Ondina habia dado algunos pasos para ir á leer la carta al parque, cuando se presentó otro mensagero y le entregó una segunda carta.

—Traigo órden espresa de entregarla en vuestras manos.

Despues de decir esto, se alejó el mensagero.

Ondina rompió el sello de las dos cartas, y leyó lo que sigue:

"Señorita:

"Desde el instante en que os ví, no he cesado de pensar en vos, de modo que el veros ha llegado á ser para mí una necesidad tan viva, que no podria esperar mas largo tiempo. Así cuenta, pues, no obstante, haber comenzado de nuevo las hostilidades con mas actividad,

estaré esta noche á las ocho en el palacio de Coevres, pero de incógnito. Entraré por la estremidad del parque, á donde os ruego tengais la bondad de ir: nada turbará nuestra entrevista, pues vuestro padre, por una órden mia, ha debido partir hoy para Soisson, donde permanecerá hasta mañana.

"Hasta la noche, bello ángel.

"Vuestro de todo corazon

Enrique."

La otra carta estaba concebida en estos términos:

"Querida Ondiua:

"Si tuviera alas cual el pájaro, ¡con cuanto gusto hubiera herido cien veces la travesía de Mantes á Coevres! pero ¡hay de mí! no me es dado volar, y me he visto reducido hasta este dia, á la triste necesidad de esperar una ocasion favorable para ir á veros. Esta ocasion deseada ¡á Dios gracias! ha llegado en fin, y esta noche me lanzo hácia vós al galope de mi caballo. Como no podré consagraros sinó muy pocos instantes, deseo veros sin testigos para repetiros á vuestros pies cuaneo os amo. Estad, pues, á las ocho al estremo del parque, cuyo cercado de zarzarosa me será fácil de saltar.

"Hasta luego, mis bellos amores

Rogerio."

Ondina leyó de nuevo estas dos cartas y prorumpió en prolongadas carcajadas.

—¡Dios mio! dijo una voz á su espalda, ¿qué te ha originado tan estrepitosa alegría?

Volvióse la jóven y vió á Mme. de Villars.

—Oh! la dijo riendo siempre, una cosa estupenda, mi querida Julieta!

—¿Qué es, pues?

—Toma, lee esas dos cartas, y podrás juzgar.

La marquesa racorrió con la vista las misivas amorosas.

—Verdaderamente parece que ellos se han puesto de acuerdo.

—Te parece á tí ya que vez en el parque á Rogerio y al Rey!

—¡Qué singular figura harán los dos!

—Puedes decir tambien, los tres, porque en verdad creo que no estaré yo mucho mas serena que ellos.

—¡Ah! ¿y qué piensas hacer?

—Yo no sé..... pero no podrían ellos, en lugar de andar con tanto misterio, presentarse por la puerta del palacio! Qué signica ese modo de escalar el cercado del parque! El uno no me solicita en matrimonio? Y el otro no es el rey? Un rey....

—No compromete nunca, concluyó la marquesa, con una sonrisa maquiavélica. Qué quieres, mi querida Ondina? A los hombres les gustan esas maneras de obrar: se imaginan ellos que así adelantan mas en sus negocios.

—¡Qué locura!

—No tenemos todos algo de locos en este mundo, y tú la primera?

—¡Cómo!

—~~¿El baron Dumersel de Liancourt?~~

—El mismo.

—Oh! es herriblemente feol

—Es inmensamente rico.

Ondina hizo un gesto demasiado significativo.

—Comprendo muy bien tu repugnancia por semejante hombre, prosiguió la marquesa, y así no tengo intenciones de empeñarte en ese matrimonio: sobre ese punto, haz lo que quieras. Pero, por Dios! no dejes escapar la fortuna que te se presenta, sinó es por tu interés propio, que sea á lo menos, te lo repito, por el interés de los tuyos. No te alegrarías, continuó con una incisiva acentuacion, ser la causa de su elevacion y abrir para ellos la regia mano que dispensa los honores y los títulos? ¿No te alegrarías de atraerte todo su rèconocimiento y recibir sus demostraciones de gracia? El poder que permite proteger á sus parientes, y á sus amigos, ¿no es el mas envidiable de todos los bienes?

—Pero regularmente es de corta duracion, Julieta, dijo Ondina moviendo la cabeza con aire pensativo. No conoces la historia de los amores del rey?

—Quién no la conoce? respondió la diestra marquesa. Pero es preciso decirlo: èl rey no es ya jóven, y esa inconstancia, que era uno de los puntos distintivos de su carácter, desaparece con los años; su corazon, me decía él, tiene necesidad de refugiarse en un afecto sincero y sólido. Y verdaderamente yo lo creo así, y estoy convencida que con tu juventud, tu be-

lleza y tu talento, conseguirás fácilmente fijar esa movilidad que te espanta. Además, me dijo tambien que su intencion formal era....

—Oh! ya lo adivino, interrumpió la jóven cada vez mas séria:

—Hacer sentar, continuó solemnemente la marquesa, á su lado en el trono, al objeto de sus íntimas afecciones.

—Tambien me lo ha dicho á mí; dijo algo recelosa Ondina. Pero, ¿y Margarita de Valois?....

—Y el Santo Padre?.... replicó la marquesa con una sonrisa satánica; Clemente VIII no tiene el divino privilegio de disolver los matrimonios?

Ondina guardó silencio; estaba visiblemente conmovida.

—Vamos, mi querida Ondina, continuó la marquesa, aprovechándose del efecto que producian sus palabras en el alma de su jóven hermana, haz un esfuerzo enérgico, y rompe una amistad que no puede menos que ser perjudicial á tu familia y á tí misma. Escribe, pues, á Bellegarde lo que te formulé ahora que el rey te agradecerá infinito tan animoso sacrificio. Yo me encargo de entregar ese billete.

—No, es imposible!

—Esa abnegacion es un deber, hermana mia:

—No tengo valor de hacerla....

—Yo te sostendré, ya que eres débil, te dictaré, y tú escribirás.

—¿Quieres torturar mi corazon?

—Quiero hacerte subir el primer escalon del trono.

—Pobre Rogerio!

—Tranquilízate, Ondina! Rogerio no morirá por eso!

Mme. de Villars se dirigió entónces hácia el palacio, llevándose consigo á Ondina. Una vez allí, entró con ella en un gabinete, la hizo sentar delante de una mesa, y la dijo escribiese lo que ella la dictase. Ondina rehusó hacerlo al princio, pero tanto instó Mme. de Villars, hizo resonar tan bien toda la artillería de su funesta elocuencia, que la débil Ondina no pudo resistir mas y se entregó á discrecion. La carta que escribió á Bellegarde fué con corta diferencia la misma que la marquesa había improvisado ya de viva voz.

—Y qué vas à hacer de esa carta? preguntó Ondína con los ojos llenos de lágrimas.

—Entregarla esta noche á la persona á quien va dirigida.

—Qué cruel eres, Julieta!

—Qué niña eres, Ondina!

A las ocho de la noche llegaba Bellegarde al galope á los límites esteriores del parque de Coevres. Echó pié á tierra, ató su caballo á un àrbol, y apenas habia dado algunos pasos en la direccion del cercado de zarzarosa, que en aquel lugar cerraba el parque, cuando vió venir por aquel lado á un aldeano con un saco á la espalda. Para dar á este tiempo de alejarse, empezó á enjugar con su pañuelo el copioso sudor de que estaba cubierto su caballo; pero el aldeano, en vez de alejarse, se detuvo á los

quince ó veinte pasos, arrojó su saco en tierra, y sin advertir que era observado, se puso en disposicion de escalar el cercado.

—¡Vive Dios! esclamó Bellegarde, tanto os gustan los egercicios gimnásticos, buen hombre?

Detúvose el aldeano, y dirigió la vista hácia aquel que le interpelaba de este modo.

—Vos aquí, Mr. de Bellegarde! dijo con aire sorprendido y descontento. Pardiez! no esperaba encontraros en este lugar.

—Ni yo tampoco á vos, Sire, respondió Bellegarde reconociendo á Enrique IV.

—¿Porqué habeis salido de Mantes sin mi permiso? esclamó el rey un tanto irritado.

—No teniendo nada que hacer allí, Sire, creí poder ausentarme por algunas horas.

—No debiais haberlo hecho, replicó Enrique IV con acritud. Vive Dios! ¿No sabeis que la guerra ha vuelto á empezar con mas actividad que antes, y que cada uno debe estar en su puesto?

—Sire!.... murmuró Bellegarde con burlona sonrisa.

—Os comprendo.... pero soy el rey, y no pido consejos á nádie.

—Os debeis á vxestros vasallos, Sire, dijo Bellegarde con firmeza, y habeis cometido una gran imprudencia en haber venido á Coevres, porque á tres leguas de aquí, dos destacamentos enemigos cercan el bosque por el cual habeis debido pasar.

—Por eso me he disfrazado.... Pero no se trata ahora de eso, prosiguió el rey con aire

irritado; quereis responderme. ¿Porqué estais aquí?

—Para ver á mi prometida.

—Vuestra prometida! vuestra prometida! Ella no lo es, ni lo será nunca.

—No os comprendo, dijo Bellegarde, que no pudo reprimir cierto movimiento de despecho.

—Ya me comprendereis: yo amo á esa jóven, y pardiez! os la disputaré!

—Y yo, Sire, dijo Bellegarde cruzando los brazos sobre el pecho como para impedir que estallase su cólera, yo no os la cederé.

—Sois osado en demasía, señor de Bellegarde!

—Creo, Sire, que todos los hombres son iguales ante el amor, y yo sostengo mi derecho al corazon de Ondina, como vos sostendriais el vuestro à la corona de Francia.

—Pues bien, sea: seremos rivales. Vos defendeis un derecho, y yo le ataco.

Y diciendo estas palabras sacaba de debajo de su blusa de aldeano un par de pistolas, que presentó á Bellegarde.

—Escojed, le dijo friamente.

—Os quereis chanchear, Sire?

—De ningun modo.

—El Rey de Francia batirse con uno de sus vasallos!

—Y por qué no? Voto á....! No somos iguales ante el amor? Ese es vuestro parecer, y tambien es èl mio.

—No, Sire, no puede ser. Mejor querria.....

—Cederme el corazon de vuestra amada?,

—Sí, Sire.... esto es, no.... pero en fin... Gran Dios! desconcertareis vos mis ideas!

Y Bellegarde miraba con terribles deseos de tomar una de las dos pistolas que le presentaba siempre el Rey.

—Vamos, decidios! esclamó Enrique IV.

—Ya estoy decidido, respondio Bellegarde haciendo un esfuerzo.... Aunque, continué, no puedo apreciar ahora hasta que punto os está bien á vos, rey mio, venir siguiendo los pasos á un hombre, que con toda la ingenuidad de su corazon os hizo la confidencia de su amor.

—Y que se empeñó en hacerme ver que Maria de Beauvilliers no merecia el mio: imprudente!

—Pura chanza: os lo juro.

—Chanza ó no, teníais muchísima razon. Asi soy ahora el hombre mas enamorado de la tierra. Qué quereis?

—Pues bien, voy à proponeros una cosa.

—Cuàl es?

—Que tomemos por árbitro en esta contienda á la persona misma que es el objeto de ella.

—Pardiez, dijo Enrique IV sonriéndose, me la quereis vos jugar! Sé muy bien, que estais mas adelantado que yo, pues apenas là he visto mas que una sola vez.

—Entonces fijemos una época, pasada la cual, el que ella despida deberá positivamente renunciar á toda pretension.

—Vaya, acepto el convenio.

—Juro respetarlo fielmente, Sire.

—Y yo lo juro tambien.

—Ahora, ¿qué tiempo determinaremos?

Ambos guardaron silencio por un momento.

—El tiempo de leer esta carta, dijo una voz de mujer del otro lado del seto.

Los dos interlocutores miraron hácia el parque y vieron á Mme. de Villars que les presentaba un papel. Tomóle Bellegarde: era dirijido á el. En en el sobre reconoció al instante la letra, y cuando hubo concluido de enterarse de su relato, estaba pálido y trémulo. No pudiendo creer á sus ojos, volvió á leer la carta mas detenidamente: era una despedida en debida forma.

—¿Qué teneis, pues, Bellegarde, que estais tan conmovido? le preguntó el Rey.

—Sire, le contestó con un acento de profunda amargura; he perdido ya la partida; el humilde amor del pobre caballero ha sido eclipsado por el esplendor de vuestro regio amor....

—Cómo es eso?

—Leed.

Y Bellegarde le presentó la carta.

—Ah! jamás hubiera creido, dijo devorando las lágrimas, que se pudiese variar tan pronto. Diciendo estas palabras, saltó sobre su caballo y volvió à partir al punto.

Cuando se alejaba al galope, se oyó una voz alterada que le llamaba:

—Rogerio! Rogerio!

Era la voz de Ondina.

Pero el ruido de los cascos del caballo y el viento contrario impidieron al caballero oirla.

—Os suplico no penseis mas en él, dijo Enrique IV saltando el seto y cayendo à los pies de Ondina.

Estupefacta miró Ondina al aldeano arrodillado á sus pies. Enrique IV no era hermoso, pero todavia lo era menos con aquel rústico trage. La jóven hizo un movimiento cuya interpretacion no era nada lisongera.

—Oh! qué feo estais asi! esclamó; no puedo miraros.

—Y se alejó llorando.

VI.

UN DISTICO Y UN MAUSOLEO.

No se desanimó Enrique IV con los desvíos de la bella Ondiua; tenia bastante esperiencia para saber soportar con paciencia los desdenes de una muger. Por otra parte, Mme. de Villars lo animaba en su pasion, llegando esta, en su interés por servirle, hasta el estremo de interceptar una carta que su jóven hermana dirigía á Bellegarde, retractándose en ella de todo lo que le habia dicho en la primera.

Bellegarde, con el corazon horriblemente ulcerado, y no sabiendo qué hacer para borrar de su imaginaciou el recuerdo de Ondina, prin-

cipió por batirse con d' Aubigné y Marsillac, que le habian dirigido algunas palabras ofensivas. El mató al uno é hirió gravemente al otro. Persuadido despues de que el duelo no era una distraccion bastante eficaz, resolvió alejarse de unos lugares que le hablaban á cada instante de la que amaba siempre. En consecuencia pidió al Rey licencia para pasar á la Provenza á las órdenes de Lestiguiéres, que combatia en aquella época contra el duque de Saboya. Sonrióse Enrique IV del orgullo y altiva imprudencia del jóven que abandonaba de aquel modo la partida, y en el instante mismo le concedió la licencia que solicitaba.

Al saber Ondina esta partida, se afectó vivamente, pero su alma no tenía la energia de una constancia sostenida. Así es que insensiblemente se fué ella dejando llevar de ese vago olvido del ausente; en medio del cual el corazon se arrulla y se adormece, dejando libre acceso á todos los proyectos y á todos los acontecimientos. Se ha dicho hace largo tiempo, que el amor es un bien sugeto á residencia. Enrique IV abrumó al marques de Coevres y á su familia de dignidades y honores, y de esta suerte acabó por atraerse el reconocimiento de Ondina. El reconocimiento de una muger por un hombre es una via que conduce á mayor distancia. Y ella fué la que condujo á Ondina á ser la amante de Enrique IV, despues de haber sido casada antes, por pura fórmula con el baron Damerval de Liancourt. Poco tiempo despues tuvo lugar en la corte, donde reinó como soberana.

Cuando volvió á ver à Bellegarde, algun tiempo despues, sintió de nuevo en su corazon aquel primer amor de su juventud, aquel amor, único quizás en su vida. Bellegarde esperimentó tambien una profunda sensacion. Ambos no tardaron en observar que se habia efectuado en ellos un gran cambio. Bellegarde principalmente habia adquirido maneras graves y mesuradas.

—¡Ah! señor de Bellegarde, dijo Ondina con melancólica sonrisa, ¡qué grave parece ahora vuestro carácter! Vos, en otro tiempo tan burlon, tan alegre, tan risueño....

—Los años nos modifican siempre algo, contestó él. ¿La esperiencia no dá mas gravedad al corazon, mas reflexion al carácter?

¡Han transcurrido tan pocos años!

—Bastantes para haberme permitido reflexionar mucho, y aprender mas.

—A lo menos habreis aprendido á ser feliz: es la mejor de las ciencias y la mas dificil de adquirir.

—Aun no poseo esa.... ¿y me atreveré á preguntaros, si la habeis adquirido vos?

Ondina movió lentamente la cabeza.

ella: ¡era yo tan feliz en Cuevres con mis niñerías y mi barquilla! Todavia voy allí algunas veces, pero ¡tan de tarde en tarde!

—¡Dichoso tiempo! ¡dichoso tiempo, en efecto! dijo Bellegarde con voz ligeramente conmovida.... Y sin embargo, añadió bajando la voz, yo soy la causa de que haya huido para siempre.

—¿Porqué, Mr. de Bellegarde?

—Porque entónces era yo un inexperto y un aturdido; porque entónces no sabia lo que sé hoy, y lo que tanto recomienda un gran poeta, de lo que me he servido para hacer en lo sucesivo mi divisa de amor.

—Qué es lo que recomienda, pues, ese gran poeta?

—Un precepto latino!

—¡Un precepto latino! Eso es algo grave y científico; pero no obstante, decídmelo siempre. Sé un poco el italiano, y quizás lo comprenderé.

—¿Quereis que os lo diga?

—Sí, ya os escucho.

Veamos, pues, si lo comprendeis.

Hei mihi! non tutum est, quod ames, laudare sodali!
Quium tibi laudanti credidit, ipse subit.

—¿Lo habeis comprendido? dijo Bellegarde.

—Un poco.... muy poco.... Esplicádmelo vos.

—Quiere decir: "¡Ay de mí! cuán imprudente es alabar á un amigo el objeto de su amor; si cree en tus elogios llegará á ser tu rival."

—Vuestro poeta tiene razon, dijo la jóven. ¿Cómo le llamais?

—Ovidio.....

—Pero Ovidio no ha sabido completar el precepto, y así yo he añadido dos palabras debajo del dístico.

—*Præsertim regi.*

—¿Qué significan?....

—Sobre todo á un Rey!....

Hubo un momento de silencio despues del cual Ondina, que no se llamaba ya Ondina porque habia vuelto á tomar su verdadero nombre, mudó de conversacion.

Desde que no era la noble batelera del Aisne, y que bogaba en el occéano de la corte, habia perdido su sobrenombre y su alegría. Débil y buena, no tenía otra ambicion que la que le sugerian, y con todo, esa ambicion ficticia, causó su pérdida.

El Rey la habia prometido formalmente hacerla Reina, y ella poseia los honores anecsos á esta dignidad, pero Enrique IV, siempre enamorado de ella, quiso cumplir su promesa por entero. Empero, dos matrimonios impedian su resolucion: hizo disolver el uno por causas que alegó, y prosiguió con actividad las negociaciones de su divorcio con Margarita de Valois. Pero no se salvan tan fácilmente la gradas del trono, cuando no se pertenece á una dinastía real.

Estando ya para ceñirse la corona de Francia, la amante de Enrique IV murió envenenada en una fiesta, en casa del rico financiero Zamet.

De este modo, en el áspero camino de la ambicion que seguia contra su voluntad, y en el cual habia perdido desde el principio el reposo, llegó tambien á perder la vida....

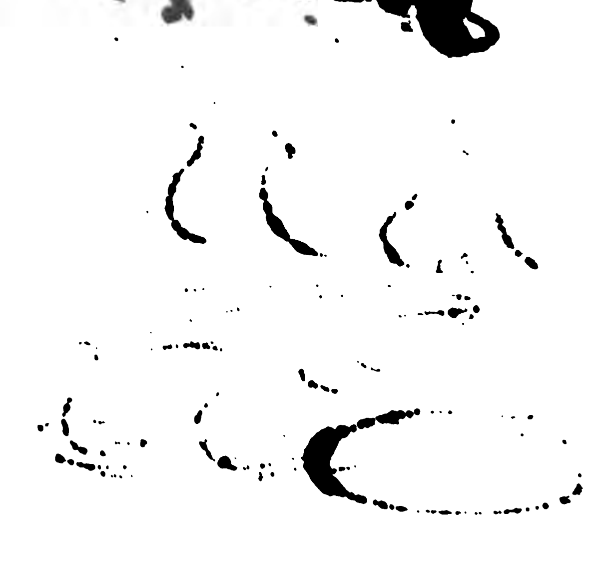
Enrique IV, la habia amado mucho, y llevó luto por ella, como por una princesa de la sangre; pero pronto la olvidó por Enriqueta Balzac d' Entragues, y luego por Margarita de Montmorency, sus dos últimos amantes.

Una sola persona permaneció fiel á su recuerdo: esta fué Bellegarde. Compró el palacio de Coevres que se halla de venta, é hizo elevar en el parque, á la orilla del agua, un mausoleo, en que se leia este solo nombre, olvidado ya:

"ONDINA."

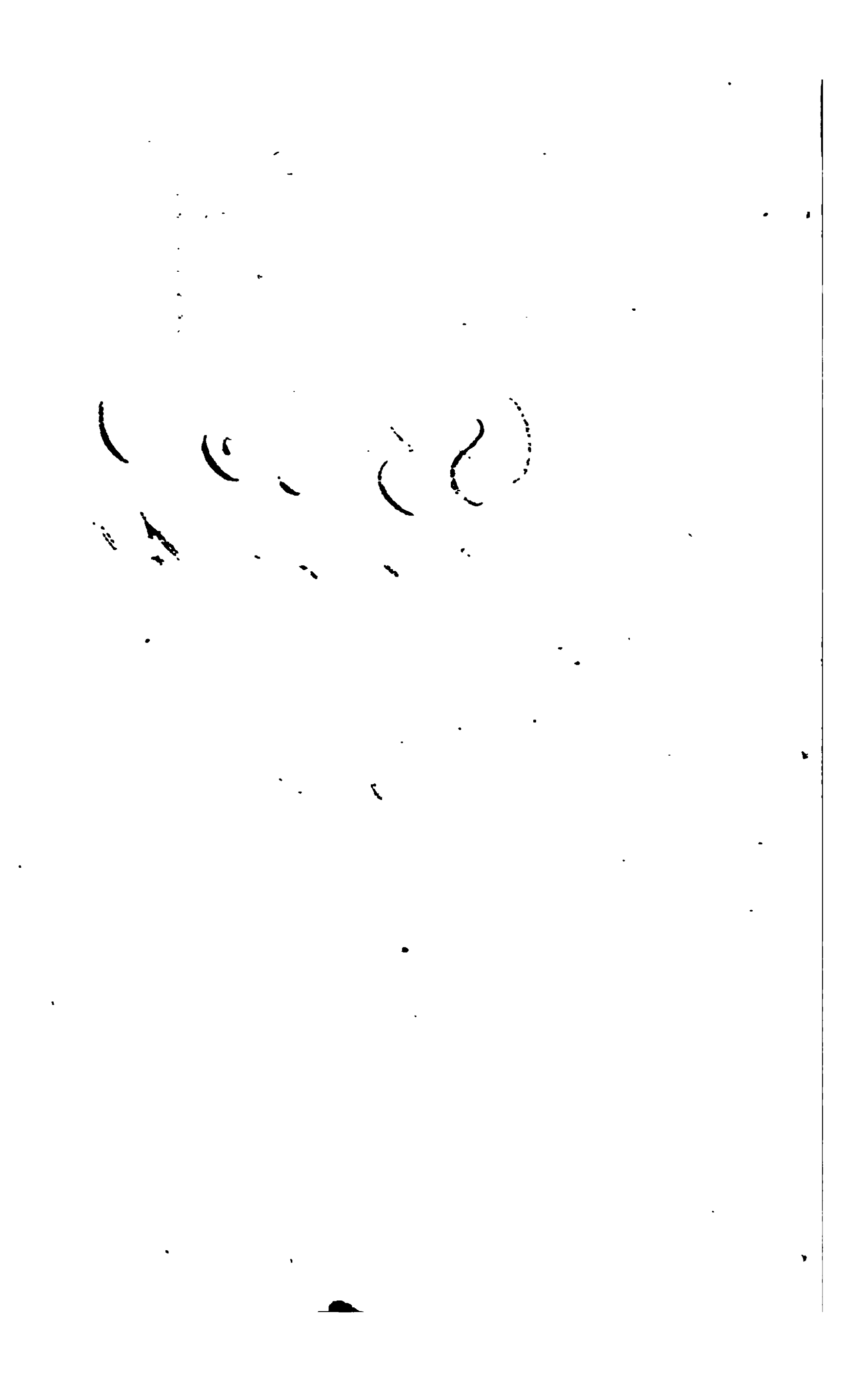
Ondina no era otra que Gabriela d' Estrées, hija de Antonio de Estrées, marques de Coevres.

Fin.



Completa

LOS HIJOS DEL MUSICO.



4

LOS HIJOS DEL MUSICO.

HISTORIA NOVELESCA

POR

LOUFT.

TOMO II.

MATANZAS.

Establecimiento tipográfico de la "Aurora del Yumurí."

1859.

LOS HIJOS DEL MUSICO.(1)

I.

Al pié de la vertiente meridional de los Alpes, en el centro de esas ricas llanuras de la Lombardía que el Po confina al sud y que bañan al oriente las azuladas aguas del mar de Venecia, se eleva la antigua capital de los Galos cisalpinos, la vieja ciudad de Milan, con sus murallas, sus palacios y su marmórea basílica. En las cercanías de la ciudad, en uno de los mas espléndidos paisajes del mundo, distínguense por todas partes lugares suntuosos, magníficas alquerías y graciosas casitas de campo, en

(1) La circunstancia de ser verídica esta interesante historia, que bajo del título de: LOS HIJOS DEL MUSICO,—*Histórico*, ha publicado estos dias un periódico de París, nos estimula á darla á luz seguros de que cautivará la atencion de nuestros lectores con mayor razon que otro cualquier cuento de pura fantasía.

medio de espesos bosquecillos de moreras blancas, de avellanos y de otros muchos árboles cubiertos de vistosos emparrados de vid; y despues aparece, de trecho en trecho, serpenteando por la campiña, el Olona que, descendiendo de los Alpes, corre cristalino como un hilo de plata, por medio de aquellas praderas consteladas de flores, y desaparece bajo los lentiscos y las adelfas para reaparecer mas lejos en los vastos arrozales que él fertiliza con sus aguas.

El 22 de Junio de 1818, en una de esas tibias noches meridionales cuya trasparencia no se asemeja en nada á la opaca oscuridad de las noches del Norte, abríase discretamente una *villa* situada á medio tiro de cañon del glácis, y despues de haber girado á la sordina sobre los goznes, su puertecita daba paso á un hombre cuyo rostro juvenil y cuya rubia cabellera se distinguian perfectamente á la ligera luz crepuscular de la noche.

El fugitivo, pues sus pasos misteriosos, la maleta que conducia sobre sus hombros y el baston que llevaba en la mano nos autorizan para calificarlo de esta suerte, el fugitivo, decimos, volvió á cerrar con tiento la puerta, arrojó por encima de la pared del jardin la llave de que se habia servido, y despues, soltando un suspiro de satisfaccion, como si se sintiera aliviado de una pesada carga, lanzóse rápidamente por la ruta que conduce á Pavía. Además de su maleta, el jóven era tambien portador de una guitarra pendiente de una cuerda á la espalda, como la llevan los cantores ambulantes

Caminaba, pues, en la direccion de Pavía,

cuando, despues de haber recorrido unas dos leguas en la gran ruta, empeñóse en seguir una senda cubierta de césped, que torcia bruscamente hácia la izquierda por entre unos matorrales y serpenteaba al lado de la ribera: despues, habiendo marchado aun como media hora, detùvose á algunos pasos de una linda cabaña oculta como nido de aves entre un enramado de verdura. Llegadò allí, el desconocido hace deslizar hácia adelante el instrumento que llevaba bajo el brazo, apoya sus dedos sobre las cuerdas, y arranca de ellas tres acordes modulados *amoroso*, como los suspiros de un arpa eoliana: despues volvió la guitarra à su puesto y esperó.

Entretanto, los nevados picos de los Alpes que se apercibian en lontananza comenzaban á iluminarse con los primeros resplandores de la aurora y sus agujas nacaradas mostraban los colores del iris en medio de las nubes rosadas, verdes y color de fuego; las aguas del Olona que murmuraban á lo largo de la ribera, el grillo que cantaba bajo la yerba, la brisa que jugueteaba entre el follage, comunicaban á aquella noche un encanto indefinible. Así qué, el jóven músico, con sus miradas sumergidas en el horizonte, hallábase estasiado en la contemplacion de aquellos esplendores nocturnos, cuando el rechinar de una puerta que se abria con precaucion vino á sacarle de su ensueño. Al mismo tiempo se escapó de la cabaña saltando una graciosa cabra blanca, siguiéndola despues á su vez una jóven vestida con el trage pintoresco de las aldeanas lombardas, la cual, palpi-

tando de emocion, vino á precipitarse sollozando en los brazos del jóven.

—Te he hecho esperar mucho, Cárlos, le dijo despues de un instante de silencio; pero en el momento de partir, despues de haber depositado el beso de despedida en la frente dormida de mi madre, de mi pobre madre que ya no me encontrará al despertar, me detuve largo tiempo á contemplarla, pues que era por la última vez! Oh! mi buen amigo, cuanto valor necesito y cuánto amor para abandonar así á la que me quiere tanto!

Al decir estas palabras, apoyó su cabeza sobre el pecho dei jóven y se puso á llorar amargamente.

—Vamos, mi dulce Juana, la dijo este, ¡ánimo! Tú sabes que nos erà preciso optar entre la fuga ó la separacion eterna...

—Oh! sí, dijo ella levantándose de repente al oir la palabra separacion, huyamos, huyamos de prisa! porque vivir sin tí es morir!

—Pues bien, pongámonos inmediatamente en camino, pues pronto serà de dia; van á perseguirme, y no nos hallaremos en seguridad hasta que hayamos atravesado la frontera del Piamonte.

La niña lanzó al punto una larga mirada de despedida sobre la casita que abandonaba, levantó al cielo sus ojos arrasados en lágrimas, y se asió al brazo de su caballero. La jóven pareja emprendió el camino de Novara.

II.

La ruta de Italia por Ginebra, Chamouny y el valle de Aoeste, es sin duda una de las mas pintorescas del globo. Por eso desde el principio de la bella estacion se halla cruzado por una multitud de sillas de posta que en la primera se dirigen del norte al sud, y una vez llegado el mes de setiembre, se vuelven del sud al norte. Este flujo y reflujo de viajeros es el que, durante seis meses del año, forma la clientela de la venta de San Cárlos Borromeo, sita á orillas del camino, en la entrada de los valles de San Bernardo. Esta venta, que toma pomposamente el título de parador, es de una arquitectura mista, en perfecta armonía con su posicion topográfica, pues su fachada, adornada de pi-

lastras de piedra festoneadas de vid, está enteramente en el gusto de las construcciones italianas; mientras que lo restante del edificio está construido de madera, con una galería esterior en el primer piso, á la manera de los *chalets* de la Suiza.

El 29 de junio de 1818, serian las ocho de la noche, cuando tres viajeros, á saber, una hermosísima jóven de 18 á 20 años y dos gallardos mancebos, se hallaban apoyados de codo sobre la balaustrada de la galería del parador de San Cárlos, presenciando desde allí el mas magnífico ocaso del sol que es posible ver: eran M. Devilliers, su esposa y el hermano de esta última, todos tres de orígen francés. Casado hacia cuatro meses solamente, M. Devilliers era, á pesar de sus 75,000 libras de renta, un pintor distinguido. Bástenos decir esto para comprender desde luego que la Italia era para él una tierra de predileccion. Por lo mismo habia querido ir á pasar allí con su jóven compañera los primeros tiempos de su matrimonio: y á la vuelta de este viaje encantador era cuando se habian ellos apeado en la referida venta, donde debian pasar la noche.

Sin embargo, hacia ya mas de una hora que el sol habia desaparecido detrás de las montañas de la Saboya, y los viageros continuaban siempre absortos de admiracion ante el paisape cuyas perspectivas aterciopeladas por el crepúsculo, se encuadraban por las cúspides del S. Bernardo que proyectaban sombras jigantescas y entrecortadas sobre un cielo inflamado por los rayos del sol poniente.

—Dios mio! que hermoso es esto, qué arrebatador! esclamó el jóven artista en un momenmento de entusiasmo; qué sublime panorama, qué magnífico asunto para un cuadro! No es lástima que no se vea allí, en el primer término, un grupo de personas que anime la escena?

—A fé mia, mi querido artista, díjole en seguida el hermano de la señora, tú no tienes mas que hablar, á lo que parece, para hallarte servido; pues ve ahí la pareja mas hermosa que yo he podido encontrar en toda la península.

Y diciendo esto, señalaba con el dedo à un jóven que acompañando á una interesantísima niña abandonaba la senda como á dos tiros de fusil de la venta, y se dirigian hácia ésta.

—Magnífico! continuó M. Devilliers, hé aquí mi cuadro completo! Qué te parece, mi querida amiga? preguntó á la recien casada que, estasiada en su contemplacion, admiraba en silencio.

—Yo, querido, respondió ella distraida como de un sueño, yo encuentro esto muy hermoso. Desgraciadamente, tu paisage es mudo: parèceme que un canto bien dulce y melodioso vendria á realzar singularmente la poesía de esta tarde.

Apenas habia ella indicado este pensamiento, cuando el jóven caminante, deteniéndose con su compañera debajo de la galería, despues de haber evocado varios acordes de su guitarra, se puso á cantar en francés una especie de nocturno cuyo estrivillo decia de esta manera:

"La paz y la calma y ensueños de amor

Y el dulce silencio de la noche umbría,
Son horas de dicha que prefiero yo
Al brillante estruendo que me brinda el dia."

Despues, cuando hubo concluido su romanza, el jóven músico hizo un gracioso saludo á sus oyentes, y seguido de su compañera, como igualmente de la cabra blanca, entró en la venta.

—Querido, dijo á su esposo la señora Devilliers, he ahí una de las mas deliciosas melodías que he oido en mi vida; pero ese no es un cantor vulgar, y por eso me he guardado yo bien de hacerle mi ofrenda.

—Y has hecho perfectamente; pues un jóven de modales tan distinguidos y tan consumado músico, no deberá correr aventuras para ganarse la vida. Es verdad que la jovencita que le acompaña tiene todas las trazas de una pastora italiana.

—Es probable que sea algun hijo de familia escapado con una cabrera de los Apeninos.

—Deberíamos profundizar el misterio, que figuraria admirablemente en nuestras impresiones de viaje.

—Pero, querida mia, yo no hallo medio fácil de satisfacer tu curiosidad.

—Nada es mas sencillo sin embargo. No debo yo dar las gracias al artista que tan gratuita como graciosamente se ha prestado á satisfacer mis deseos? Encárgate tú de ir á dárselas, y aprovéchate de esta circunstancia para ligar conocimientos con ellos.

—Mi querida amiga, puesto que así lo quieres, mañana iré á ver á esos jóvenes, y en vez

de marchar muy de mañana, almorzaramos aquí para tener ocasion de hallarnos juntos con ellos.

En la mañana siguiente, muy temprano, M. Devilliers se dirijió al músico de la víspera, en el momento mismo en que éste iba á ponerse en camino con su compañera.

—Perdone usted si le interrumpo, caballero, le dijo, pero yo tenia empeño en dar á ustedes gracias, en nombre de mi esposa, de mi hermano político y en mi nombre tambien, por la bondad que han tenido con nosotros ayer tarde, al llegar.

—Caballero, respondióle el estranjero con finísima cortesía, el placer de haber podido agradar á ustedes me recompensa con usura de lo que haya podido hacer para ella. En cuanto al retraso que usted teme ocasionarnos, no vale la pena de que hablemos de eso, pues nosotros—dijo mostrándole su guitarra—somos aves viageras. Vamos á todas partes y en ninguna nos esperan; por consiguiente, siempre tenemos tiempo para llegar.

—Por lo demás, caballero, si ustedes gustan darnos el placer de aceptar en nuestra silla de postas, repuso el pintor francés, les ayudarémos á reparar el tiempo perdido, y ustedes me habrian hecho conseguir el objeto de mi embajada; pues estoy encargado por mis compañeros de viage, de ofrecérselos á ustedes. Solo que, en vez de atravesar los Alpes por el San Bernardo, como ustedes se lo proponian sin duda, los pasaremos por el Simplon, cuya ruta tomaremos en Arona; pero esto procura-

rá á ustedes el placer de pasar en revista toda la cadena que separa el Valais del Piamonte.

Algunos instantes despues, todos los viagrros habian abandonado el parador del valle de Aoeste, y la familia Devilliers, el músico y su compañera caminaban en su carruage dirigiéndose al Lago Mayor.

II.

Atravesando un terreno accidentado, el coche no iba por lo regular sino á paso; pero los que él conducia, maravillados por los paisajes siempre nuevos que las ondulaciones del terreno descubrian á cada instante, no cuidaban nunca de dar prisa al postillon. En efecto, al lado izquierdo, las montañas iban como desenrollando á vueltas sus bellezas alpinas ó sus esplendores salvages, mientras que á la derecha, los ojos penetraban hasta perder la vista en las ricas llanuras de la alta Italia, orlado al sud-este por la línea azul de los Alpes marítimos. Los viageros estaban pues estasiados ante aquel magnífico panorama, escepto sin embargo la jóven aldeana, que permanecia estraña á cuanto

pasaba en su derredor, pues se hallaba absorta en sus reflecsiones. La pobre niña tenia sus ojos fijos sobre el punto del horizonte donde se percibian aun las agujas de la catedral de Milan, y de vez en cuando una lágrima silenciosa corria por sus mejillas.

Era cerca de mediodia cuando llegaron á la estacion en que debian almorzar. Los viageros, hambrientos por el aire aperitivo de las montañas, hicieron el mas grande honor á la comida que les sirvieron, esceptuando siempre á la compañera del músico, la cual no quiso tomar nada, tanta era la pena y congoja que embargaba su ánimo.

La señora Devilliers adivinando todo cuanto pasaba en el alma de la pobre desolada, la prodigaba los mayores muestras de la mas esquisita benevolencia. En cuanto al pintor y á su cuñado, hechizados por el genial un tanto romanesco y por la erudicion del jóven, le manifestaban el placer que sentian por haberle encontrado, y se pusieron enteramente á su disposicion para el caso en que él tuviera necesidad de sus servicios, de cualquiera naturaleza que estos fuesen.

—Agradezco infinito, señores, sus obsequios y sus bondadosos ofrecimientos, díjoles entónces el músico, pero por ahora, no debo hacer mas que darles mi mas cumplidas gracias.

—Por ahora, sea, repuso el pintor, pero quien sabe lo que el porvenir reserva á usted en sus peregrinaciones, pobre ruiseñor! Ruego á usted pues, que acepte las señas de mi casa. Si alguna vez la suerte les es adversa, piense

usted entonces en nosotros; pues tendremos á dicha siempre el serle útiles.

—Acepto, caballero, acepto con reconocimiento esa prueba de simpatía que me honra; y á pesar del incógnito que me he propuesto guardar en lo sucesivo, os suplico que acepteis mi tarjeta en cambio de la vuestra.

Y entregó á su interlocutor una tarjeta satinada, con su nombre en letras de oro, y sobre él grabada una corona de vizconde.

—Cárlos von Rosenstein? esclamó M. Devilliers despues de haberle mirado. Pero.... es usted parriente del general von Rosenstein que manda en Lombardía?

—Soy su hijo, respondió sonriendo el músico; es al hijo de un general austriaco á quien usted ha encontrado corriendo aventuras y con tal trage.

—Pero con una compañera de viaje que no habria desdeñado M. Bossampierre, añadió el hermano de la señora.

—Pobre niña!—dijo ésta echando una mirada de compasion sobre la linda aldeana, que no comprendia ni una palabra de todo esto, pues la conversacion era en frances,—pobre niña á quien sin duda habeis arrebatado, señor de Rosenstein, y que probablemente abandonareis un dia!

—Jamás, señora, jamás! respondió Cárlos con calor. Juana es efectivamente una simple aldeana que huye conmigo, pero no se trata aquí de un amorcillo como usted podria creer tal vez, trátase de una afeccion formal. Por esta jóven, renuncio yo á una carrera, hácia la cual, por

lo demás, no me sentia con ninguna vocacion, y ustedes son las últimas personas á quienes confio mi verdadero nombre. Sea lo que quiera, pues, lo que el porvenir me reservare, dicha ó adversidad, todo lo partiré con ella; le doy á usted mi palabra de honor!

—Muy bien, caballero! esclamó la señora Devilliers con entusiasmo; usted es un jóven honrado, y esto le hará á usted dichoso.

—Dios oiga á usted, señora! respondió el músico.

En este momento, el ruido de los cascabeles y los latigazos del conductor de mulas avisaron á los viageros que era preciso volver al carruage.

El vizconde Cárlos, segundo hijo del general Rosenstein, era lo que se llamaba entónces todo un apuesto caballero; pero nada en su esterior podia revelar á primera vista su condicion; pues su traje, su maleta y su guitarra se hallaban en perfecta armonía con la calidad de músico ambulante que él se habia dado. Y no es estraño, pues que le iba en ello nada menos que la pérdida de sus amores y de su libertad, si le hubieran cojido en el territorio italiano.

Como en casi todas las familias ilustres de la Alemania, habíase señalado en la familia de Rosenstein un estado á cada uno de los hijos, sin curarse nada de sus aptitudes é inclinaciones; de suerte que el conde Herman, el primogénito, habia sido destinado para la carrera de las armas, y el vizconde Cárlos, en su calidad de segundo, estaba destinado para recibir las

órdenes sacras; pero éste, no sintiéndose con la menor vocacion por la carrera eclesiástica, habia retardado cuanto le fué posible su entrada en el gran seminario, y como postrer respiro, habia obtenido de su padre permiso de prepararse, en la soledad y el aislamiento del mundo, para la ecsistencia que le habian impuesto. Mas soledad, lejos de producir el resultado que él esperaba, no habia hecho otra cosa que ligarle aun mas y mal al mundo.

El amor de una sencilla aldeana habia revelado en él una irresistible necesidad de afeccion; y cuando el general, cansado ya de sus plazos y moratorias, le intimó la órden de acabar cuanto antes, el jóven decidió á aquella á quien amaba á fugarse con él.

Pero ahora ¿qué haria? ¿qué carrera emprenderia, una vez alejado de la casa parterna? Nada sabia él mismo; mas, ¿es posible arredrarse por nada á la edad de veinte años?

Dos dias despues de la salida del parador de San Cárlos Borromeo, la silla de posta de M. Devilliers llegaba al pié de la vertiente septentrional de los Alpes, donde debian separarse. Los viageros, que habian tenido tiempo de hacer amplio conocimiento y de apreciarse cada vez mas, diéronse sínceras muestras de amistad. El pintor insistió sobre todo en que se acordaran de él caso de apuros, despues de lo cual se separon, la familia Devilliers para ir à Brig, á orillas del Ródano superior, donde los esparaban los parientes de la jóven esposa, y el supuesto músico con su compañera à buscar fortuna en Francia.

IV.

El 12 de octubre de 1830, á las diez de la noche, la ciudad de Breslaw, capital de la Silesia prusiana, hallábase profundamente dormida, sin que el silencio de aquella antigua poblacion fuese interrumpido sino á intérvalos iguales por las campanas de los relojes, á las cuales respondia inmediatamente la voz de los serenos; pues en ciertos pueblos de la buena y vieja Alemania, hase conservado hasta nuestros dias la costumbre de despertar á las gentes siete ú ocho veces en la noche, á fin de informarlas de que pueden dormir tranquilamente. En Schult-strass, como en todas las demás calles, no se habian encendido los reverberos aquella noche, en la prevision de la claridad de

la luna, la cual habia faltado á su palabra; de modo que estaba todo tan oscuro como un horno apagado. En la esquina de Maik-platz, en la corona del Grande-Emperador, una ventanita abierta en el mismo ángulo brillaba sin embargo como estrella en medio de las tinieblas, lo que daba á entender que aun velaba allí alguien. ¿Qué ocurria pues de estraordinario? Necesarios eran en efecto graves motivos de alegria ó de dolor, para no dormir á tales horas en aquella buena y apacible ciudad de Breslaw.

En la parte superior de la posada, en un cuarto espacioso y casi enteramente desprovisto de muebles, yacia inmóvil sobre un lecho colocado junto á la ventana una muger jóven y maravillosamente bella aun á pesar de su palidez cadavérica, con los ojos medio cerrados y la boca entreabierta; veíase que un alma acababa de abandonar aquel cuerpo. Cerca de este lecho mortuorio estaban arrodillados dos niños, el uno llorando en silencio y orando con fervor, mientras que el otro, ahogado por los sollozos, medio loco del dolor, cubria de besos una de las manos de la difunta, y la sacudia el brazo gritando: "Mamá! mamá!" como si esperase poderla despertar.

En frente, y apoyado contra un enorme cofre viejo, estaba de pié un hombre de treinta y tantos años, el cual, con los brazos cruzados sobre el pecho, el rostro pálido y los labios contraidos, contemplaba desde allí el cadàver y las dos criaturas. Fácil era ver que en el corazon de aquel hombre se efectuaba una lucha

terrible, y que si sus ojos estaban secos, es porque se hacia él violencia para no llorar. Sin embargo, incapaz de contenerse mas, se precipita por fin hàcia el lecho de muerte dejando correr las lágrimas que le ahogaban.

—Pobre ángel mio! esclamó abrazando aquel cuerpo inanimado; querida Juana, mi dulce compañera de infortunios, he aquí pues ya la noche suprema, la postrera que tù pasas en medio de nosotros! Mañana, el cementerio!.... el cementerio donde te dejaremos enteramente sola, abandonada, pues por lo que hace á nosotros, nos veremos precisados á continuar nuestra ruta y cantar aun!.... Cantar!.... será posible, Dios mio!.... Y sin embargo, será menester hacerlo para alimentar à estos pobres niños!

En el mes de junio de 1818, cuando el vizconde Cárlos y su compañera habian dejado á la familia Devilliers, habíanse dirijido, como hemos dicho antes, hácia la Francia; y despues, para satisfacer los escrúpulos de Juana, los dos jóvenes se habian embarcado para la Escocia, donde se habian casado. En seguida vinieron á instalarse en una casita de las cercanías de Lóndres, donde la jóven italiana dió á luz un niño que recibió el nombre de Juan; pero ni el casamiento ni el nacimiento de su querido niño pudieron borrar de su corazon la memoria de su madre abandonada. De aquí una tristeza crónica que en vano procuraba ella disimular.

Entre tanto, los recursos pecuniarios del jóven matrimonio empezaron á bajar, y se hizo

urjente tomar un partido. Cárlos cambió su nombre en el de Brúnner, y emprendió el dar lecciones de lengua alemana. Pero en Lóndres, como en Paris, no es cosa fácil el crearse una clientela en el profesorado, cuando no median grandes recomendaciones, y sobre todo, cuando el profesor no es entremetido. Así que las comodidades de la vida no tardaron en desaparecer completamente de aquella casa, y solo entónces supo ya el hijo de familia lo que cuesta de ordinario esa vida de independencia que él habia soñado en su imaginacion. Un año despues, el nacimiento de un segundo hijo, á quien pusieron el nombre de su padre, Cárlos, vino á aumentar aun las cargas del matrimonio.

Una noche que Cárlos, desolado por la gravedad de la situacion, se hallaba cavilando en los medios de salir adelante, vino á verle el padre de uno de sus antiguos discípulos, cervezero en Fleet street, á pedirle que le tradujera una carta de Francia.

—¿Qué tiene V., querido? le preguntó éste al entrar. Qué triste está V.!.... Ah!.... ya lo adivino, añadió al punto paseando sus miradas por el mísero albergue del pobre profesor; ya adivino el motivo de su tristeza. Pero tambien tiene V. alguna culpa.

Y como Cárlos, por medio de un gesto, parecia pedirle la esplicacion de sus palabras:

—Sí, es cierto, continuó diciéndole el cervezero, usted tiene muchas cuerdas en su arco, y va á escojer precisamente la peor. Póngase us-

ted á divertir á los hombres en vez de tratar de intruirlos, y verá usted como le va mejor. Créame usted, querido, esa guitarra que veo ahí colgada en la pared valdria mucho mas, si usted quisiera, que toda su erudicion. Venga usted á cantar esta noche á mi establecimiento, y yo le garantizo una libra esterlina por dia, como minimum.

Veinticinco francos cada noche, cuando se carecia en aquella casa de lo necesario, era en verdad una cosa para dar tentaciones. Así que, al dia siguiente, Cárlos, con el carmin en sus mejillas y el instrumento bajo el brazo, entrába por la noche en la cervezería de Fleet-street: la necesidad le obligaba á ser realmente lo que él habia querido parecer ó simular cuando huyó de la casa paterna: un músico ambulante.

A partir de este momento, volvieron en efecto las comodidades á la morada de aquellas pobres gentes; pues el ex-profesor alcanzó tanto mayor éxito, cuanto que no cantaba absolutamente sino sus propias obras; pero calcúlese cuánto no sufriria, al verse reducido á divertir todas las noches á aquella turba de bebedores de cerveza. Desde entónces ya no tuvo mas que un objeto: reunir algun dinero y emanciparse de aquella enojosa situacion. Tan pronto como pudo poner en práctica sus proyectos, partió con su familia para la Alemania, donde esperaba volver á entrar con mejor écsito en la enseñanza; y así habia llegado á Breslaw en los primeros dias del mes de agosto.

Pero apenas instalados en la posada del Grande Emperador, cuando Juana, cuyos labios no

hácia mover jamás una sonrisa; Juana, á quien las inquietudes de toda especie habian minado la salud continuamente; Juana, en fin, vencida por un mal que ella disimulaba hacia ya mucho tiempo, cayó en cama, y al cabo de cinco semanas, despues de despedirse de su muy amado Cárlos, despues de haber bendecido á sus dos pobres niños, quienes la suplicaban que no los abandonase, espiró murmurando estas palabras: "Perdon, madre mia!"

El 13 de octubre, á las dos de la tarde, algunos miembros del clero católico de Breslaw conducian al cementerio un féretro seguido solamente por Cárlos, cuya frente iba inclinada bajo el peso del dolor, y llevaba por la mano dos niños.

Cuando los sepultureros dieron fin á su fúnebre tarea, el hombre y los dos niños se arrodillaron sobre la recien movida tierra y se pusieron á hacer oracion. Por la noche, cuando vinieron á cerrar la puerta de la necrópolis, todavia estaban en el mismo sitio, y fué preciso decirles que se marcharan.

Luego que volvieron á entrar en el cuarto del parador, los dos niños se arrojaron llorando sobre el lecho mortuorio, y despues, vencidos bien pronto por la emocion y la fatiga de dos noches de insomnio, se durmieron cojidos entre sí por las manos.

—Dichosa edad! dijo mirándolos su padre; edad feliz, en que el dolor puede ser vencido por el sueño! A lo menos, en este instante, no sufren, todo lo han olvidado.

A la mañana siguiente, cuando los hijos del

músico abrieron los ojos, hallaron á su padre de pié y que parecia esperar á que despertasen. Corrieron los dos á abrazarle.

—Hijos mios, les dijo con una voz que él trataba de esforzar, es preciso partir. Todo está dispuesto para la marcha.

Algunos momentos despues, los tres viageros salieron de la posada del Grande Emperador y se dirijieron al cementerio. Luego que hubieran llorado y rezado algun tiempo sobre aquella tumba donde ninguno vendria tal vez ya á arrodillarse jamás, Cárlos, tomando un puñado de aquella tierra húmeda, dividióle en dos partes que envolvió en papel.

—Mi Carlitos, mi pobre Juan, díjoles dando una porcion de aquella tierra á cada uno de los niños, estrechad esto contra vuestro corazon, y no lo abandoneis jamás: es el último recuerdo de vuestra madre.

Dicho esto, la pequeña caravana se puso en marcha para Francia.

V.

En la vertiente oriental de los Vosgos, á la derecha del camino que se escarpa por encima de Saverne, existe aun hoy, en una meseta cubierta de brezos, suspendido sobre los barrancos y que encuadran bosquecillos de abetos y de álamos blancos, un molino de agua desde donde se estiende la vista por todos aquellos contornos. Ver una habitacion encaramada de esta suerte no es cosa rara en aquellas montañas; pero lo que parece desde luego estraordinario, es ver un molino de agua funcionar en aquella altura. Sin embargo, no se tarda en hallar esto muy natural, al ver que de la roca en la cual se respalda la plataforma y que se desploma por encima de la casa, cae una limpia

cascada de la cual se ha sacado partido para hacer girar á las ruedas. Ahora bien, aquel molino pertenecia, hará como unos treinta años, á José Muller, quien habitaba allí con su familia, compuesta de su padre, de edad de 82 años, de su mujer y de su hijo Ludwig, mozo de veinte y tantos años, de talla atlética, pero sumiso como un niño. Por lo demás, el honrado Muller predicaba el ejemplo para su hijo con sus propias obras, pues rodeaba él mismo de atenciones, de prevenciones y respeto al viejo impotente, quien ocupaba el puesto de honor en el rincon del hogar, y, bien que la razon abandonara á menudo el cerebro del pobre octogenario, aunque su mirada se hubiese apagado hacia ya mucho tiempo, nunca se presentaba Muller ante él sin tener la cabeza descubierta; era como una reliquia por la cual profesaba un verdadero culto.

Era el mes de abril de 1831. El espino blanco lanzaba al viento su mas dulce fragancia; los céspedes estaban perlados de margaritas; el terciopelo de la pradera florecia con el oro de los renúnculos salvajes; la yerba de los verjeles desaparecia bajo la nívea flor de los cerezos, y miles de pájaros ocultos entre las matas hacian oir sus mas bellos cantares. El 17, á las seis y media de la tarde, en el momento en que el sol, pronto á desaparecer detrás de la cima de los Vosgos, doraba con sus rayos oblícuos las perfumadas llanuras de la Alsacia, el honrado Muller, apoyado contra uno de los árboles de la plataforma, fumaba tranquilamente su pipa, y seguia con sus miradas á un jóven

alto y á una jovencita que marchaban por la senda que bajaba tortuosa desde el molino á la aldea de Schoemberg.

El jóven, mozo de gallarda presencia y de unos veinte y tantos años, grave como un kuáquero, iba, segun el uso del pais, cubierto con el tradicional treispitz (sombrero de tres puntas horizontales); llevaba su larga casaca cuadrada, con botones de acero bruñido, chaleco encarnado y calzon de ante: en cuanto á la jóven, que parecia ser su novia, tambien llevaba el trage local; casaquin oscuro de talle corto y sin mangas; ancha saya azul que llega hasta las rodillas, pañuelo corbata atado por detrás, y, sobre la cima de la cabeza, una gorra microscópica, de la cual se desprendian por detrás dos grandes trenzas rubias terminadas en cintas que ondeaban á merced de la brisa.

En el momento en que esta pareja iba á desaparecer detràs de un bosquecillo de box y de ligustro, el fumador, interpelando al jóven desde lo alto de su mirador:

—Ludwig, le dijo, trata de no permanecer mucho tiempo fuera: vuelve á casa á las ocho, lo mas tarde.

—Padre, no faltaré, respondió el enamorado mancebo, volviéndose al instante y quitándose el sombrero, mientras que la jóven hizo á su vez una linda reverencia, continuando despues ambos jóvenes su camino.

Sin embargo, dieron las ocho, las nueve se acercaban ya, la cena esperaba desde largo tiempo en la sala baja del molino, y Ludwig no se hallaba aun de vuelta.

—Qué es lo que habrá sucedido por allá, para que el muchacho no llegue aun? dijo Muller en voz baja á su mujer. En fin, mientras que papá no se impaciente, esperemos.

Pero como el cuclillo colgado junto á la chimenea se pusiese á dar sus nueve golpes:

—Ea bien! José, esclamó al instante el anciano sentado en el rincon de la cocina, es que la cena no está todavia dispuesta?

—Perdone usted, padre mio, respondióle el molinero; van á servirla en seguida.

Muller hizo rodar hasta la mesa el ancho sillon con orejas donde el octojenario estaba sentado, y sirvieron la cena. Pero el molinero y su muger estaban demasiado inquietos para poder tomar nada: era preciso, en efecto, que hubiera sobrevenido algun acontecimiento grave, para que Ludwig no hubiese vuelto aun á casa. En cuanto al anciano, comió sin apercibirse siquiera de que su nieto no se hallaba allí, y estaba bebiendo su copa de kirsch, que él tomaba siempre por via de postre, cuando de repente oyeron llamar á la puerta. Inmediatamente los padres inquietos corrieron á abrir y lanzaron una esclamacion de gozo al ver entrar á Ludwig con una maleta al hombro, llevando un niño de cada mano, y seguido de un hombre jóven aun, pero que parecia sufrir y andaba con trabajo apoyándose en su palo.

VI.

Esta pequeña caravana estaba compuesta de los restos de la familia del músico. Despues de su salida de Breslaw, siempre forzado por las circunstancias, Cárlos habia continuado su vida de cantor ambulante; pero bien pronto las penas determinaron en él una especie de enfermedad de languidez que en vano se esforzó en dominar. Arraigándose el mal, conoció que la muerte no tardaría en llevársele á él tambien; temiendo entónces dejar á sus dos niños solos y abandonados en las rutas de Europa, acordóse de la oferta benévola que en otro tiempo le habia sido hecha por la familia Devilliers; y á pesar de todo lo que pudiera haber de aventurado en la esperanza que él fundaba en presen-

esa de tan antigua fecha, ya no tenia mas que un deseo, el de llegar á París lo mas pronto posible, á fin de, antes de morir, poder recomendar sus hijos al pintor francés. Pero la enfermedad hizo muy pronto progresos tan rápidos, que por mas que el viajero quiso darse prisa, tembló de que la muerte se anticipase al término de su carrera. En tal disposicion, encontró al buen Ludwig en la cuesta de Saverne.

Al dia siguiente de la llegada de la pobre familia, Muller y su hijo, habiéndose levantado antes de amanecer, como de costumbre, estaban ocupados en sus faenas, cuando vieron con asombro al estrangero, á quien creian dormido, entrar en la sala donde ellos estaban.

—Mis queridos bienhechores, les dijo este acercándose á ellos, podrian ustedes decirme á qué hora pasa la diligencia de París?

—La diligencia? replicó Muller mirando al pobre hombre que temblaba de fiebre; pero usted no lo reflecsiona bien, mi buen amigo! ponerse en camino en semejante estado, seria querer morir antes de la segunda parada de enganche.

—Precisamente por que siento ya que se me acerca la muerte, es por lo que anhelo llegar cuanto ántes á París. Es indispensable que yo esté allí antes del momento fatal.

—Y por qué ha de abrigar usted esas fúnebres ideas? Descanse aquí el tiempo que le conviniere; no se inquiete por nada; y cuando se halle en estado de ponerse otra vez en camino, entónces partirá usted; pero hasta ese momento, permítanos que le cuidemos, ya verá

usted que todo irá mejor de lo que ahora cree. Ludwig, corre à Schœnberg á decir al médico que venga inmediatamente; y usted, caballero, déme su brazo y venga á acostarse.

Cárlos, en quien el frio de la mañana habia aniquilado súbitamente la escitacion febril, se dejó llevar y subió al cuarto, con la ayuda del marinero. Cuando los dos niños despertaron á su vez, halláronse singularmente sorprendidos de ver aun dormido à su padre, en vez de encontrarle ya de pié y pronto á partir; y como manifestasen su estrañeza al dueño de la casa que vino á buscarlos para el desayuno.

—Qué tiene eso de particular? les respondió éste fingiendo una jovialidad que distaba mucho de su corazon, vuestro padre está cansado; es menester que descanse.

Pero los niños, poco satisfechos con esta esplicacion, subieron casi inmediatamente á ver al enfermo, á quien se pusieron á contemplar con inquietud. Esta inquietud se trasformó en terror, cuando á eso del mediodia, le vieron, saliendo de su sueño letárgico, abrir grandes ojos, mirarlos con aire estúpido sin reconocerlos, y despues, sentarse sobre el lecho y articular frases incoherentes y estravagantes. Desde entónces las pobres criaturas comprendieron toda la estension de su infortunio y quedaron heladas de espanto; mientras que el molinero, á quien aquellas esclamaciones insensatas habian atraido hácia la pieza miraba al enfermo con estupor.

En esto llegó el médico, quien declaró, al

examinar al estrangero, que se hallaba atacado de fiebre tifoidea, y prescribió un medicamento á propósito. Como Muller, al despedirle, le preguntase en voz baja qué opinaba:

—Yo creo, respondióle el doctor, que nos costará mucho trabajo el sacarle adelante. En este hombre la lámina ha roto el estuche, y solo Dios sabe lo que ha pasado en esa cabeza.

En efecto, en los dias siguientes hizo la fiebre progresos tan rápidos que el médico no tardó en juzgar la situacion desesperada; y desde entónces, pasando del anonadamiento al delirio y vice-versa, no tuvo ya conciencia de su estado, y ni vió siquiera las lágrimas y la desesperacion de sus hijos. Durante la noche del octavo dia, sin embargo, el músico despertó de repente con toda su razon; al verse acostado en aquella grande alcoba iluminada por los reflejos de una lamparilla, no supo al principio donde se hallaba, y empezó á reunir y combinar sus recuerdos. Viendo al otro estremo de la pieza la cama donde dormian sus niños, y oyendo el golpeo del molmo, vínole á la memoria su entrada en casa de Muller, y comprendió cuanto habia debido pasar.

—Dios mio! díjose entónces sintiéndose su debilidad estrema, esta lucidez súbita será tal vez el momento supremo que precede á la muerte?

Atormentado por esta idea, llamó á sus hijos, quienes acudieron gozosos en vista de esta feliz trasformacion.

—Mis pobres niños, díjoles Cárlos abrazándolos á la vez, me es muy penoso el destruir vuestra postrera ilusion, pero debo hacerlo, pues es forzoso que os prescriba mis últimas voluntades. Dentro de poco, tal vez hoy mismo, será preciso separarnos para siempre!

Y como los dos hermanitos se desesperasen:

—Vamos, hijos mios, les dijo, ánimo! Tú sobre todo, Juan, tú que vas á quedar encargado de reemplazarme para con tu hermano menor, escucha lo que voy á decirte. Luego que yo muera, cuando me hayais depositado en mi última morada, continuad vuestro camino, id á Paris; los escasos fondos que nos quedan aun bastan para esto; y llegado que hubiereis allí, id á buscar á la persona cuyas señas de casa voy á daros.

En seguida, despues de haber buscado en la cartera que hizo le trajera uno de los niños, les enseñó una tarjeta sobre la cual se hallaban grabadas estas palabras: *Julio Devilliers, calle de la Victoria.*

—Cuando hayais llegado á casa de este sugeto, decidle que sois, no los hijos de Càrlos Brunner, como lo indica vuestro pasaporte, pues ese no es mi nombre, sino los hijos de Cárlos von....

En este momento, el enfermo cambió de fisonomía, y volvió á caer en la cama, jadeando y con sus fuerzas agotadas.

—Dios mio! Dios mio! gritaron los niños al verle en tal estado, padre, despierta, respónde-

nos; qué va à ser de nosotros si tú tambien nos adandonas?

Pero el enfermo no oia ya nada. Su respiracion, cada vez mas oprimida, se cambió en estertor, y algunos minutos despues todo estaba concluido!....

A los tres dias, los dos huerfanitos tomaron sus maletas y sus bastones de viaje, y recibiendo los abrazos de aquella familia hospitalaria, se pusieron en camino para Paris.

Devilliers. Ese nombre os pertenece, pues él era el verdadero nombre de vuestro padre.

—En ese caso, replicó Juan, puesto que nuestro padre le había dejado, y puesto que usted nos ha dado el suyo, yo guardo éste y váyase al diablo la sucesion!

—Hermano, hermano! interrumpió el jóven seminarista, yo apruebo enteramente tu resolucion, opino como tú, y como tú pienso que el nombre de nuestra madre adoptiva vale mil veces mas que todos los tesoros del mundo. Ya no pareceriamos sus hijos, si le dejàsemos para tomar el otro. Pero, hay por ventura necesidad de ser maldiciente, como tú acabas de serlo, para cometer una buena accion?

Juan no pudo menos de reirse de este escrúpulo de Cárlos, y la señora Devilliers tambien sonrió. En seguida, con los ojos humedecidos por lágrimas de ternura, estendió sus manos á los dos jóvenes, quienes las cubrieron de besos, y les dijo con voz profundamente conmovida:

Gracias, hijos mios! acabais de recompensarme en un minuto de todo cuanto he podido yo hacer por vosotros en diez años.

Cárlos ha llegado á ser uno de los mas célebres predicadores de estos tiempos, y Juan uno de los mas distinguidos ingenieros.

Tal es la sencilla historia que nos hemos tomado la libertad de referiros. Todos sus incidentes son verídicos. No hemos hecho mas que cambiar los nombres de todos los personages.

Fin.

Completa

ESCENAS DE LA VIDA HUNGARA.

5.

ESCENAS DE LA VIDA HUNGARA

LA FAMILIA BARDY.

NOVELA ORIGINAL

DE

MARITZ JOKAI.

TRADUCIDA PARA LA AURORA DEL YUMURI

POR

J. M. G.

MATANZAS.

Establecimiento tipográfico de la "Aurora del Yumurí."

1858.

ESCENAS DE LA VIDA HUNGARA.

LA FAMILIA BARDY.

Capítulo 1.°

Estamos en Transylvania, en esa region de montañas con las cimas coronadas de nieve.

El aspecto del horizonte es magnífico. A favor de la pureza y claridad del cielo desde las alturas descubre la vista las llanuras de la Hungria hasta el cabo Rez. La cadena de montañas forma un inmenso anfiteatro limitado al fondo por los árboles de un bosque. En la época de nuestra relacion brillan los campos con ese verde delicado y suave con que se anuncia la primavera.

El sol está prócsimo á desaparecer, ya no queda de su luz mas que un ligero tinte purpurino que colora las nubes, y una resplandecien-

te diadema de oro sobre las crestas mas empinadas.

En lo alto de una de estas montañas se distinguen las blancas torrecillas de un antiguo castillo cuya situacion es en estremo pintoresca: conduce á él un sendero tan rápido como el declive de un precipicio y sobre la roca que lo abriga descuella tristemente una sencilla cruz. Interrumpen el silencio de la tarde las vibraciones de una campana; la de la aldea, cuyas casas se ven agrupadas en el valle: un poco mas lejos y en medio de un grupo de árboles, cuando cesa en su toque la campana se distingue el sordo ruido de la rueda de un molino: el agua que le imprime el movimiento corre aprovechando las sinuosidades del terreno y ladeando las inmensas masas de piedra desprendidas de las montañas con el descenso de las nieves: á sus orillas se levantan unas cuantas chozas de mineros.

La arquitectura del castillo carece de armonía: se conoce que se han ido haciendo sucesivas construcciones en diversos períodos, á medida que han ido creciendo la riqueza é importancia de la noble familia de magnates que lo habitan. El patio termina en un terrado, del cual se baja á un jardin en que florecen anémonas, jacintos y otras flores de la estacion. Las ventanas están abiertas de par en par para recibir la brisa perfumada, y en una de ellas aparece de vez en cuando la placentera cabeza de un niño. Criados con libreas circulan por los corredores ó permanecen de pié en el pórtico de entrada.

Corria la primavera del año 1848.

Trece convidados se han reunido en el comedor: los trece pertenecen á una misma familia, todos elevan el nombre de Bardy.

Ocupa la silla de honor la abuela, señora octogenaria vestida á la usanza de su época. Pálido y surcado de arrugas tiene el rostro, y como todos los que han perdido el sentido de la vista, constantemente levanta los ojos al cielo.

A su derecha se sienta Tamas Bardy, su hijo mayor, hombre de cincuenta á sesenta años, de hermoso rostro y penetrante mirada. Tanto en lo físico como en lo moral es Tamas Bardy uno de esos tipos de la antigua aristocracia que empiezan ya á perderse.

A su frente y á izquierda de la abuela está la favorita de la casa, amable jóven de quince años y rubios cabellos que en dorados bucles realzan aquella fisonomía de belleza y dulzura estraordinarias: largas pestañas negras sombrean sus lánguidos ojos azules: es pálida por naturaleza, mas cada vez que habla ó se sonrie colora sus mejillas un delicado tinte de rosa. Su nombre es Jolanka, es huérfana é hija de un lejano pariente; á la muerte de este fué adoptada por los Bardy, que jamas pudieran dejar en la indigencia á ninguna persona que llevase su nombre. Todos los miembros de la familia la tratan con delicada y cariñosa atencion, rivalizan en cariño con el fin de que ella no estrañe ni sienta su permanencia en la casa.

Otras dos señoras toman tambien asiento en la mesa, Catalina, hija de la abuela y viuda de muchos años atrás, y la muger de unos de sus

hijos, jóven madre que se entretiene en enseñar al niño colocado junto à ella, el uso que debe hacer de una cuchara de oro de que se apoderó, en tanto que él se rie y balbucea sus primeras palabras, que todos se esfuerzan en adivinar para satisfacer sus menores deseos.

Dos hermanos no son por cierto los que menos parte toman en aquella educacion maternal. Es el primero el marido de la jóven, y se llama Jozsef Bardy, bonito jóven de facciones regulares y negros cabellos, de jovial fisonomía y siempre con la sonrisa en los lábios mirando tan pronto al hijo como á la madre; Barnabas se llama el segundo: sus formas son hercúleas; vénse en su rostro las huellas de la viruela, no usa barba ni bigote y se peina con el pelo hácia atrás como los labriegos: tiene todos los caracteres de un humor melancólico y taciturno y se ocupa constantemente en hacer olvidar su esterior poco atractivo por medio de la estremada amabilidad de sus modales.

Junto á Barnabas Bardy se sienta un niño lisiado cuyo pálido semblante espresa la dulzura y sufrimiento peculiares de los enfermos de nacimiento: es huérfano, nieto de la anciana y obgeto de la mas tierna piedad.

Dos niños, de cinco á seis años ocupan las sillas fronterizas á la del huérfano: sus vestidos son iguales, y de tal manera se parecen que con facilidad pudiera tomarse al uno por el otro. Son hijos del jóven matrimonio de que ya se ha hecho mencion.

Al estremo de la mesa toma asiento Imré Bardy, jóven de veinte años, varonil y cortés:

un negro bigote comienza á adornarle el labio superior. Jonré es hijo único del majoresco Tamas Bardy y se parece mucho á su padre. Siéntase á su lado un anciano de cabellos blancos, Simon Bardy, primo y contemporáneo de la abuela.

La misma particularidad caracteriza todas estas fisonomías de la familia Bardy: "Frente elevada con cejas muy marcadas, ojos azules con largas pestañas negras." (1)

—Es cosa estraña! esclamó uno de los convidados: somos trece los que nos sentamos hoy á la mesa!

—Uno de nosotros morirá sin falta, dijo la abuela ciega cuya voz temblorosa espresa melancólica conviccion.

—Oh, no, abuela, no somos mas que doce y medio, respondió la jóven madre sentándose al infante sobre las piernas: este no paga mas que medio asiento en el camino de hierro.

Esta observacion escitó la hilaridad general y hasta la pálida fisonomía del inválido se iluminó con una sonrisa.

—Sí, sí, continuó la abuela, los árboles empiezan á reverdecer; pero á la caida de las hojas, quién sabe cuántos de entre nosotros vendrán á sentarse aquí?

---

(1) Hay en los montes Karpathes una raza de húngaros que se diferencian de los húngaros de las llanuras por sus ojos azules y á veces cabellos rubios.

Capítulo 2.°

Varios meses transcurrieron despues de este lijero incidente. En una de las habitaciones del castillo Bardy celebraban el padre y el hijo una animada y sèria conferencia.

El padre recorría el cuarto á largos y desiguales pasos, deteniéndose de vez en cuando para levantar la voz dirijiéndose al jóven que permanecía de pié apoyado en el antepecho de una ventana. Vestía este el uniforme de los húsares Matyas (1) dolman pardo con cordon rojo, y en la mano tenía un shakó escarlata con escarapela tricolor.

—Parte, decia el padre con voz entrecortada, parte, cuanto antes será mejor y así nos ahorraremos tan penosa despedida! ... No

(1) Formaban parte de los cuerpos francos levados en 1848.

creas que estoy hablando con incomodidad.... no, pero no puedo mirarte sin que me ocurra una reflecsion cruel al pensar adonde vas.... tú eres mi único hijo y sabes cuánto te he querido, sabes que en tí habia concentrado todas mis esperanzas.... estas lágrimas, las primeras que humedecen mis ojos, en tu presencia, no las vierto sin embargo por causa tuya; porque si debiera perderte.... si te matáran en la primera batalla, me contentaría con humillar la frente y decir: "El Señor me lo habia dado, el señor me lo quita, bendito sea su santo nombre!...."

Sí, si yo llegase á saber que tú y tus obcecados compañeros habeis sido destrozados, sabría ahogar estas lágrimas abrasadoras; pero lo que me desgarra el alma es saber que tu sangre, hijo mio, será una maldicion para la tierra en que la viertas.... que tu muerte será la muerte de dos reinos.

—Nada es que mueran ahora para renacer regenerados.

—No lo creas. Os halaga la idea de que podreis reconstruir un nuevo edificio sobre las ruinas del antiguo. Gran Dios! qué sacrilegio! quién os ha confiado la suerte de vuestro pais? Porquè tentar al Todo Poderoso? Quién os ha autorizado á perder lo que ecsiste con la esperanza de lo que puede ecsistir? Con que tantos hombres honorables han combatido en vano durante tantos siglos para mantener esta constitucion caduca, como la llamais vosotros? Usurparon ellos acaso el dictado de héroes y de patriotas? Vuestros compañeros han silvado à sus

conciudadanos perseguidos en la Dieta; pero, dime, aman ellos á su patria mas que nosotros que, de generacion en generacion hemos sacrificado por ella nuestra sangre y nuestros intereses? mas qué nosotros que todo lo hemos arriesgado por conservar intacta su nacionalidad? Vosotros le prometeis la gloria.... Esa gloria es la muerte.

—Puede suceder lo que decís, padre mio, podemos perder nuestra patria en cuanto á nosotros concierne.............................

....

....

—Pero esa libertad costará la vida á millares de hombres.

No lo niego. Creo tambien que ni yo ni ninguno de la actual generacion recogeremos los beneficios de este movimiento. Es probable que dentro de algunos años no ecsista ninguno desquellos cuyos nombres se proclaman en el dia, y lo que es peor, se gritarà vergüenza y desgracia sobre sus cenizas. Pero vendrá tambien el dia en que se reedificarán las grandes instituciones cuyos cimientos echarán ellos, y entónces se hará cumplida justicia á la memoria de aquellos que se sacrificaron en obsequio de la felicidad de las futuras generaciones; morir por su pais es gloriosa muerte, pero llevar consigo á la tumba las maldiciones de la multitud, morir despreciado y odiado por la felicidad de los pueblos que aun no han nacido, ah! eso ès sublime, eso es imitar al Mesías.

Tal es la enfática retórica del siglo.... hijo.... único hijo mio! esclamó el padre arro-

jándose al cuello de su hijo y prorrumpiendo en amargos sollozos.... ¿ves estas lágrimas?

—Ya lo habeis dicho, padre mio, esta es la vez primera que os veo llorar. Esas lágrimas pesan cruelmente sobre mi corazon y sin embargo parto. Rason teneis en llorar por que no os traeré gozo ni gloria.... y sin embargo parto. El sentimiento que inspira mi alma es mas fuerte que el amor de mi patria, que el deseo de la gloria: la mejor prueba de la fortaleza de mi fé es que veo vuestras lágrimas, padre mio, y sin embargo parto.

—Anda, dijo el padre con desesperado acento.... puede ser que no vuelvas nunca, y si vienes tal vez no encontrarás la casa de tus padres ni el sepulcro en que descansan.... Pero aun entónces, á la hora de tu muerte ó de la mia.... acuérdate de que no te he maldecido.... y ahora vete!"

Al concluir estas palabras volvió la cabeza é hizo señal à su hijo de que se fuera.

Imré salió silenciosamente y así que hubo cerrado la puerta le corrieron las lágrimas en abundancia; pero antes que resonase el ruido de su sable sobre el último peldaño de la escalera, recobró su rostro su anterior aire resuelto, y brilló en sus ojos el fuego del entusiasmo.

Imré fué á despedirse de su tio Joszef á quien encontró rodeado de su familia: los gemelos retozaban á sus pies en tanto que su muger divertia al pequeñuelo, que se reia y gritaba cuando su madre se ocultaba detrás del sillon de su padre.

La entrada de Imré interrumpió la alegría ge-

neral. Los dos muchachos esaminaron con curiosidad el sable y las charreteras de oro: el de pechos rompió en llanto, alarmado à la vista del trage militar.

—No llores, angelito, le dijo la madre tomándolo de los brazos del padre adonde se habia refugiado—tu primo va á la guerra y te traerá un caballo dorado.

Jozset apretó la mano á su sobrino: Dios sea contigo! esclamó, y despues añadió mas bajo: eres mas noble que todos nosotros.... haces bien.

Imré los abrazó á ambos y en seguida se dirigió al aposento de la abuela.

En el corredor encontró á su tio Barnabas, quien lo abrazó y se alejó al momento sin pronunciar una palabra.

La abuela estaba sentada en su enorme poltrona, de la que rara vez se levantaba, y al oir resonar el sable de Imré, levantó los ojos preguntando quién venía.

—Es Imré; respondió la huérfana, y al pronunciar el nombre de su amigo se ruborizó y palpitó acelerado su corazon.

Jolanka conocía que para ella era Imré mas que un hermano y que lo amaba con mayor ternura de la que esperimenta una hermana por su hermano.

La viuda y el pobrecito inválido estaban tambien en el cuarto de la abuela; el último ocupaba un taburete á los piés de la anciana ciega y se sonrió melancólicamente al ver entrar al jóven húsar.

—Porqué llevas ese sable á la cintura, Im-

ré? preguntó la abuela con débil voz, ah! este mundo es muy malo.... muy malo. Pero si Dios se pronuncia contra nosotros, quién puede resistir á su mano poderosa? Esta semana he hablado tambien con los muertos en mis sueños: me parece que los veia agrupándose en torno mio y haciéndome señas de que los siguiese: pronta estoy y pongo mi vida con confiado agradecimiento en las manos del Señor. Anoche ví escrito en el cielo con letras de fuego el año de 1848. Quién sabe lo que nos espera todavia? Este mundo es muy malo.... muy malo.

Imré se inclinó silenciosamente y besó la mano de su abuela.

—Con que te vas, hijo mio? dijo ella entónces: que Dios te acompañe y te bendiga si marchas bajo la bandera de la cruz, y no olvides jamas en vida ó en muerte elevar tu alma al Señor.—La abuela colocó su mano ajada y descolorida sobre la cabeza de su nieto y murmuró de nuevo.—Que Dios Todo-Poderoso te bendiga.

El inválido abrazó las rodillas de su primo y le suplicó entre sollozos que no estuviese ausente mucho tiempo.

Jolanka fué la última en despedirse del jóven húsar. Acercóse á él con los ojos bajos y en la mano llevaba una escarapela bordada que colocó sobre su pecho: componíase el bordado de cinco colores,—azul y oro,—rojo, blanco y verde. (2)

(2) Azul y oro son los colores de la Transylvania.

—Te comprendo, dijo Imré con acento de gozosa sorpresa, estrechando á la jóven contra su corazon: Erdely (3) y Hungría! quiero conquistar la gloria para vuestros colores reunidos.

Jolanka se dejó caer tiernamente en los brazos de Imré, y cuando él la besó en la frente, ella murmuró estas palabras: "No me olvides!"

—Cuando te olvide, contestó el jóven, habré muerto.... si es que los muertos olvidan.

Y besándola de nuevo en la frente, repitió su adios à todos y salió muy conmovido del aposento.

Simon Bardy habitaba al fondo del castillo. Imré no se olvidó de su viejo pariente.

—Ola! sobrino, dijo alegremente el anciano, Dios vaya con vosotros y os dé alientos para desbaratar á los turcos.

—No son los turcos con los que tendremos que pelear, respondió Imré sonriéndose.

—Pues entónces serán los franceses? esclamó el soldado del pasado siglo.

---

(3) Erdely y Transylvania son sinónimos.

El camino conducía á un estrecho sendero entre dos rocas que casi se juntaban en las cimas; un puente formado de dos tablas medio podridas daba paso sobre el torrente que atravesaba aquel desfiladero.

En el momento en que iba á franquear el puente, reculó el caballo y se mostró insensible á la espuela. Imré apretó por fin con las rodillas los costados del animal y le descargó al mismo tiempo un latigazo sobre el cuello. El caballo saltó por encima del puente, y de nuevo se detuvo y se echó hàcia atrás.

En el mismo instante resonó un grito horroroso repetido por los ecos del contorno, y doce ó quince individuos de salvage aspecto, armados de picas férreas se lanzaron del lecho del torrente.

El caballero hubiera tenido tiempo de retroceder y abrirse paso entre los que lo atacaban tan cobardemente; pero se avergonzó de evitar su primer encuentro peligroso, ó deseaba llegar á toda costa à Kolozsvar antes que amaneciese. Así es que en vez de retroceder por el puente, lanzó al galope su caballo hácia el otro estremo del desfiladero, en donde el enemigo cayó sobre él por todos lados, prorrumpiendo en clamores atroces.

—Apartaos, perros valacos! esclamó Imré derribando á dos de ellos á sablazos, á tiempo que los demas lo amenazaban con sus picas.

Dos tiros resonaron á su oido; Imré soltó la brida, descargó sus golpes à derecha y á izquierda, y aprovechando un momento en que los enemigos vacilaban, lanzó de nuevo su ca-

ballo sin notar que otra banda lo esperaba en lo alto de las rocas con piedras enormes para dejarlas caer sobre él cuando pasara.

Solo distaba ya unos cuantos pasos de esta emboscada, cuando un hombre de elevada estatura, armado con una hacha y cubierta la cabeza con un casco romano, se arrojó sobre la brida del caballo y lo obligó á detenerse.

El húsar descargó un sablazo de revés sobre la cabeza de aquel nuevo asaltante; el casco cayó hácia atrás partido en dos, pero con la violencia del golpe se hizo pedazos el sable. El caballo, detenido por aquel gigantesco enemigo, se encabritó é hizo perder el equilibrio á su ginete. Imré fué precipitado contra una roca y allí permaneció privado de sentido, al mismo tiempo que desde lo alto resonó la esplosion de un arma de fuego.

—Quién ha disparado este tiro? esclamó el gigante con voz de trueno.

Los bárbaros valacos bajaban con rabia contra su víctima; pero el mismo gigante se interpuso entre esta y ellos.

—Quién ha disparado contra mí? preguntó de nuevo.

Los valacos retrocedieron aterrados.

—Yo no disparé contra vos, Decurion, sino contra el húsar, balbuceó uno de ellos sobre el cual se habia detenido la mirada del gefe.

—Mientes, traidor. Tu bala rebotó sobre mi armadura, y á no tener una cota de malla me hubieras atravesado el corazon.

El valaco trató de justificarse, pero la palabra espiró en sus labios.

—Que lo ahorquen inmediatamente!..., es un traidor.

La banda se apoderó del banddido, lo arrastró hácia el árbol mas cercano y pronto sus gritos atestiguaron que se llevaba á efecto la sentencia.

El Decurion quedó solo con el húsar, desmayado todavia, y apresurándose á levantarlo, montó á caballo, lo colocó delante de él y antes de que los valacos se hubiesen reunido, ya se habian alejado al galope en direccion del camino por el cual habia llegado nuestro jóven. Al pasar por el puente lo cubrió con su manto para ocultarlo á las miradas de los que no habian abandonado aquel puesto:—Seguidmme á Topanfalva! les gritó y tomó la delantera.

Asi que llegó fuera del alcance de la vista, dobló de repente á la izquierda y se internó en el bosque por un sendero de la montaña.

Capítulo 4.°

Brillaba el primer rayo matutino del sol entre las cimas de las alturas, dorando el rojizo follaje del otoño, cuando el jóven húsar empezó á dar señales de vida en el delirio de la fiebre y murmuró el nombre de Jolanka.

A pocos momentos abrió los ojos. Encontrábase en un pequeño cuarto cuya única ventana dejó penetrar un reflejo del sol hasta su rostro.

El lecho de Imré se componía de ramas entrelazadas y cubiertas con una piel de lobo.

El hombre de alta estatura se apoyaba con los brazos cruzados al pié del lecho. Al notar que el jóven húsar volvia en sí, se inclinó hácia él.

—Dónde estoy, preguntó Imré, pugnando por fijar el vago recuerdo de los acontecimientos de la anterior noche.

—En mi casa, respondió el Decurion.

—Y quién sois, vos?

—Yo soy Numa, decurion de la region romana, (1) vuestro enemigo en el combate, en la actualidad vuestro huésped y protector.

—Y porqué me habeis salvado del furor de vuestra cuadrilla? preguntó Imré despues de un corto silencio.

—Porque el combate era desigual.... ciento contra uno.

—Pero, á no ser por vos, yo hubiera sabido librarme del peligro.

—A no ser por mí hubièrais perecido. A diez pasos del lugar en que detuve vuestro caballo, os hubieran aplastado los enormes fragmentos de rocas que iban à precipitar sobre vos.

—No deseábais pues mi muerte?

—No, porque ella hubiera sido un borron para el nombre romano.

—Teneis caballerezco corazon, Decurion.

—Yo soy lo que sois vos. Conozco vuestro carácter y uno mismo es el sentimiento que á ámbos nos inspira. Amais vuestra nacion como amo yo la mia. Grande é ilustrada es la vuestra, la mia pobre y despreciada; mi amor hácia ella no es por eso ménos sincero. El amor de vuestro pais os hace feliz, el mio turba la paz de mi vida. Habeis tomado las armas para de-

(1) Bajo el reinado de Trajano los valacos fueron conquistados por los romanos con [illegible] cuale[illegible]e confundieron; por lo cual se llaman tod[illegible] Roumis ó Roumi[illegible]s. Parte del país se llama Roman[illegible]

fender vuestra patria sin calcular vuestras fuerzas ni el número de vuestros enemigos. Lo mismo he hecho yo. Podemos ser vencidos vosotros y nosotros, tal vez pereceremos juntos, pero vano sería enterrar nuestras armas, el moho nunca las devorará.

—No comprendo cuáles sean vuestros agravios.

—No los comprendeis.... Sabed pues, que aunque hayan pasado catorce siglos desde que el águila romana triunfó de Diurbanus; ecsisten todavia entre nosotros, así bárbaros como somos, familias enteras que de generacion en generacion pueden hacer subir su orígen hasta aquella época de gloria. Tenemos aun nuestras tradiciones y eso es todo lo que poseemos. Conservamos el culto del pasado: podemos señalar el punto en que en otro tiempo se levantaba la antigua Sarmisoegethusa; reemplazada por un bosque, y el campo de batalla en que Decebalus derrotó las famosas legiones del Consulado. Una ciudad cubre en el dia ese campo con sus casas; ah! si las tumbas sobre las cuales están fabricadas se abriesen de repente, y si los muertos desafiasen á los vivos, pronto la ciudad se vería anegada en un rio de sangre! Qué ha sido de la nacion heredera de tanta gloria? Qué de los orgullosos Dacios, sucesores de los temibles soldados romanos? A ningun pueblo echó la culpa del estado de degradacion á que hemos descendido; pero que nadie me responda á su vez la legítima aspiracion en que ardo de devolver á mi pueblo su ilustre pasado.

—Y creeis que ha llegado la hora?

—No tenemos profetas que nos indiquen la hora; pero me parece que los vuestros no son mas perspicaces. Trataremos de rehabilitarnos, y si no lo conseguimos, nuestros nietos combatirán á su vez. Què tenemos que perder? qué importa que perezcan algunos de nosotros? Vosotros arriesgais muchas cosas que valen la pena de ser conservadas, y sin embargo respondeis al grito de guerra. Qué haríais pues, si fuéseis como nosotros.... un pueblo que nada posée en este mundo, un pueblo sin cultura y sin guía ilustrado; (porque, aunque de cada tres hombres uno lleva el nombre de Popa, de ciento no hay uno que sepa leer;) un pueblo escluido de todos los empleos públicos y condenado á ganarse el pan con los trabajos mas serviles? Porqué nos esforzaríamos en reconocer las señales de la época en que seremos regenerados y de la en que no nos quedaría otro recurso que la muerte? No tenemos mas que nuestra miseria y si somos vencidos nada perderemos. Hijos de la noble Hungría! habeis comprometido vuestro propio porvenir por dejar á una nacion hermana vuestra en semejante abandono!

—Nosotros no hemos tomado las armas por una sola nacion, sino por la libertad en general.

—Y haceis mal. Poco nos importa quién sea nuestro soberano, con tal de que quiera ser justo y levantar à nuestra patria de su decadencia. Pero vosotros comprometeis la seguridad de vuestro pais, su influencia, su poder y sus privilegios—únicamente para vivir en un estado sin gefe.

Aquí fué interrumpida la conversacion por un clamor estrepitoso. Una cuadrilla de valacos se aproximaba tumultuosamente á la casa del Decurion, llevando en triunto el shakó del húsar en el estremo de una pica.

—Si yo os hubiera dejado en el punto en que caísteis la noche última, dijo Numa, les hubiérais servido de trofeo como ahora vuestro shakó.

La turba se detuvo bajo las ventanas del Decurion saludándolo con estrepitosas vociferaciones.

El Decurion pronunció algunas palabras en lengua valaca, y ellos le contestaron con nueva vehemencia agitando siempre el shakó.

El Decurion se volvió con viveza hácia Imré. Estaba escrito vuestro nombre en el shakó? preguntó con evidente inquietud.

—Si.

—Infeliz jóven! los valacos, furiosos porque no pudieron encontraros, se han decidido á atacar la casa de vuestro padre.

—Y lo permitireis? dijo el jóven estremeciéndose en su lecho.

—No me atrevo á contrariarlos por temor de perder su confianza. No puedo impedir nada.

—Entregadme á ellos.... que satisfagan su sanguinaria venganza sobre mi cabeza.

—De esa manera se descubriría que os he ocultado, y no salvaríamos la casa de vuestro padre.

—Y si asesinan á los débiles é inocentes, sobre quién recaerá la ignominia del asesinato?

—Sobre mí, pero os suministraré los medios necesarios para conjurar esa desgracia: aceptais?

—Hablad.

—Os proporcionaré un disfraz á la ayuda del cual podreis trasladaros rápidamente à Kolozsvar: reuníos á vuestros compañeros y volved á toda prisa á proteger vuestra casa. Allí os esperará y uno contra uno, en combate leal venza quien venciere, la lucha no será ignominiosa.

—Gracias, gracias! murmuró el húsar apretándole las manos á Numa.

—No hay que perder tiempo. Aquí teneis una capa de paisano.... Si os preguntaren enseñad este pase (2) y pronunciad mi nombre. Nada importa que no sepais hablar nuestro idioma. Mis gentes están acostumbradas á ver caballeros húngaros de visita en mi casa al abrigo de un disfraz, y como no os vieron sino de noche, no es probable que os reconozcan.

Imré se apresuró á disfrazarse en tanto que el Decurion hablaba con los valacos, discutiendo sobre sus planes y enseñándoles el camino del castillo con la promesa de que no tardaria en seguirlos.

—Aceptad mi caballo como una prenda de gratitud, dijo el húsar al Decurion.

—Lo acepto, porque montado por vos, no dejaría de promover sospechas; pero ya po-

(2) Todo papel en que se halle escrito, grabado ó esculpido el emblema heráldico del Au tria, se llama "pazzura" (pasa porte) entre los valacos.

dreis reconquistarlo en el campo de batalla. Apresuraos, no perdais tiempo. Si tardais cubrireis de duelo vuestra cabeza, de ignominia la mia.

Pocos momentos despues nuestro húsar, disfrazado de paisano valáco, caminaba á pié por el camino de Kolozsvar.

Capítulo 5.°

Era mas de media noche.

Los habitantes del castillo Bardy se habian recogido ya para entregarse al reposo. La verja de hierro estaba asegurada con cerrojos y las ventanas con gruesas trancas, de repente unos gritos infernales vinieron á interrumpir el silencio de la noche y á despertar sobresaltados á los del castillo.

—Qué alboroto es ese? esclamó Jozsef Bardy saltando del lecho y corriendo á la ventana.

—Los olahok! (1) esclamó un antiguo criado que llegó atemorizado al aposento de su amo.

—El olah! el olah! este grito, como la voz de un eco, fuó repetido en los corredores por los criados espantados.

(1) "Olah" sinónimo de valaco: la terminacion "ok" indica ei plural.

A la luz de algunas antorchas pudo verse delante del castillo una repugnante cuadrilla de facinerosos, armados de hachas y de picas que blandían con horrorosas amenazas.

—Cerrad todas las puertas! gritó Jozsef Bardy que nunca perdía su presencia de ánimo. Asegurad la entrada principal y que se reunan las mugeres y niños en los aposentos del fondo. No hay que turbarse; corred á la torre, que desde allí puade defenderse el castillo.—Luego que dictó estas disposiciones, descolgó dos carabinas de la pared de su alcoba y corrió al cuarto de su hermano Tamas.

Le encontró vestido ya con su trage mas rico, el sable á la cintura y recorriendo la habitacion con tranquilo y mesurado paso. Una de las puertas de esta conducía á la torre, desde donde podia inspeccionarse todo el patio.

—Habeis oido ese alboroto? le dijo su hermano.

—Lo esperaba, contestó, y continuó su paseo sin alterar el paso.

—Y no os preparais á la defensa.?

—Para qué!.... Nos matarán à todos. Estoy preparado á lo que debe suceder irremediablemente.

—Pero, nada sucederá si nos defendemos con valor. Somos ocho hombres.... los muros del castillo son fuertes.... los asaltantes nó tienen cañones ni parapetos con que ponerse al abrigo de nuestras balas. Podemos sostener la plaza durante algunos dias, hasta que nos llegue socorro de Kolazsvar.

—No llegará ningun socorro, respondió

Tamas friamente y sin cambiar en nada el semblante.

—Pues entonces, yo solo defenderé el castillo. Tengo mugér é hijos.... nuestra anciana abuela y nuestra hermana están aquí.... y las protegeré aunque me vea solo.

En aquel momento entraron Barnabas y el viejo Simon acompañados de la hermana viuda.

Barnabas llevaba en la mano una enorme maza de hierro de veinte libras de peso. Al verlos rechinando los dientes y con los ojos brotando fuego, cualquiera lo hubiera creido capaz de rechazar él solo à los valacos. La viuda lo seguía con dos pistolas cargadas: el viejo Simon les suplicaba á ambos que no apelasen á la violencia, por temor de ecsasperar al enemigo.

Portémonos con valor, respondió la viuda en tono seco, y hagamos pagar cara nuestra muerte.

—Venid conmigo! esclamaba Barnabas blandiendo la maza con su brazo de Hércules, con tanta facilidad como si fuese un baston.

—No hay que precipitarse, dijo Jozsef: aquí desde la torre podemos alcanzar con una bala al primero que se acerque. Y si los otros derriban la puerta los esperaremos en la escalera.

—Por el amor del cielo! decia Simon: qué vais á hacer? Si llegais á matar uno solo los otros nos degollarán á todos. Hablad con calma.... prometedles vino.... conducidlos á la bodega, dadles dinero.... tratad de apaciguarlos. Sobrino Tamas, vos sois quien debeis ir á parlamentar con ellos,— prosiguió el anciano dirigiéndose hácia Tamas, quien conti-

nuaba en su paseo sin revelar la mas ligera emocion.

—Tan inútil es tratar de seducir á esa gente como resistirnos! contestó á Simon. Estamos perdidos!

—El tiempo es precioso, dijo Jozsef impacientado. Descolgad las armas de la pared, Barnabas, distribuidlas entre los criados y decidles que se coloquen en las ventanas del fondo. Con nosotros dos basta para defender este punto. Hermana, ocultaos entre las los ventanas, para que no os alcancen las piedras, y al cargar las pistolas procurad no forzar mucho las balas para que nuestros tiros sean mas certeros.

—No, no.... no puedo permitir que hagais fuego! esclamó el anciano tratando de separar á Jozsef de la ventana: todavía no debeis hacer fuego.... calmaos.

—Al diablo, viejo! Quereis que respondamos con agua bendita á una granizada de piedras?

Todavia no habia concluido de hablar cuando una porcion de gruesas piedras lanzadas contra las ventanas, penetraron en el aposento y rompieron algunos muebles.

—Esperad tan solo, añadió Simon, á que yo les haya habiado. Estoy seguro de que los apaciguaré. Yo entiendo su idioma y los conozco á todos.... dejadme que vaya á encontrarlos.

—Esa es una locura! Si pedís misericordia os degollarán; pero si demostrais valor podreis hacerlos reflexionar. Mejor sería que tomaseis un fusil.

Pero ya el viejo no podia oirlo, pues bajan-

do á toda prisa la escalera, salió por una puerta trasera de la cual no se habian posesionado aun los valacos.

Ocupábanse estos á la sazon en romper uno de los pilares de la verja con hachas y martillos. Así que practicaron una abertura, uno de los suyos trepó por ella.

El viejo Simon lo reconoció:

—Lupug, hijo mio, qué vienes á hacer aquí? Has olvidado lo que he hecho por tí? Has olvidado que curé á tu muger cuando estuvo enferma, y que te libré de marchar al egército? Has olvidado que cuando se te murió tu buey, te regalé dos toros jóvenes para reemplazarlo? No me reconoces, Lupuj, hijo mio?

—Yo no soy ya vuestro hijo Lupuj: soy un "descontento!" esclamó el valaco asestando un golpe de su pesado martillo sobre el cráneo del anciano.

Simon lanzó un profundo gemido y cayó sin vida.

Los habitantes del castillo presenciaron toda esta escena.

Barnabas salió de la habitacion de la torre como un tigre furioso, á tiempo que Jozsef, colocándose con destreza detràs de la ventana, apuntó à las valacos: estos, despues que cortaron la cabeza á su tio, la colocaron en una pica: Jozsef hizo fuego sobre el primero que se apoderó de aquel horrible estandarte: el valaco cayó; otro le sucedió y cayó á su vez herido de una bala, otro en seguida y luego otro y del mismo modo cayeron todos los que reemplaza-

ban á los muertos, hasta que ninguno se atrevió á acercarse.

La viuda cargaba los fusiles, y Tamas permanecía tranquilamente sentado en su sillon.

Mientras tanto Barnabas subió al granero, en el cual habia un depósito de grandes trozos de hierro y arrastrándolos hasta una ventana abierta sobre la puerta principal, esperó á que toda la cuadrilla se reuniese allí para derribar la puerta. Levantando entonces una enorme barra con sus robustos brazos, la dejó caer aplomo sobre los asaltantes.

Levantáronse atroces alaridos y huyeron los valacos todas direcciones, dejando cuatro ó cinco de los suyos aplastados debajo de aquella pesada masa.

Pero no tardaron en volver con doblado furor, lanzando piedras contra las ventanas y el techo: de nuevo retumbaron sus mazas sobre el maderamen de la puerta.

Apesar de la lluvia de piedras, Barnabas permanecia en la ventana arrojando otros fragmentos de hierro, y cada vez mataba dos ó tres valacos.

Su hermano continuaba disparando desde la torre y no erraba un solo tiro. Gran número de asaltantes habia perecido ya y el resto parecia dispuesto á renunciar á sus inútiles esfuerzos para forzar la puerta, cuando llegó un criado sin aliento á informar á Barnabas de que los valacos estaban escalando dos ventanas del otro lado del castillo, y que los criados no tenian esperanza de poderlos rechazar..

Barnabas acudió corriendo al punto amenazado.

Dos criados yacían por tierra peligrosamente herides en una habitacion en que los valacos penetraban ya, á tiempo que fijaban otra escala en la ventana fronteriza.

—Miserables! esclamó Barnabas, y precipitàndose á la escala la levantó con ambas manos y la sacudió con tanta violencia que precipitó á tierra á los valacos; en seguida la lanzó con fuerza sobrenatural contra la otra escala, que se partió en dos pedazos: la parte superior cayó al suelo con los valacos que por ella ascendían; uno de ellos que quedó colgado del borde de la ventana y trató en vano de subir, pues al momento cayó á tierra como sus compañeros.

Barnabas entró en la pieza contigua y un valaco que encontró, primero y único que hasta allí penetrara, palideció de terror y dejó escapar el hacha de las manos al horroroso aspecto que presentaba el gigante con los dientes apretados, la boca cubierta de espumas y el rostro lívido y ensangrentado por una piedra que lo hiriera cuando precipitó la escala.

Aprovechándose de aquella ventaja Barnabas se lanzó sobre su enemigo y llevándolo á la ventana lo precipitó al patio.

—Venid, venid todos, canallas! esclamó:—suba todo el que tenga deseos de morir.

A este tiempo salieron voces de alarma de lo interior de la casa. Los valacos habian descubierto la puerta falsa por donde habia salido Simon, y penetrando por ella se encontraban

ya al pié de la escalera, cuando los gritos de una criada advirtieron á los sitiados del peligro.

Barnabas echó de nuevo mano á su maza y corrió hácia donde se oian los gritos. En el corredor encontró á Jozsef que tambien se dirigia al mismo punto, acompañado de la viuda.

—Hermana, dijo Jozsef, haced que mi muger y los niños suban al granero. Nosotros defenderemos la escalera escalon á escalon. Abrazadlos á todos por mí. Si perecemos, los bandidos nos colocaràn en la misma huesa.... Nos volveremos á ver..

La viuda obedeció.

Los dos hermanos se apretaron las manos en silencio, y de pié en lo alto de la escalera, esperaron al enemigo. No tuvieron que aguardarmucho tiempo.

Ahí vienen, ahullando amenazas y jurando vengarse!

—Ah! así es como quiero veros, perros del infierno, llegad pues! esclamó Barnabas agitando con ambas manos su maza y distribuyendo á diestro y á siniestro golpes que derribaban al que los recibia. La estrecha escalera pronto se cubrió de muertos y de heridos. El eco de la bóveda repetia las moribundas voces y el ruido seco de la maza.

Los primeros de la cuadrilla retrocedieron; pero el empuje de los que atrás venían los obligaron á acercarse de nuevo.

Ya Barnabas habia barrido dos ó tres veces la escalera, cuando un valaco que se habia escondido en un nicho le atravesó el vientre con su pica.

Barnabas, lanzando su poderosa maza en medio de los valacos rechazados, se arrojó sobre el asesino y echándole mano por los hombros rodó con él por tierra.

Los cuatro primeros que quisieron socorrer á su compañero, fueron muertos por Jozsef Bardy, quien, despues de disparar sus dos tiros de fusil, siguió defendiendo con la culata á su hermano derribado, hasta que fué agoviado por el número y desarmado. Lleváronlo á la cruz de hierro y lo crucificaron, haciéndolo espirar en medio de atroces torturas.

Cuando se quiso separar al otro hermano de su asesino se reconoció que ambos estaban muertos. Barnabas habia estrangulado al valaco en su último esfuerzo, y con tanta fuerza lo sostenia en su mortal abrazo, que fué necesario cortarle la mano para separar el cuerpo de su enemigo.

Tamas, el hermano mayor, era el único que sobrevivia. Sentado en su sillon esperaba tranquilamente á los asaltantes, con un gran candelabro de plata encendido sobre la mesa en que se apoyaba.

Al oir el ruido de los pasos de los que se acercaban á su cuarto, sacó su ancho sable de la vaina incrustada de piedras preciosas. Colocándolo sobre la mesa se puso á ecsaminar la antigua hoja y los desconocidos caractéres que estaban grabados en ella.

Por fin se conmovió la puerta y giró el boton de la cerradura.—Ni siquiera habia sido cerrada.

El magnate se levantó, y empuñando el sa-

ble permaneció de pié, silencioso y tranquilo, delante de aquellos hombres que se precitaban sobre él blandiendo sus armas aun humeantes con la sangre de sus hermanos.

Tamas Bardy permaneció inmóvil como una estàtua hasta que llegaron à dos pasos de él.... Entónces brilló de repente el sombrío acero sobre su cabeza y un valaco cayó con la cabeza hundida hasta la barba: otro recibió una profunda herida herida en el hombro derecho; mas, ni una sola palabra salió de los labios del magnate: su rostro conservó la misma espresion fria y desdeñosa, como si no tuviera necesidad de decirles: "hasta en el combate vale mas un caballero que diez villanos"

Parando con la destreza de un profesor de esgrima los golpes que le dirigian, Tamas asestaba los suyos con destreza tal, que nunca dejaba de herir gravemente en la cabeza ó en la cara á aquellos furiosos. Al fin, recibió un golpe de hoz en una pierna y cayó sobre una rodilla. Sin demostrar el menor dolor no cesó de herir, y cuando sucumbió despues de aquella lucha dilatada y tenaz, no dejó escapar el mas leve murmullo, ni siquiera el suspiro de los moribundos.

Los valacos cortaron su cuerpo en pedazos y clavaron la cabeza en la punta de su mismo sable, aun así conservaba aquella cabeza su espresion de despreciativa altivez.

Tamas Bardy fué el último de la familia en quien encontraron resistencia; pero mas de cien bandidos cubrían con sus cadáveres el patio del castillo, las gradas de la escalera y las al-

fombras de los cuartos. Así que cesaron por un momento los clamores del triunfo, pudo oirse por donde quiera los gemidos de los moribundos y de los heridos.

Ya no quedaban mas que niños y mugeres.

Cuando los valacos penetraron en el castillo esas mugeres y esos niños, guiados por la viuda, se refugiaron en el granero, dejando la puerta abierta para que los hermanos hallasen allí un refugio en caso necesario. Las infelices esperaban el écsito del combate que debia traerles la libertad ó la muerte, escuchando el ruido y tratando de buscar en él indicios favorables ó funestos.

Los asaltantes suspendieron pronto sus repugnantes vociferaciones. Las mugeres en medio de su angustia, se figuraron que ellos habian sido rechazados, y respirando con mas libertad esperaron con ansiedad la llegada del esposo, del hermano, de los hijos.

Resonó un paso en la escalera que conducia al granero:

—Ese es el paso de Barnabas, esclamó la viuda en un transporte de júbilo, y corrió á la puerta sin abandonar su par de pistolas.

Pero en lugar del hermano que esperaba se le presentó un hombre en toda la embriaguez de la sangre y el triunfo.

La viuda retrocedió estremeciéndose y lanzando un grito de terror; pero recobró pronto su valor, el valor de la desesperacion; disparó una pistola sobre el pecho del valaco y este cayó sobre el que le seguía. La viuda descargó la otra pistola en su propio pecho.

Y ahora debemos correr un velo sobre lo que sucedió.

Fué aquella una escena que no podemos ofrecer á humanos ojos. Bastará decir que los valacos degollaron mugeres y niños con el refinamiento de la brutalidad mas cruel; despues arrojaron los cuerpos mutilados por la ventana desde la cual dejó caer Barnabas los trozos de hierro sobre los asaltantes.

La abuela fué la última á quien dieron muerte, á fin de que fuese testigo del esterminio de toda su familia. Felizmente para ella, hacia mucho tiempo que sus ojos habian dejado de ver la luz del sol: ella no veía mas que con la eterna gloria que Dios ha colocado en nuestro interior.

Los valacos cavaron una fosa comun y en ella pusieron á todos los muertos. El niño de pechos, el niño adorado, fué enterrado vivo. Su nodriza creyó que podria escaparse con él del granero; pero á la puerta del castillo la alcanzaron los salvages.

—No hay mas que once aquí!.... dijo uno de estos que estaba contando los cuerpos.... por ahí debe quedar uno vivo.... eran doce.... y á estas palabras volvieron todos á correr las habitaciones desiertas, derribando todos los muebles, rompiendo y destrozando, sin olvidar los rincones del granero y de la bodega.

Un grito de triunfo anunció que acababan de descubrir una puerta, pintada del mismo color de la pared, por cuyo motivo se habia ocultado hasta entónces á todas las miradas: aque-

lla puerta era la de un cuarto secreto de la torre. Abriéronla los valacos y franquearon el quicio.

—Oh! qué botin tan precioso! esclamó el mas feroz de aquellos bandidos, en tanto que los otros se agrupaban con sanguinaria curiosidad en torno de la víctima qué él habia descubierto primero.

Era la jóven huérfana de dorados cabellos. Tenia los ojos cerrados y la palidez de la muerte cubría como un velo su belleza. Su tía, por un presentimiento instintivo, la había ocultado allí cuando llevaba á las otras al granero.

La huérfana tenia en la mano un cuchillo con el cual habia intentado suicidarse. Sus débiles manos le rehusaro nese horrible servicio, y se desmayó de desesperacion.

Los valacos dejaron oir un grito de admiracion y sus sanguinarias fisonomías cobraron espresion mas infernal todavia.

—Este es un botin que nos pertenece á todos!— esclamaron varias voces á un tiempo.

—Una ¡muchacha! una señorita noble! ah! ah! ah! buen nogocio para los pobres valacos harapientos! Y con sus toscas manos manchadas de sangre, cogian los delicados brazos de la rubia jóven.

—Ola! qué hay aquí?—Estas palabras retumbaron detràs de ellos como la voz del trueno.

Los valacos se volvieron.

En medio de aquellos bárbaros estaba un hombre que sobresalía un palmo sobre la multitud. Llevaba un casco de pulido acero pro

fundamente abollado, y en la mano izquierda esgrimia la espada corta de los romanos. En sus facciones se notaba el carácter que distingue á los antiguos soldados de Roma.

—El Decurion!—Y los valacos se apartaron para dar paso.

—Qué hay aquí? repitió, y viendo á Jolanka desmayada en los brazos de un valaco, ordenó á este que la pusiese en el suelo.

—Es una de nuestras enemigas, respondió el bárbaro insolente.

—Silencio, miserable! Desde cuando la nacion romana busca sus enemigos entre las mugeres? Pónla al momento en el suelo.

—No, Decurion! interrumpió Lupuj. Nuestras leyes nos dan derecho á la division del botin; de consiguiente nos pertenece despues de la victoria.

—Mejor que tú sé nuestras leyes, rústico! la division por igual es justa; pero lo que no se puede dividir se echa á la suerte.

—Es verdad; un caballo ó un buey no se pueden dividir y los echamos á la suerte, pero aquí....

—He dicho que *no se puede*, y quisiera saber quién es el que se atreve á decir que *sí* cuando yó he dicho que *no.*

Lupuj conocia demasiado al Decurion para añadir una sílaba y los otros se alejaban en silencio, cuando se oyó una voz que decia: *sí se puede!*

—Quién se há atrevido á hablar? dijo el Decurion: que se presente el que ha sido.

Un jóven valaco de crespos cabellos miró de

frente al Decurion. Indudablemente estaba ébrio, porque respondió dándose en el pecho con la mano: yo he sido!

Apenas pronunciara estas palabras, rodó su cabeza separada del tronco por un revès del sable del Decurion: el tronco inanimado cayó de rodillas, con los brazos cruzados en actitud de súplica.

—Habrá alguno que se atreva á repetir: *si se puede?* preguntó Numa.

Todos guardaron silencio.

—Que pongan inmediatamente los caballos al carruage para llevar á esta niña á Topanfalva. Aquel á quien se la conceda la suerte tiene derecho á recibirla de vos tal como lo confio; pero, si alguno se atreve á ofenderla con una palabra ó con una mirada, que se acuerde de este,—añadió mostrando con su sable el cuerpo decapitado,—y que su castigo le sirva de egemplo, y ahora, haced lo qué querais.... destruid y pillad.

A estas palabras se dispersó la cuadrilla, dejando al Decurion solo con la jóven, á la cual hizo colocar en el carruage por medio de algunos fieles servidores de la familia á quienes los valacos habian perdonado la vida y que por indicacion suya tomaron el camino de las montañas.

Media hora despues era el castillo pasto de las llamas. Los valacos habian bajado á la bodega, y defondando los toneles se bañaban en un rio de vino, cantando alegremente á la luz del incendio que lanzaba sus mil lenguas de fuego á través de las ventanas.

Así que terminó aquella orgía, salieron todos abandonando sus muertos y aquellos á quienes la embriaguez no permitia seguir á los otros.

Capítulo 6.°

Mientras tanto era la jóven conducida à la casa del Decurion. Como cada valaco se consideraba con derecho sobre aquella cautiva; todos la vigilaron y ninguno se atrevió á molestarla con una mirada indiscreta.

Cuando llegó el Decurion acudieron todos en monton y se llenó de gente el interior de la casa, lo mismo que la puerta y el pórtico.

Numa hizo depositar el bótin en el suelo y procedió á repartirlo por partes iguales, reservándose la décima; el mayor número se retiró à sus casas; pero no pocos se quedaron fijando ávidas miradas sobre la víctima pálida é inmóvil como una muerta en su mortaja.

—Supongo que esperais á que eche suertes por la muchacha? preguntó friamente el Decurion.

—Por supuesto, respondió Lupuj mas y mas envalentonado, y ella será del que obtenga mayor número á los dados. Si dos ó cuatro, diez ó veinte obtienen igual número, la poseerán juntos.

—Os repito, dijo Numa con sereno tono, que uno solo la poseerá.

—Pues bien! entónces los que han ganado volverán á echar suertes.

—No podemos pensar en los dados: nos pasaríamos sorteando todo el dia y aun así no sería imposible que dos de nosotros tuviesen siempre el mismo nómero de puntos.

—Pues entónces, juguémosla á ias cartas.

—Tampoco apruebo, porque el mas pillo podrá hacer trampas.

—Pues escribid nuestros nombres en pedazos de ladrillo y echadlos en un barril: aquel cuyo nombre salga primero se llevará la muchacha.

—Yo podria decir el nombre que se me antojara, puesto que ninguno de vosotros sabe leer.

El valaco sacudió la cabeza en señal de impaciencia y dijo:

—Proponed vos mismo algun medio, Decurion.

—Sí, veamos cuál de nosotros sabe dar la mejor prueba de valor y osadía: ese será el que obtenga la jóven.

—Bien pensado! esclamaron á una todos los valacos.—Que cada uno cuente lo que ha hecho y vos juzgareis quién es el mas valiente. Lupuj dijo entónces.

—Yo maté al primero de los Bardy á la vista de la noble familia.

—Yo, dijo otro, derribé la puerta á tiempo que aquel terrible hombre arrojaba pedazos de hierro sobre nuestras cabezas.

—Pero yo fuí quien le atravesé el corazon.

—Yo fuí el primero que subió á la escalera.

—Yo luché cerca de media hora con aquel magnate vestido de lienzo de oro.

Y así continuaron alabándose todos de lo que hicieron y tal vez de lo que no hicieron. Cada cual se reputaba por mas valiente y creia haber hecho prodigios de valor.

—Todos os habeis conducido con rara audacia, les dijo Numa; pero es imposible probar lo que ha pasado. La mayor prueba de valor debe darse ahora mismo, por todos los que están aquí y en presencia mia, para que sea incontestable.

—Pues bien, decidnos cual es! esclamó el impaciente Lupuj, temeroso siempre de que el Decurion quisiera engañarlos.

—De esta manera, dijo Numa sacando una caja de debajo de su cama.... y al bajarse notó que la jóven abria á medias los ojos y al mirarlos los volvió á cerrar. Ella habia vuelto en sí y no habia perdido una palabra de la conversacion.

—Nada temais, le dijo Numa al oido, y empujó la caja hasta el centro del apasento. Los valacos esperaban con curiosidad de lo que iba à proponerles. El Decurion levantó con una hacha la tapa de la caja y prosiguió en estos términos:

—Esta caja está llena de pólvora. Vamos á encender una mecha y á colocarla en el medio, el que se quede mas tiempo en el cuarto será sin disputa el mas intrépido de nosotros; pues, no solo hay ahí pólvora suficiente para volar la casa, sino la aldea entera.

Algunos murmuraron al oir esta proposicion.

—El que tenga miedo no tiene obligacion de quedarse, dijo el Decurion con sequedad.

—Yo me quedaré, dijo Lupuj con cólera... y luego, quién sabe si no será eso mas que polvos do adormidera?.... Se parece tanto á la pólvora....

El Decurion tomó un puñado de polvora y lo echó en la pipa del valaco. La esplosion que tuvo lugar al instante hizo retroceder á este, que desapareció en una nube de humo.... Un momento despues se presentó con la cara negra, sin barba y sin bigote. Sus compañeros se burlaron de él con estrepitosas carcajadas, y esta burla general solo consiguió ecsasperarlo.

—No importn. Me quedaré! esclamó recogiendo la pipa del suelo y adelantándose á encenderla en la mecha que el Decurion acababa de plantar en medio de la caja.

Las dos terceras partes de los valacos salieron del cuarto.

Los demas se agruparon en derredor de la caja, prorumpiendo en estrepitosas fanfarronadas, jurando por el cielo y la tierra que se quedarian hasta que la mecha se consumiera por completo; pero, al jurar no perdian de vista

aquella llama que iba aproximándose á la caja con lentitud.

Durante algunos minutos no se desmintió aquel valor. Pero no pasó mucho tiempo sin que los valacos empezaran á dejar de jurar y á mirarse unos á otros con muda inquietud, cada vez mas pálidos y agitados. Por último tres ó cuatro se dirigieron hácia la puerta.... los otros siguieron su egemplo, rechinando los dientes de rabia ó de terror, y salieron todos sucesivamente.

No quedaron mas que dos hombres, Numa, cruzado de brazos y apoyado en el pié del lecho, y Lupuj sentado en el bordo mismo de la caja, con la espalda vuelta al peligro y fumando con furor.

Cuando Lupuj se vió solo con el Decurion, volvió la cabeza.... la llama no distaba mas que diez líneas de la pólvora.

—Escuchadme, Decurion, le dijo, ya no somos mas que dos; no seamos bobos y hagamos un arreglo.

—Si estás cansado de esperar tiraré la mecha en la caja.

—Esto no, es una broma, Numa; mirad que arriesgais vuestra vida. Cómo podeis desear enviarnos á los dos al infierno por el amor de una muchacha pálida? Consiento en cedérosla si me jurais que será mia cuando os fastidies de ella.

—Quédate, Lupuj, si quieres que te pertenezca.... te atreves?

—Y para qué? preguntó el valaco dando patadas como los niños cuando se impacientan.

—No quiero cambiar ni en un ápice mi proposicion, dijo el Decurion: el qué se quede último se llevará la muchacha.

—Corriente, me quedaré; pero qué voy á sacar con eso si os quedais tambien? Buen negocio le preparamos al diablo, es lo que digo. Hablo por los dos.

—Si te arrepientes, tiempo tienes de salir.

—Bueno, renuncio á la jóven, ... si siquiera me dais un marco de oro.

—Ni la mitad de uno.... quédate si quieres.

—Decurion, ya eso es demencia, mirad que la llama va á llegar á la pólvora.

—Ya lo veo.

—Una moneda de plata?

—Ni de cobre.

—Qué los sesenta y siete rayos del diablo os partan el dia de San Miguel! vociferó el valaco alargando el paso hácia la puerta; mas, así que hubo salido, enseñó de nuevo la cabeza, diciendo:

—Todavia no me he ido.... dadme aunque no sea mas que un florin.

—Si quieres, vuelve á entrar, repara que la mecha sigue ardiendo.

El valaco empujó la puerta con violencia y salió corriendo á todo lo que le daban las piernas hasta que cayó sin aliento bajo un árbol. Allí, cubriéndose la cabeza con su túnica y tapàndose los oidos con las manos, levantaba de vez en cuando la cabezo con un movimiento nervioso, esperando la terrible esplosion que habia de hacer temblar la tierra.

En tanto Numa separó con frialdad la mecha de la caja y despues de apagarla la arrojó á la chimenea: acercóse en seguida al lecho y le dijo á la jóven, ¡sois libre!

Ella se levantó temblando y cogiendo con su mano la ancha y robusta del Decurion, murmuró estas palabras: sed misericordioso! acoged mi súplica ó matadme!

El Decurion miró con benevolencia á la triste suplicante.

—Pobre niña! le respondió. Ya no teneis nada que temer. . . . ahora nadie podrá haceros daño.

—Me habeis salvado de esos hombres espantosos; pero. . . . no tendré que temer nada de mi salvador?

—Nada teneis que temer de mí, replió con altivez el Dacio; he sido padre y no combato sino por la libertad. Podeis estar tan tranquila bajo mi techo como al abrigo de un altar. Cuando esté ausente no tengais miedo: esos muros son inexpugnables y si alguno se atreviese á ofenderos, siquiera con una mirada, pagaria con la vida su insolencia. Cuando yo esté aquí, no me temais: al veros se ha despertado en mí el recuerdo de mi hija, cuya imágen llena hace mucho tiempo mi corazon. Estais en casa del Decurion Numa. . . . Buscad reposo en esa cama en que durmió Imré Bardy la noche pasada.

—Imré! esclamó Jolanka: Con que lo habeis visto? ¿Dónde está?

El Decurion vaciló y se llevó la mano á la

frente antes de responder.—Él no debió tardar tanto.... habrian pasado las cosas de otro modo.

—Ah! sabeis donde está, dejadme ir á reunirme con él!

—No sé donde se haya; pero estoy seguro de que si vive todavia vendrá aquí.... sí, vendrá.

—Porqué creéis que vendrá?

—Porque os buscará.

—Luego él habló.... en vuestra presencia?

—Herido en esa cama, pronunciaba vuestro nombre en su delirio. No sois esa Jolanka Bardy á quien apellidan el ángel? Os he reconocido en vuestros cabellos dorados.

La jóven bajó los ojos. Con que decís que vendrá? preguntó en voz baja, y mis parientes?

—No hablemos ahora de vuestros parientes.... ellos no pueden tener nada en la actualidad.... nadie puede hacerles daño. En cuanta á Imré vendrá lo mas pronto que le sea posible.... Miéntras tanto, debeis tomar algun alimento.

El Decurion llevó algunos manjares á Jolanka, puso un librito de oraciones á la cabecera del lecho y la dejó sola. La pobre huérfana abrió el libro y cayeron sus lágrimas en abundancia sobre la página santa, pero, agoviada de cansancio y de fatiga tras tantas agitaciones de terror como habia sufrido, inclinó la cabeza sobre la almohada y se entregó al sueño de la inocencia.

A la caida de la noche volvió el Decurion

y se acercó al lecho sin hacer ruido: contempló por mucho tiempo á Jolanka sin despertarla y dos gruesas lágrimas asomaron á sus párpados. Enjugólas con presteza, como si se avergonzara de haberse enternecido demasiado, salió del cuarto y se acostó sobre su colcha de lana delante de la puerta entreabierta.

Capítulo 7.°

Aun ardía el castillo, derramando lúgubre claridad sobre los sitios circunsvencinos, en los cuales dominaba el mas profundo silencio. A intérvalos oíase solamente el último gemido de un moribundo, á la ronca cancion de los borrachos de la orgía.

El dia no podia tardar en aparecer, cuando venia camino de Kolozsvar una tropa de caballeros al galope.

Eran Imré y sus compañeros los húsares, sombríos y silenciosos, con la vista fija en un mismo punto.

—Llegamos demasiado tarde, dijo uno de ellos al notar aquel humo rojizo en el horizonte. Está ardiendo vuestro castillo, Imré!

Este, sin responder, clavó espuelas al caballo. Al llegar á un recodo del camino, el casti-

oll, ó mas bien su humeante ruina, se presentó de súbito á la vista.

El jóven lanzó un alarido de feroz desesperacion y soltó el caballo á toda brida. Un cuarto de hora despues se encontraba en medio de los escombros encendidos.

—Dónde está mi padre? Dónde están los mios? Dónde está Johanka? Al hacer estas preguntas blandia el sable sobre la cabeza de un valaco medio ébrio, que estaba apoyado en la ennegrecida pared del portal.

El valaco dobló la rodilla en tierra, implorando merced y protestando que él no los habia matado.

—Los han matado! dijo el infeliz, tratando de ahogar sus sollozos.

En aquel instante llegaron sus compañeros y rodearon al valaco, al cual hubieran hecho pedazos á no ser por la intervencion de Imré.

—Llévanos adonde los han enterrado. Han muerto todos? prosiguió el jóven. No habeis perdonado ni á uno siquiera.... Maldito sea el sol que sale despues de tan terrible noche!

El Valaco enseñó una eminencia de tierra recientemente removida.—Ahí están todos, dijo.

Imré cayó de su caballo como herido del rayo, sin pronunciar una palabra. Sus amigos lo condujeron á unos cuantos pasos de allí, y lo colocaron en un punto en que el césped estaba menos ensangrentado. En seguida comenzaron á cavar doce fosas con los sables.

Imré los miraba en silencio, como si no tuviese conciencia de lo que estaba sucediendo.

—Así que abrieron las doce fosas, sacaron la tierra de la que habia indicado el valaco... pero lo que vieron era una cosa tan terrible, que temieron que Imré perdiera la razon si llegaba á verla como ellos; y por eso lo llevaron algo mas lejos.

Al cabo de un cuarto de hora uno de los amigos de Imré se acercó á él y le dijo.

—No hay mas que once cuerpos.

—Oh! entónces, esclamó Imré, ha quedado uno vivo. Y un ligero rayo de esperanza reanimó sus ojos apagados. Cuál es, decid? Hay entre esos muertos una jóven de cabellos rubios?

—No sé, balbuceó su amigo confundido.

—No sabeis? Mirad de nuevo.

El amigo vacilaba.

—Yo mismo iré.... Necesito saberlo, dijo Imré impacientado al que se esforzaba en detenerlo.

—Oh! no, no, Imré, no podeis ir á verlo, porque todos tienen cortada la cabeza.

—Dios mio! esclamó el jóven cubriéndose los ojos con las manos: y rompiendo á llorar se prosternó el rostro contra tierra.

Sus compañeros interrogaron al valaco sobre lo que sabía de la suerte de la jóven. Al principio se negó á contestar, fingiendo que estaba borracho y no comprendía lo que se le preguntaba; pero cuando se le dijo que el único medio que tenia para salvar la vida era confesar toda la verdad, declaró que Jolanka habia sido conducida á las montañas, donde la cuadrilla debia echar suertes para saber á quien le corresponderia...

—Yo iré, dijo Imré con el súbito movimiento de un hombre que sacude el peso de una horrible pesadilla.

—Dónde? le preguntaron sus amigos.

—A buscarla! Desnúdate, continuó dirijiéndose al valaco, yo te daré mis vestidos en cambio. Vistióse la túnica á toda prisa y ocultó las pistolas en la cintura.

—Nosotros os acompañaremos tomando las armas, y la buscaremos registrando todas las aldeas.

—No, no, quiero ir solo. Yendo solo la encontraré con mas facilidad. Si no vuelvo, vengad por mí á los que ahí reposan; añadió señalando la ancha huesa, y despues volviéndose hácia el valaco. He encontrado en el bolsillo de tu túnica un medallon que mi abuela llevaba siempre colgado al cuello y que te denuncia por uno de sus asesinos.... Si yo no hubiese prometido concederte la vida, recibirías el castigo que mereces. Aseguradlo bien, (dijo á sus amigos) y no lo dejeis partir hasta que no haya traspuesto la cima de las montañas.

Y despidiéndose de sus compañeros, echó la última mirada al castillo de sus antepasados, y se puso en camino con paso acelerado en direccion de las montañas.

Capítulo 1.°

Las noches frias del otoño habian enrojecido las hojas de los árboles, esparciendo sobre toda la comarca un tinte sanguinolento.

En medio del bosque baja un sendero hasta un valle estrecho rodeado de rocas cortadas á pico, al pié de los cuales se vé un villorrio oculto en la sombra.

Los que lo fundaron se contentaron con desmontar el espacio necesario para fabricar sus casas, entre las encinas y los robles que les suministraron los precisos materiales. Separada de las otras por su construccion de enormes cantos, y á la cual daba único acceso un sendero practicado en la misma roca.

Subia un jóven por ese sendero. Iba vestido como los aldeanos, y apesar de que habia caminado mucho trepaba con àgil paso, cuando fué detenido por un valaco armado, que

arrodillado delante de una imágen colocada en un nicho, habia visto al viagero y quiso interrumpirle su ascension.

El jóven pronunció el nombre del Decurion y enseñó su pasaporte.

Ei valaco lo examinó con atencion, se apartó para dejarle franco el paso, y poniendo su lanza en tierra y se arrodilló de nuevo ante la imágen.

El jóven tocó á la puerta del Decurion que estaba encerrada.

—El Decurion no está en casa, le dijo un valaco armado que salió de detrás de la roca: no hay mas que su muger.

—Su muger! repitió el jóven sorprendido é inquieto.

—Sí, esa jóven pálida que le tocó en suerte.

—Y es su muger?

—Si todavía no lo es no tardará mucho, porque él ha jurado que si cualquiera de nosotros se atreviese á levantar los ojos hasta ella, lo enviaría á hacerle compañía á San Nicolás en el Paraiso.

—No podré verla?

—Yo no os lo aconsejaría, porque si llega á saber el Decurion podria costaros caro. Pero si teneis en ello mucho empeño podeis acercaros y mirar por aquella ventana.

El jóven corrió á la ventana y pudo ver á la jóven sentada en una silla de madera, con un libro de oraciones en las rodillas y apoyada la cabeza en una mano: estaba mas pálida aun que de ordinario, y la estremada melancolía de su rostro daba mayor encanto á su belleza;

—Jolanka!

Al oir aquella voz tan conocida se estremeció Jolanka y lanzando un grito de alegría corrió á la ventana.

—Oh Imré! sois vos por fin?

—No puedo entrar? No puedo hablaros?

Jolanka descorrió los cerrojos de la puerta y así que entró Imré se arrojó en sus brazos. Imré la estrechó contra su corazon.

El valaco, que tambien habia querido mirar por la ventana, se estremeció al presenciar aquella escena, y en cuanto llegó el Decurion le contó la manera con que la jóven habia recibido al visitante.

—Y cómo has sabido eso? le preguntó el Decurion sin dar señales de admiracion.

—Los ví por la ventana.

—Y cómo te has atrevido á mirar por mi ventana? no te lo habia prohibido? De rodillas y encomienda tu alma á Dios.

El valaco cayó de rodillas y unió las manos. El Decurion le dijo:

—Rebelde, mereces la muerte por haber faltado á mi consigna: si llegas á decir una sola palabra de esto, óyelo bien, no te valdrá ni la intervencion divina para escaparte de mis manos.

Al concluir estas palabras siguió adelante el Decurion, dejando arrodillado al confundido delator, que no se atrevió á levantar la cabeza sino cuando dejó de oirse al paso de su gefe.

Cuando Numa entró en su casa, Imré y Jolanka se dirigieron á él. Durante un minuto permaneció inmóvil en el umbral de la puerta,

mirando al jóven con aire de reconvencion.—¿Porqué has tardado tanto? le preguntó.

Imré le alargó la mano; pero el Decurion no le dió la suya.

—Está manchada con la sangre de tu familia, le dijo en voz baja. Te debo esta deshonra: debes acusarte á tí mismo del luto que vistes.

Imré bajó la cabeza en muda angustia.

—Tómale la mano, Decurion, dijo Jolanka, y en seguida dirigiéndose á Imré: él te ha salvado la vida, me la ha salvado á mí y salvará á toda nuestra familia.

Imré fijó sobre ella miradas de sorpresa.

El Decurion le echó garra al brazo y lo condujo aparte: ella no sabe que han muerto, le dijo al oido. Ella no estaba allí y la he consolado dejándola creer que todos están prisioneros. Es preciso que ignore siempre los horrores de anoche.

—Pero alguna vez ha de saberlos, tarde ó temprano.

—Nunca! Es menester que salgas del reino y que vayas á Turquia.

—Me deber me llama à Hungría.

—No lo piensee: dias nefastos amenazan á ese reino. Vuestros profetas no los han visto venir; pero yo los veo: yo te daré cartas para que atravieses con toda seguridad la Valaquia y la Moldavia. Aquí tienes una bolsa de oro.. acéptala sin escrúpulo, porque es tuya.... necesitaré decirte como la adquirí?.... En seguida, señalando á Jolanka: Prométeme, por amor de ella, que no irás á Hungría!

Imré vacilaba.—No puedo hacer una prome-

se que no estoy seguro de cumplir; pero me acordaré de tu advertencia.

Numa cojió por las manos á ambos amantes, y mirándolos con interés:—Os amais! les dijo con voz conmovida.

Ellos le apretaron la mano en silencio y él continuó:—Olvidareis vuestras penas.... Dios os bendiga y os guíe. Tomad estas y seguid el camino de Brasso, (1) cerca de la colonia sajona (2). Encontrareis libres todos los pasos peligrosos, y no os detendreis para volver el rostro atrás hasta que no hayais perdido de vista las nevadas cimas de la Valaquia. Partid y suprimamos la despedida... ni una palabra... olvidemos que nos hemos visto. Pero, sobre todo, no vayais á Hungría, repitió desde desde el umbral de la puerta, cuando Imré y Jolanka se alejaban.

Así que pasaron el recodo del sendero, él volvió á entrar en su casa. El libro de oraciones estaba abierto en la página en que estaba leyendo la jóven, y en ella descubrió las huellas de sus lágrimas. El lo tomó, lo besó y lo estrechó contra el corazon.

Llegada la noche, el Decurion romano se tendió en el lecho en que descansaron los dos jóvenes, pero como si ellos le hubiesen arrebatado el sueño, no pudo cerrar los ojos; se levantó y fué á estender su piel de lobo frente á la puerta abierta.....pero allí tampoco pudo

(1) Brasso ó Kronstád, ciudad al S. E. de la Transylvania, en las fronteras de Valaquia.

(2) Hay allí efectivamente una colonia de sajones.

conciliar el sueño.... experimentaba un sentimiento inesplicable, una cosa parecida á la felicidad, si bien impregnada de vaga tristeza. Entregado estaba á sus meditaciones contemplando el techo tachonado de estrellas, cuando le apareció oir en lontananza la detonacion de un arma de fuego.—No, no, se dijo, es ilusion de los sentidos...... en aquel mismo instante vió dos estrellas que atravesaron el espacio con rapidez. Siguió con el pensamiento á los jóvenes viajeros y le pareció que una voz le murmuraba al oido:—En la actualidad son dichosos!

Ya la luna se habia levantado sobre el horizonte, cuando despertado el Decurion por cinco ó seis valacos entre los cuales se hallaba Lupuj.

—Os traemos dos cabezas de enemigos, dijo este último con feroz mirada: pagadnos la prima. Y sacó las dos cabezas de un saco, arrojándolas delante de Numa.

Los valacos examinaban la fisonomía de su gefe con miradas recelosas.

Numa reconoció las cabezas á la claridad de la luna. Eran las de Imré y de Jolanka; pero él no reveló la menor emocion.

—Probablemente las conocereis, continuó Lupuj; el jóven magnate que se nos escapó en el desfiladero vino á buscar á la señorita y huyó con ella en vuestra ausencia, robándoos vuestro dinero; y lo que es peor, le hemos encontrado vuestro pasaporte.

—Quien los mató? preguntó el Decurion con su calma habitual.

—Ninguno de nosotros, respondió el valaco.

Cuando nos arrojamos sobre ellos el jóven magnate sacó un par de pistolas del cinturon, mató á su compañera y en seguida se levantó la tapa de los sesos.

—Todos vosotros estábais allí?

—Sí y otros muchos tambien.

—Id á buscar á los otros. Quiero dividir entre todos el dinero que llevaban los fujitivos. Daos prisa y sabed que la parte de los que no vengan se distribuirá entre los presentes.

Los valacos fueron á buscar á sus compañeros llenos de alegría.

Entónces el Decurion cerró la puerta, y prosternándose junto á las dos cabezas, las besó... Lloraba como un niño.

—Yo os lo habia prevenido! Os habia recomendado que no fuéseis á Hungría, repetia amargamente; porqué no me habeis oido desgraciados niños?....y lloraba sobre aquellas cabezas de enemigos cual si fuese su propio padre!

Despues de esta esplosion de dolor, cerró los puños con rabia y esclamó con sorda voz "Czine mintye!" (1)

(1) Czine mintye, términos valacos que significan "venganza"

Capítulo 9.°

Cuando los valacos se reunieron á la mañana siguiente frente á la casa del Decurion, eran cerca de sesenta, todos hombres de feroz fisonomía.

Numa cubrió las dos cabezas con un lienzo, las colocó en su lecho y abrió la puerta.

Lupuj fué el último que entró.

—Cerrad la puerta, dijo Numa, pues no quiero que se nos interrumpa; y haciendo que se colocasen en círculo los fué ecsaminando uno por uno.

—Están todos aquí? preguntó por fin?

—No falta ninguno.

—Creeis que todos tienen igual derecho á participar del *botin*?

—Sí, todos.

—Fuiste tú, prosiguió dirigiémdose á Lu-

5

puj quien mató al anciano en el castillo de Bardy?

—Yo fuí.

—Y tú quien atravesaste el magnata con una pica?

—Lo habeis dicho, Decurion.

—Y es cierto que tú mataste à todas las mugeres? preguntó á un tercero.

—Con mi misma mano.

—Cada uno de de vosotros puede jactarse de haber matado, robado ó incendiado?

—Todos, todos, esclamaron golpeándose los pechos.

—No mintais ante el cielo. Mirad! vuestras mugeres están escuchando por la ventana lo que estais diciendo, y sabrán denunciaros si os apartais de la verdad.

—No hemos dicho nada que no sea cierto.

—Muy bien! continuó el gefe sentándose en el lecho: descubrió las cabezas y las puso sobre sus rodillas.—Qué habeis hecho de los cuerpos?

—Los cortamos en pedazos y los dispersamos por el camino.

Hubo un momento de silencio. Numa respiró mas penosamente y su ancho pecho se levantó repetidas veces en movimientos convulsivos.—Ya habeis rogado á Dios? preguntó con alterada voz.

Todavia, Decurion, y porqué hemos de rogar? dijo Lupuj.

—Arrodillaos pues, y orad, porque esta es la última mañana que ha de lucir para vosotros!

—Habeis perdido la razon, Numa? Qué vais á hacer?

—Quiero purgar á la nacion romana de una cuadrilla de facinerosos y asesinos! ¡Miserables! en vez de glorificar nuestras almas, las habeis deshonrado vergonzosamente adonde quiera que las habeis llevado. En tanto que combatian los valientes en el campo de batalla, vosotros habeis degollado á sus mugeres y á sus hijos; en tanto que ellos arriesgaban sus vidas ante la boca del cañon, vosotros atacábais las casas de los que dormian, robábais y asesinábais á los débiles y á los inocentes. De rodillas, y rogad por la salvacion de vuestras almas, porque el ángel de la muerte se cierne sobre vuestras cabezas para borrar vuestra memoria.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con voz terrible. Numa no era ya una estátua fria é impasible, sino el genio de la cólera, que lleva en su aliento la muerte.

Los valacos estupefactos cayeron de rodillas, y las mugeres, que habian oido por la ventana, bajaron el sendero prorumpiendo en alaridos de terror.

El Decurion montó una pistola y se acercó á la caja de pólvora.

Los valacos se arrojaron sobré él ahullando de desesperacion.... dejóse oir una esplosion.... esplosion terrible que conmovió los cimientos de la montaña, aterró á los animales en el bosque, dispersó à lo lejos en el valle fragmentos de piedra y de madera, escombros humeantes y y miembros humeantes.

Cuando se disipó el humo, la casa del Decurion se hallaba convertida en un monton de ruinas.

Salió el sol y saludó con su sonrisa á la tierra cubierta de las últimas hojas del otoño, pero, dónde están los que vivian en la primavera de aquel año?

La brisa de la tarde suspiró melancólicamente á través de los muros arruinados de un castillo y estendió las hojas amarillas sobre once tumbas de césped.

La pluma se agita ante mi mano,—mi corazon desfallece al recitar tan inmenso infortunio.... Ah! porqué no podré persuadirme de que es una ficcion.... una série de escenas, producto del delirio, de la fiebre. Ah! porqué no podré decirle al lector,—enjuga tus làgrimas, no te estremezcas de horror, pues lo que acabo de contarte no es mas que una novela, un sueño lúgubre y espantoso: despertémonos juntos y riámonos de vuestros vanos terrores!

Fin.

Completo —

LA CASA DE LA MUERTA.

LA CASA

DE LA

MUERTA.

NOVELA ORIGINAL

POR

MARIA AYCARD.

MATANZAS.

Establecimiento tipográfico de la "Aurora del Yumurí."

1858.

Capítulo I.°

Antiguamente, en Francia, no habia órden en la distribucion de los impuestos como hay hoy: la igualdad no se encontraba entónces en ninguna parte, ni en la ley ni en las costumbres. Se imponian con arbitrariedad contribuciones á las provincias, y este impuesto se llamaba burlescamente el *don gratuito.* En 1675, siendo gobernador de Bretaña el duque de Chaulnes, estaba la provincia tan atrasada, que rehusó pagar el don gratuito; el duque hizo venir á Rennes cuatro mil hombres, entró en la ciudad como en un país conquistado, trasfirió el parlamento á Vannes, y no olvidó, escribe Mme. de Sevigné á su hija, todas las injurias que le habian dicho, de las cuales la mas dulce y

mas familiar era *gros cochon*, sin contar las piedras que habian tirado à su casa y á su jardin. En otra carta añade ella:

"¿Quereis saber noticias de Rennes? Hay aquí al presente cinco mil hombres, porque todavia no han llegado los demás de Nantes. Se ha fijado sobre los vecinos una cuota de cien mil escudos, y sinó presentan esta suma en el término de veinte y cuatro horas, se duplicará y será exijida por la fuerza armada. Han hecho salir y con violencia, de sus casas y desterrado de la ciudad, á una infinidad de habitantes, con la espresa órden de no admitirlos en ninguna parte bajo pena de la vida; de modo que por donde quiera se veian, al salir de la ciudad, á aquellos infelices llorando, mugeres paridas, ancianos, niños, sin saber á donde ir, con qué alimentarse, ni donde pasar la noche. Antes de ayer enrodaron á un anciano que habia dado principio á la estafa del papel sellado, y el cual, despues de muerto, fué descuartizado y espuesto en los cuatro ángulos de la ciudad. En el momento de morir, dijo que los asentistas del papel sellado le habian dado veinte y cinco escudos para que empezara la sedicion, y no se pudo sacar de él otra cosa. Se han preso sesenta vecinos, y mañana empiezan las egecuciones. Esta provincia es un bello ejemplo para las demas, y sobre todo para que se respeten á los gobernadores y sus esposas, no se les injurie, ni se arrojen piedras á su jardin."

Quisiera uno poder suprimir estas líneas de las obras de Mme. de Sevigné, pues se siente estremadamente ver á una muger tan distin-

guida y tan generosa, hablar con esa cruel in diferencia de unos desgraciados á quienes se arrancaba el dinero con la vida. Pero ¡ah! ¿á quien se compadecia en el reinado del gran rey, cuando no era gran señor, ni obispo! No obstante, es justo decir en favor de Mme. de Sévigné, que en el espacio de veinte y siete años que duró la correspondencia con su hija, no se halla sinó una sola vez esa falta de compasion para los desgraciados; es demasiado, pero en todas partes, en las demás páginas, se vé siempre la muger sensible, ilustrada, cuya bondad igualaba á sus atractivos y á sus gracias.

En 1671, esto es, cuatro años antes de la época de que acabámos de hablar, no estaba todavía la Bretaña tan empeñada como lo estuvo despues, y habiendo pedido M. de Chaulnes tres millones de don gratuito, ofreció la provincia dos millones quinientos mil francos; lo que fué aceptado sin dificultad. El gobernador tenia una mesa espléndida, y en la comida se decidia el don gratuito. Mme. de Sevigné asistía siempre á todas aquellas fiestas.

—"Hablemos de vos, escribe ella á su hija, y riámonos algo del prójimo: ¡qué ridículo es aquí el prójimo, particularmente cuando ha comido! Jamás he visto comidas tan suntuosas; es préciso creer que pasa tanto vino por los cuerpos brétones como agua bajo de los puentes, pues en estas comidas se les sacan las cuantiosas sumas que dan á los Estados."

Este prójimo de que se reia algo la ilustre escritora, era la primera nobleza de Bretaña: eran los Des Chapelle, los Coetquen, los Ché-

siére, Pomenars que hacia moneda falsa y pagaba los derechos de sus pleitos con las piezas que él mismo habia fabricado; cierto obispo que tenia un gran mérito, dice Mme. de Sevigné, que se asemeja al vino de Grave. Pero entre toda aquella reunion, distinguia la espiritual madre de Mme. de Grignan al jóven marques de Lomaria. "Quisiera, dice ella á su hija, que vieseis su porte y el modo con que se quita y pone el sombrero: ¡qué ligereza! ¡qué precision! os juro que puede desafiar á todos los cortesanos y confundirlos: tiene sesenta mil libras de renta y acaba de salir de la academia: en fin, se asemeja á todo lo que hay de mas lindo y perfecto en el mundo.

Despues de la cena, llegaba el baile, en el que se distinguia principalmente M. de Lomaria.

—"Figuraos, dice siempre Mme. de Sevigné, un hombre de un talle perfectísimo, de una fisonomía romanesca, que baila con tanta perfeccion como Pécour, Favier, Saint André, (bailarines de la ópera) todos estos profesores le dirian: señor, nada tenemos que enseñaros, sabeis mas que nosotros. Baila infinidad de bailes, entre ellos las fulias, hermosas chaconas; pero sobre todo, unos paspies bailados con una perfeccion, con una gracia que no puede pintarse; nada de pasos reglados, sinó una cadencia justa, figuras caprichosas, ya balanceándose como los demás, ó imitando á dos solamente como en el minuet, ya ligero y flexible, poniendo apenas los pies en el suelo: os aseguro. Hija mia, que veo que sois inteligente, os hubierais

divertido muchísimo con esa graciosa especie de baile."

En aquellos bailes que se daban á los Estados generales, habia una muger que se ocupaba mucho mas de aquella graciosa danza que lo que hubiera podido divertir á Mme. de Grignan: esta muger era la graciosa Diana de Toquendec; su esposo, el conde de Toquendec, estaba encantado tambien de la gracia del jóven danzarín. Viejo marino, cuya carrera militar habia empezado bajo el ministerio Richelieu, M. de Toquendec habia llegado al puerto, esto es, habia dejado el servicio, y se habia retirado á Rennes, su ciudad natal, donde se habia casado con una bretona noble como él, pero jóven y pobre, en tanto que él era viejo y rico. Trataba M. de Toquendec de llegar al fin de su vida siempre amado de su muger, y por consiguiente, sin ser engañado por ella, navegacion mas peligrosa que todas las que habia hecho hasta allí, y de la que esperaba salir con honor.

La union de los blancos cabellos de un anciano con los blondos bucles de una jóven es una cosa que se sostiene con dificultad, y que está siempre pronta á romperse; el mas leve soplo la altera; una imperceptible arista la destruye. M. de Toquendec no tenia ninguno de los defectos de que adolecen los ancianos: de un carácter atrevido y alegre, se llamaba jóven con toda la pertinacia de un breton, y al ver su andar despejado, su gusto por los placeres, y su esmero en agradar, se llegaba á creer que lo era. En su juventud habia seducido á muchas mugeres y engañado á muchos maridos,

se habia hablado mucho de él, como cortejante, en tiempo de la rejencia de Ana de Austria, de modo que él creia conocer demasiado á las mugeres para estar seguro de la suya. Mme. de Toquendec tenia diez y ocho años, y él mas de sesenta, pero esta desigualdad de edades la reparaba el conde con cuidados mas solícitos, con una generosidad que rayaba en profusion, y principalmente con dejar à su muger dueña absoluta de su casa, cosa que desean todas las mugeres, y que se concede raras veces entre las familias bretonas.

Este matrimonio fué feliz á los principios. La jóven esposa, blanda y risueña, se acomodaba perfectamente à un esposo alegre como un estudiante y caballero como un héroe de Mlle. de Scudéri; habitaba una hermosa casa en la plaza del palacio; estaba rodeada de un lujo espléndido; tenia à su disposicion un escuadron de doncellas y de criados, y hasta el mismo ayuda de cámara de su esposo le obedecia. Pero de improviso, de alegre y risueña, se volvió la condesa meditabunda y pensativa; alejaba de su lado á sus doncellas, no se designaba ya dar órdenes al ayuda de cámara, de modo que al fin llego á comprender M. de Toquendec que el corazon de Diana encerraba un misterio cuya confidencia le importaba obtener. Puede ser, decia, que la condesa haya visto en los Estados generales diamantes mas bellos que los suyos, ó quiera tal vez tener coches nuevos. La idea de que su muger pudiera tener una pasion, no le ocurrió de ningun modo: estas son cosas que los maridos tales como él no pueden

pechar sinó despues que han adquirido la certidumbre; pero todavia pensó mucho menos en que M. de Lomaria pudiera tener alguna parte en la tristeza súbita de la condesa; un jovencillo que, como habia dicho Mme. de Sevigné, acababa de salir de la academia, que habia visto nacer, y que apenas tenia veinte años! El jóven de Lomaria era bien plantado, bailaba á las mil maravillas, pero á decir verdad, era muy niño todavia para pensar casarse con una muger, y demasiado inocente para seducirla. No queriendo preguntar nada á la condesa, M. de Toquendec se dirigió á la doncella favorita.

—¿Qué tiene vuestra ama Jaquelina? la preguntó.

—No sé, señor conde, la señora se oculta de nosotras, y nos aleja de su lado....

—Por eso mismo lo debeis saber, contestó M. de Toquendec; habeis adivinado lo que ella no os ha dicho, y supuesto que nada se os ha confiado, podeis hablar.

El conde apoyó esta asercion con una bolsa bastante bien provista, y habló la doncella.

Toda la tristeza de la señora, dijo, proviene de que tiene un enamorado.

Cualquiera otro hombre se hubiera inmutado y hubiera retrocedido ante esta palabra, pero el cauteloso anciano se sonrió.

—¿No es mas que eso? dijo á Jaquelina, y por tan poca cosa se entristece tu ama y se desconsuela! ¿Cómo es, Jaquelina, que siendo tú una muchacha de talento, y que, sin duda, has tenido muchos enamorados, no le infundes

valor? Entonces ¿cuál seria la ventaja de ser jóven y linda, si por un enamorado de mas ó de menos se hacía desgraciada? Pero dime ¿cómo sabes ese secreto que no te se ha confiado?

—¡Ah, señor conde! Un jóven embozado en una capa, que se pasea continuamente por la plaza del palacio....

—¡Oh! ¿De veras?

—Sí, señor conde.

—¿Y tú conoces á ese jóven?

—Sí, es M. de Lomaria.

—¿El pequeño de Lomaria?

—El mismo: tambien la escribe.

—¡Cómo! ¿La escribe? ¿Todos los dias?

—Con corta diferencia, todos los dias.

—¿Y le contesta la condesa?

—¡Oh! no, señor; á lo menos que yo sepa.

—¿Cuánto tiempo hace que dura esa correspondencia?

—Desde que se cerraron los Estados generales.

El conde, ya perfectamente instruido, no podia volver de su admiracion: pero lo que mas le sorprendia era el rival que se le oponia. Por una aberracion de espíritu que parece estraña, y que sin embargo es natural á los ancianos, un hombre tan jóven como M. de Lomaria no parecia temible á M. de Toquendec, pues siempre lo veia en mantillas, pero no obstante, cuando por la relacion de Jaquelina, se convenció de que se andaba una intriga entre la condesa y un niño, cuyo principal mérito consistía en bailar con gracia, se dijo como Arnolfo en la *Escuela de las Mugeres*:

"Aurais-je deviné, cuan jé le vu petit,
Qu' il Coítrait por cela?....."

Con todo, el peligro no le pareció tan sério que no supiese conjurarlo con pocos esfuerzos. Nada era tan fácil como sorprender á su muger, apoderarse de una de las cartas del galan, y armar una querella que terminara con un desafio: ó bien dejar á Rennes y encerrarse con la condesa en uno de sus castillos, donde, transformado en carcelero, guardara bajo de rejas la frágil virtud de una muger, salvo si en un dia de cólera no queria seguir el egemplo de Fayel, y servir á la infiel el corazon de aquel nuevo Caney: todavia permitian esto las costumbres del tiempo, con especialidad en Bretaña; pero nada era tan contrario al carácter de M. de Toquendec, que queria vivir feliz y tranquilo al lado de su muger, sin sospechas y sin cuidados. La tristeza de la condesa, que á cuálquiera otro marido hubiera parecido indicios de una profunda pasion, fué lo que mas le tranquilizó. Una muger que no sabe disimular, que se entrega, por decirlo así, variando abiertamente de gustos y de vida, á la vista de su marido, y á presencia de sus criados, tiene mas necesidad de consejos que de castigo. Resolvió pues, presentárse á la condesa, con la frente erguida y la sonrisa en los labios. Demasiado dueño de sí mismo para olvidar sus medios de agradar, puso un esmero estremado en su vestido como lo habia hecho el dia de sus bodas, y adornado con su magnífico traje de tercio-

pelo, y la peluca bien peinada, tomó el camino de las habitaciones de la condesa. El salon estaba desierto y la alcoba abandonada; penetró pues en un pequeño oratorio, donde se retiraba Diana de Toquendec cuando quería estar sola con Dios. Como marido discreto que conocia las ceremonias de la corte, levantó la mampara, y con un pequeño peine de concha, que le servia para poner en órden los prestados bucles de su cabellera, arañó la puerta, ridículo á que Moliére habia hecho justicia algunos años antes, pero que en las provincias pasaba todavia por de buen tono.

—Entrad, dijo la condesa con voz débil y apagada: M. de Toquendec entró, y cuando sus ojos se hubieron familiarizado con la débil claridad del oratorio, que llamaremos hoy retrete, vió á su muger casi acostada en un gran sillon y con una carta en la mano: á su lado, sobre una silla de tigera, se veia un gran saco de terciopelo bordado con las armas de la casa de Toquendec, que en el concepto del marido debia contener las cartas que le enviaba M. de Lomaria todos los dias, segun le habia dicho Jaquelina. La habitacion estaba en un completo estado de desórden, y el vestido de la jóven correspondia perfectamente á aquella especie de negligencia que se notaba en todo á su alrededor: sus cabellos estaban sueltos, su vestido abrochado de medio lado; y si á esto se añade una tez pálida y unos ojos ojerozos, se comprenderá fácilmente que ya era tiempo para la tranquilidad de M. de Toquendec, que interviniese y destruyese los funestos efectos de aquellos fa-

tales paspies bailados en los Estados. Al ver á su marido, no pensó de ningun modo la condesa en ocultar la carta que tenia en la mano, pero el ligero billete se escapó de sus dedos, y el conde, apresurándose á recojerlo se lo devolvió, sin permitirse dirigir sobre él una sola mirada.

—Espero, señora, la dijo cortesmente, que mi visita no os incomodará.

—No, señor, dijo la condesa bajando los ojos.

—Sin embargo, continuó el marido al ver el cuidado que poneis en huir de todo el mundo, temí por un momento que fuese indiscreta.... Jóven, bella, y pretendida como lo sois, es preciso que sintais un pesar muy agudo, una pena muy amarga, para alejaros de este modo de todo lo que os agradaba en otro tiempo.... Y, si es esto que he adivinado, señora, ¿porqué no recurrir á mí que soy vuestro amigo y que, principalmente en un momento de dolor, debo ser vuestro confidente?

Hablando así M. de Toquendec quitó con cuidado el saco de terciopelo blasonado, le rodó hácia los pies de la condesa, y sentándose luego en la silla de tijera, tomó la mano de su muger.

Sin duda, lector, habreis leido en Sterne aquel capítulo delicioso en que el autor de *Tristan Shandy* toma el pulso á la linda vendedora de guantes del muelle de la Vallée: "Si la sangre, dice Sterne, que pasa por el corazon es la misma que la que corre por las estremidades, estoy seguro, añade él, mirando con dulzura á la vendedora y tendiéndole el brazo, que no

hay una muger en el mundo que tenga mejor pulso que vos.

M. de Toquendeo hizo la misma esperiencia, y aunque la carta de M. Lomaria estuviese á sus pies y pudiese, con una sola mirada, leer algunas palabras en ella, el pulso de su muger estaba tan tranquilo é igual como el de un niño dormido.

—¡Y bien! Señora, le dijo, ¿cuál es la causa de vuestras penas?

—Miradla, dijo la condesa, designándole la carta con el dedo.

M. de Toquendeo recojió la epístola y se la dió á la condesa, diciéndole al mismo tiempo:

—Señora, esta carta contiene, sin duda, secretos que os conviene ocultarme, y que no me pertenece á mí saber.

—Leed, señor, leed, respondió con abatimiento la condesa.

Y hablando de este modo abría el saco de terciopelo, y esponía á la vista de su marido unas veinte cartas, que dejó á disposicion del anciano; este las tomó, y despues de arreglarlas segun las fechas, dió principio á aquella estraña lectura, M. de Lomaria está muy lejos de escribir tan bien como Madama de Savigné; bailaba mucho mejor que escribia, pero el marido vió en sus cartas lo que efectivamente se hallaba en ellas, una pasion violenta, espresada con el ardor juvenil de un hombre que siente su primer amor. M. de Lomaria amaba, adoraba á la condesa; no podia vivir sin ella; era preciso, para que el débil soplo que le animaba no se estinguiese, que la viera á cada instante

de su vida, de dia, de noche, siempre; para satisfacer este amor inmenso, proponia à la condesa huir con él á Holanda, á Inglaterra, á cualquier lugar que pudiera ofrecerles un asilo tranquilo é ignorado. Si la condesa desechaba su proposicion, sinó participaba de esta pasion que debia ser eterna, moriria seguramente de dolor, ó bien, como este suplicio sería demasiado lento, con su espada bajo las ventanas de Diana, ó en su salon, á presencia de toda la nobleza de Bretaña, que M. de Toquendeo reunia con frecuencia en su casa.

Todas estas cartas se asemejaban, en todas siempre el mismo amor, las mismas instancias para huir á Holanda, las mismas amenazas de suicidio. El marido reconoció con gusto la poca maña de su jóven rival, y volvió á guardar las cartas con cuidado en el pequeño saco de terciopelo.

—Es muy triste la situacion de M. de Lomaria, dijo el conde; me parece herido de un mal incurable; pero vos, condesa, ¿por qué os encargaros de la cura de ese jóven?

—¡Ah, señor! respondió la condesa, ¿qué seria de mí si M. de Lomaria llegase á morir del amor que le inspiro, ó si se quitase la vida á mi vista?

—¿Y lo creeis capaz de eso?

—¿Lo dudais, señor conde? volved á leer su carta.

M. de Toquendeo miró fijamente á su muger: ¿era juguete de una coqueta, ó tenía delante á una Inés? Para comprender su indecision es preciso transportarse ahora ciento sesenta años,

y saber lo que era en aquella época la nobleza de Bretaña: los nobles encerrados en sus castillos no venian á Rennes sinó cuando se convocaban los Estados, y las jóvenes no recibian otra educacion que las que les daba un ignorante capellan: en aquel siglo se envanecia un caballero de no saber escribir como de una prueba de nobleza. La Bretaña estaba todavia mas atrasada en esto que las demas provincias, y la poca instruccion que habia se hallaba reducida á las familias parlamentarias. La condesa tenia su buena parte de la ignorancia de sus compatriotas, y si no habia contestado aun á las tiernas misivas de M. de Lomaria, se podia atribuir quizá á la dificultad que tenia en servirse razonablemente de la pluma: el arte de escribir no la era estraño, pero estaba muy lejos de serle familiar. M. de Toquendec no ignoraba esto, y se tranquilizó con esta idea.

—¿Creis, pues, que se mataria por vos? la dijo.

—¡Ay Dios mio! sí, respondió la condesa con vivacidad, y os confieso que no puedo sostener esta idea.... ver á M. de Lomaria, jóven, hermoso, con inmensos bienes de fortuna, muerto á mi vista, y por mi causa.... Verle pálido, sangriento, á mis pies, traspasado el pecho, delante de una numerosa sociedad, porque quiere escoger el dia en que tengais reunion en vuestra casa.... Ah! Para evitar tan gran desgracia haria cuanto él quisiera, señor conde....

—¡Oh! ¡Oh! esclamó M. de Toquendec, levantándose seriamente alarmado; ¿cuanto él quisiera, condesa? eso es decir mucho.... y ¿le

seguiriais á Holanda, Inglaterra, ó á cualquiera de esos parages donde tiene designios de llevaros?

—Sí, señor conde, respondió titubeando la condesa, si no temiera disgustaros.

—Ya comprendo, y ¿porqué temeis disgustarme os encerrais en vuestras habitaciones y me ocultais la causa de vuestras penas?

Era cierto que, hacia un año que Diana era condesa de Toquendec, pero ella no habia comprendido ni los deberes ni las obligaciones del matrimonio: se habia casado porque así lo acostumbraban hacer las jóvenes de su familia, y además el conde no habia hecho nacer en ella el sentimiento que acababa de despertar en su corazon la belleza y juventud de M. de Lomaria, que haciéndola decir tan singulares tonterías, esponia á su marido á un peligro eminente; seguramente era esto poco lisonjero para el amor propio de M. de Toquendec, y nada seguro para su porvenir, pero no obstante, creyó deber dejar para otro momento las instrucciones que necesitaba su esposa, y finjió, por la vida de M. de Lomaria, un interés que estaba muy lejos de esperimentar; como hombre hábil, y à quien no cegaba la pasion, se eximió de dar una leccion inútil.

—Lo que mas me impacienta, dijo á su muger, es que quizá exagerais el mal: tambien puede ser que M. de Lomaria no hable tan seriamente como creeis.

—¡Oh! señor, replicó la condesa: ¿no veo á M. de Lomaria á todas las horas del dia? ¿Puedo dar un paso sin encontrarlo? Por la noche,

aun por la noche, está bajo mis ventanas, y durante mis insomnios oigo el ruido de su tós, y hasta el de sus pasos; ahí, siempre ahí, y aun ahora....

El oratorio de la jóven daba á la plaza del palacio; M. de Toquendec se aprocsimó á la entreabierta ventana; apartó un poco la cortina y vió, en efecto, á M. de Lomaria paseándose por la plaza y dirigiendo á las cerradas ventanas lánguidas miradas.

—Ahora mismo, dijo la condesa, le oigo tódavia....

—Teneis razon, respondió M. de Toquendec, ahí está.

—¡Oh, Dios mio! esclamó con desesperacion la condesa; inevitablemente seré la causa de su muerte.... ¡Qué lástima! ¡un jóven tan gracioso! que promete tanto! que dá tantas esperanzas! Ah! cuanto mejor hubiera sido, tanto para él como para mí, que jamás me hubiese visto, ó que no hubiese sentido ese amor que nos causa tantos dolores!

—Soy del mismo parecer, dijo tranquilamente M. de Toquendec, dejando caer la cortina.

—¡Tendrá su espada! dijo la condesa

—Un caballero nunca la deja, señora.

—Habeis reparado si tiene intenciones de desenvainarla?

—No, y creo qne por hoy podeis estar tranquila: pero, señora, es preciso que todo esto concluya.

—¡Ay de mí! sí, señor.

—Yo veré á M. de Lomaria.

—¿Vos? esclamó la condesa aterrada.

—Sí, señora, yo.

—Ah! señor, cuidado, todo lo echaríais á perder.

—No tengais miedo.

—No sería mejor, dijo tímidamente la condesa, que yo misma viese á M. de Lomaria? Quizà hallaria algun medio de hacerle abandonar esta fatal resolucion, esa resolucion que me espanta.

—No, señora, dijo con dulzura M. de Toquendec; estaríais demasiado conmovida para darle un buen consejo. Además, esa entrevista seria peligrosa para ambos, y ¿qué sería de mí si nó encontrando vos otro remedio á la desesperacion de M. de Lomaria, os determinábais á hacer con él un viage á Holanda?

—Oh! señor, esclamó sencillamente la condesa; vos no moririais por eso!

—Quién os lo ha dicho, señora?.... De cualquier modo que sea, dejadme á mí la direccion de este negocio, que yo os prometo poner el mayor cuidado en él, y os respondo con mi persona, de la vida de M. de Lomaria.

Capítulo 2.º

Al decir esto, M. [illegible] besó con galantería la mano de su mujer y salió de su cuarto. ¿Qué iba á hacer? Tenía en sus manos las pruebas del amor del jóven marqués de Landera, de sus proyectos de rapto, de lo que debía dar gracias á la casualidad que, una hora antes le había hecho interrogar á Japonésa, sin cuya indiscrecion, estaba perdido, porque Madama de [illegible] llevaba la sencillez y la ignorancia de las cosas de este mundo á un grado tan alto, que si su jóven rival hubiera tenido tanta habilidad como parecia tener amor, la condesa se hubiera infaliblemente comprometido por [illegible] ella no experimentaba ni-

davia sinó piedad, pero de la piedad pasaria al amor.

—Me dejará, se decía él, sin ningun escrúcrúpulo de conciencia; huirá con ese señorito, solamente por impedirle que se mate. Por otra parte, si ella fuera menos ingénua, sería mas disimulada y yo nada sabría.

Las costumbres del tiempo y los hábitos de la Fronde que todavía ecsistían entre la nobleza de entónces, le ofrecian un medio muy sencillo para salir del negocio: el duelo, pero este medio le repugnaba. Habia tenido muchos duelos en él curso de su vida, y á pesar de su edad, todavia se sentia con bastantes fuerzas para castigar la impertinencia. M. de Lomaria, jóven lleno de porvenir, como decia la condesa, casi un niño, y que él habia visto nacer, pero ¿qué dirían en Rennes, si M. de Toquendec, envejecido en los combates, abusaba de su esperiencia y de su destreza para deshacerse de un rival de veinte años? Vencer hubiera sido odioso: ser vencido ridículo. El podia, en efecto, perder un brazo en la batalla, un ojo ó el uso de alguno de sus miembros, lo que sin duda no le embelleceria à los de la condesa. M. de Lomaria, al contrario, todo lo podia ganar en el duelo; muerto, sería sentido toda la vida, y M. de Toquendec conservaria eternamente su recuerdo; herido llegaria à ser mil veces mas interesante que lo que era ya, pues la herida que desfigura á un anciano, da una gracia mas á la juventud. Del mismo modo que no se juega una partida cuando se tienen todos los puntos en contra, así M. de Toquendec, no pudiendo ha-

cer otra cosa, resolvió ir á encontrar á su rival y decirle que estaba instruido de todo, y que como sus pretensiones no podian tener otro resultado que turbar la tranquilidad de la condesa Diana, le rogaba cesase en ellas.

Rennes es una antiquísima ciudad, edificada en forma de anfiteatro en la cumbre y al pié de una colina, dividiéndose naturalmente en alta y baja ciudad: la primera, mas moderna que la otra, es al mismo tiempo la mas considerable; está edificada con regularidad; sus plazas públicas son hermosas; sus calles estensas y aseadas, están tiradas á cordel; la ciudad baja, al contrario, está mal empedrada, sus calles son estrechas y tortuosas, resintiéndose toda ella de la época borrascosa y pobre en que fué edificada: ambas partes de la ciudad son tristes: el color gris de la piedra empleada en su construccion les dá un tinte sério y grave, que en en la ciudad baja, y á la caida de la tarde, tiene algo de lúgubre.

Sin embargo, en este barrio y en una de las callejuelas mas cercanas á la catedral está el palacio Blossac, que ocupaba entónces el duque de Chaulnes, gobernador de la provincia, y á algunos pasos del palacio del gobernador, estaba la morada de M. de Lomaria. Despues que M. de Toquendec dejó á su mujer, examinó la plaza del palacio, y habiéndose asegurado que M. de Lomaria no se hallaba ya en ella, tomó el camino de la ciudad baja para ir á casa del jóven; atravesaba una de sus mas estrechas y tortuosas calles, cuando saliendo de improviso una jóven de una casa se arrojó tras él, con los ojos llenos

de lágrimas y dando furiosos gritos: seguíala un hombre de blancos cabellos, probablemente un zapatero, que la castigaba con una tira de cuero. Detúvose el antiguo marino, y protegiendo con un brazo á la jóven estendió el otro hácia el agresor.

—Eh! poco á poco, buen hombre, le dijo: que diablos os ha hecho vuestra hija para que la castigueis así?

—Mi hija! señor, mi hija! es mi muger! y me ha hecho, ó á lo menos ha querido hacerme... lo que no deseo que os haga la vuestra..... la he sorprendido.... en fin, basta.... he llegado á tiempo. Si otra vez la vuelvo á pillar, ella se acordará de mí, y por lo que hace al galan no morirá á otras manos que las mias.

M. de Toquendec exortó á la jóven á la virtud y al viejo marido á la moderacion, y una vez apaciguada la querella, continuó su camino, no sin pensar que se hallaba en una situación semejante. Segun él, aquel irascible anciano se valía del peor medio posible para conseguir su objeto: su muger le habia engañado, ó irritada de los golpes que habia recibido le engañaria: no moriria por esto el galan, y á este le sucederían otros. La única cosa que puede preservar á una muger es probarle que no es amada, que si es deseada, pero que el amor egoista que inspira no tiene bases sólidas ni es capaz de una verdadera abnegacion. Precisamente esto mismo era menester probar á la condesa antes de darle las lecciones de moral y de virtud de que tenia necesidad.

Enteramente preocupado en estas ideas se

detuvo en el dintel de M. de Lomaria y llamó á la puerta de su palacio.

M. de Toquendec no habia ido á ver á su rival sin háber pensado antes lo que debía decirle, y una vez alejada toda provocacion, la cosa era bastante delicada. Era preciso recurrir al honor del jóven, á su delicadeza, en una palabra, suplicarle, y todo esto haciendo hablar á la condesa, presentándola como indignada de un amor sin objeto y sin esperanzas. Acordábase el conde de la época remota de su juventud, cuando tenia el oficio de galanteador, cuando sus inscontantes amores turbaban la tranquilidad de las mugeres y desafiaban la vigilancia de los maridos. ¿Qué hubiera pensado él entonces de un marido que hubiera venido á ponerse á su disposicion, y hubiera representado el papel que él mismo iba á representar ante M. de Lomaria? Esta idea lo agitaba y le volvia á llevar, á pesar suyo, á aquellos deseos de venganza que con tantos esfuerzos sofocaba su razon. Sin embargo, las cartas que acababa de leer disminuian su cólera, pues tenian tal sello de inesperiencia en materia de amor, que el hombre que las habia escrito debia ser fácil de alejar. Ademàs, M. de Toquendec recordó la escena de que acaba de ser testigo, y persistió en el designio de no asemejarse al marido brutal que habia apaciguado. Introdujéronle cerca de M. de Lomaria; el jóven estaba sentado, ó mejor dicho, acostado en una poltrona, embozado todavia en su capa, y con el fieltro de plumas echadó sobre la frente. Al ver á M. de Toquendec, se

descubrió, desembarazóse de su capa y se adelantó con algun embarazo á recibir al marido de la condesa Diana. El anciano no estaba lejos de verle por la primera vez, pues le conocia desde la infancia, pero hasta allí jamás habia mirado con interés una belleza que miraba en un hombre como una ligera ventaja; ahora esta belleza le sorprendió, obligándole á convenir consigo mismo en que era perfecta, y formada espresamente para seducir.

—Ved aquí un ser peligroso, dijo entre dientes; sería una buena obra librar á la provincia de él.... Señor, añadió en voz alta, habeis debido esperar mi visita.

—Yo, señor? balbuceó M. de Lomaria; no... no, señor conde.

—No! ¿Ignorais acaso, señor, que la condesa es una muger tan virtuosa como afecta á su marido? ¿Y habeis podido creer que mi muger recibiría vuestras cartas y soportaria las persecuciones con que la rodeais sin prevenírmelo, sin poner á mi vista vuestras diarias declarasiones, y sin mostraros á mí, ya inmóvil bajo las ventanas de mi palacio, como haciendo resonar la plaza con el ruido de vuestros pasos y de vuestros suspiros?

—Me ha vendido! esclamó el jóven vertiendo un torrente de lágrimas y ocultando la cabeza entre las manos: me ha vendido!

—Qué significa esto? dijo M. de Toquendeo con autoridad; ella os ha vendido, decís? A mí es á quien ella no ha vendido; vos no sois nada para ella, ni podeis ser nada; pensad, pues, con quien hablais!

M. de Lomarià, sin poder hablar, formando apenas sonidos inarticulados, abrió los brazos y se arrojó al cuello de M. de Toquendec, con el corazon henchido de dolor, y la voz interrumpida por los sollozos. M. de Toquendec, dotado de un carácter naturalmente burlon, se desembarazó de los brazos de M. de Lomaria, y le dijo, con una risa que no procuró reprimir:

—¡Pardiez! vaya una cosa singular! Un amante estrechando entre sus brazos al marido de la que ama, al mismo tiempo que le hace la confesion de su amor!.... Abrid los ojos, señor; mirad al hombre á quien hablais; esa pasion que no os sonroja confesar, es infame y propende nada menas que á privarme en un mismo golpe, de mi honor y de mi esposa.

—Sí, señor, dijo el jóven; yo la amo, y siento cuando os ultraja mi amor; pero ya que estais instruido de todo, no os pido gracia, ni merced.... Invoco la muerte, señor conde; dádmela vos; mi amor no puede estinguirse sinó con la vida, y si habeis leido lo que he escrito á la condesa, conocereis que no aspiro sinó á....

—De ningun modo, señor; no es la muerte, es mi esposa la que deseais: la espantais con vuestros proyectos, la amenazais con mataros á su vista, y todo esto para decidirla á huir con vos, para que os siga à Holanda, ó á Inglaterra...., Cualquiera otro vendria á pediros reparacion de tal injuria, pero no creo deber castigar una locura de niño, como se castigaria un crímen.

—Oh! no, señor conde, dijo M. de Lomaria, yo ofrezco con gusto mi pecho á vuestros golpes, yo derramaria de buena gana toda mi sangre....

—Si hablais seriamente, continuó M. de Toquendec, el duelo que me proponeis seria un asesinato, y es indigno de mí: yo no quiero que á mi amor por mi esposa se una jamás el recuerdo de un homicidio, la imágen sangrienta de un hombre muerto por ella; si al contrario, me ofreceis un desafío en forma, un recuerdo en que mi vida corra tanto peligro como la vuestra, no os conviene este partido de ningun modo, porque ¿qué sería de vuestro amor si os deshaceis de mí? La condesa no os ama, señor; pero si os amase, ¿podría aceptar los obsequios de un hombre que hubiera dado muerte á su marido? En Francia, señor, se engañan á los maridos, y se tiene en nada matarlos, y yo he venido á deciros que conmigo tan imposible es una como la otra, porque estoy advertido.

Despues de decir esto M. de Toquendec tomó la mano de su jóven rival.

—Vamos, amigo mio, le dijo, ya no sois un niño; la pasion misma que decís esperimentais lo prueba; renunciad, pues à unas pretensiones que su misma imposibilidad hace ridículas. La condesa no os ama; todo lo que os pide es que no os mateis á su vista, y eso es muy natural.... Por lo que hace á mí, no creo en esas amenazas, pero como hablo á un caballero, y estoy persuadido que me dirijo á un hombre de honor, creo muy bien que M. de Lomaria dejará á Rennes dentro de algunos dias, maña-

na quizá, y que iré á Holanda á reunirse con el ejército del rey, donde M. de Durás le suministrará la ocasion de distinguirse, ó al menos de morir con honor.

El jóven oia estas palabras sin parecer comprenderlas; absorto por un solo pensamiento, no veia ni la indecencia de sus lágrimas, ni aquella singularidad de un amante pidiendo gracia al mismo marido, por un amor adúltero.

—Cuento con vuestra promesa, dijo el conde al retirarse, aunque M. de Lomaria no habia respondido aun una sola palabra.

De ningun modo creia el caballero breton que su rival tomara el razonable partido que acababa de aconsejarle; al contrario, todo lo esperaba de la locura de un jóven que, sabiendo que el marido nada ignora, cree no deber tener ningunos miramientos, y á quien ademas tambien podia conducir al suicidio el ardor de aquella primera pasion.

Era menester, pues, evitar este triste accidente, y y quizá no sería imposible tambien arreglar las cosas de manera que dieran á la condesa una leccion, que la hiciese en lo futuro, menos sensible á las pasiones que inspirara.

Hallábase M. de Toquendec, como hemos dicho ya, en las inmediaciones del palacio Blossac; entró en casa del duque de Chaulnes y le pidió una audiencia particular; la conversacion fué larga; el duque titubeaba en presencia de los deseos de M. de Toquendec, y la duquesa, la que Mme. de Sevigné llamaba la buena duquesa, fué llamada tambien al consejo.

—Señora, la dijo el duque, ved aquí á M. de Toquendec que me pide permiso para matar á su muger, ¿qué os parece?

La duquesa tenia demasiado talento para tomar al pié de la letra las palabras de su marido, pero no obstante le era tan conocido el carácter resuelto del viejo breton que no se apresuró á responder.

—Mirad, señora, volvió á decir el duque; M. de Toquendec necesita una víctima, y si su muger no muere, no puedo responder de la vida de M. de Lomaria.

—Ese pequeño de Lomaria que baila muy bien? dijo la duquesa.

—El mismo, respondió el duque.

—¡Oh! sería una lástima; cuento con él para mis soirées de este invierno.

—Y le tendreis, esclamó M. de Toquendec; señor duque, quedo convencido, mi muger morirá.

—Lo concedo, señor conde, respondió el duque con la mayor sangre fria, pero me habeis de prometer que hareis las cosas en forma y que el entierro será magnífico.

El señor duque no quedará descontento.

—Sin dejar tiempo á la condesa para volver de su admiracion, se despidió M. de Toquendec y se dirijió á su casa. Ya era de noche; en las calles de Rennes no se encontraba sinó alguno que otro vecino, y de cuando en cuando una silla de mano escoltada por criados con antorchas. Desde el momento que se habian cerrado los Estados generales en la ciudad habia

vuelto á entrar en su calma habitual. El anciano caballero examinó cuidadosamente las calles vecinas à la plaza del palacio y viendo que nada tenia que temer de la indiscreta curiosidad de M. de Lomaria, entró en su casa. La condesa no se habia acostado todavia, sea que esperase la vuelta del conde, sea que la pasion que empezaba á germinar en su seno, alejaria el sueño de sus ojos. Mme. de Toquendec entregada á sus meditaciones y abrumada de una muelle languidez, estaba en su oratorio, perseguida por aquella idea fija que le turbaba hacia un mes.

—Señora, le dijo bruscamente su marido; acabo de ver á M. de Lomaria, teníais razon: ese jóven os ama con una violencia que, amenaza á cada instante vuestra tanquilidad; quiere morirse por vos y á vuestra vista, si no os cedo á su amor, y yo no creo deber hacer una cosa, en primer lugar, enteramente contraria á mis sentimientos hácia vos, y en segundo lugar, á los usos del pais y á los de mi familia. Los Toquendec, cuya nobleza se remonta á muchas siglos, como lo podeis ver en el árbol genealógico que está en mi gabinete; no han cedido nunca sus mugeres á nadie.

—¿Dejareis, pues, á ese jóven quitarse la vida á mi vista? dijo la condesa.

—Nada de eso, señora; que se mate ó no M. de Lomaria, no le vereis; morireis antes que él.

—¡Yo! esclamó aterrada la condesa.

—Sí, respondió tranquilamente M. de To-

quendec, es un asunto que acabo de arreglar con M. de Chalnes.

Cualquiera otra muger ménos sencilla que la condesa se hubiera tranquilizado con estas últimas palabras; pero ellas no produjeron este efecto en la jóven condesa; pálida y trémula, se levantó para acercarse á su marido y pedirle la esplicacion de aquella sentencia; el conde la tomó por la mano y la hizo pasar á su habitacion, la envolvió allí en una ancha capa que la cubrió enteramente, y haciéndola bajar por una escalera secreta salió con ella por una puertecilla del palacio, y sin decirle una palabra tomó el camino del palacio Blossac: la condesa, arrastrada por la voluntad de un hombre al que estaba acostumbrada á obedecer, caminaba jadeando, con la imaginacion llena de tristes presentimientos y de terrores muy naturales.

—Démonos prisa, señora, decia M. de Toquendec acelerando el paso, nos esperan; y no es regular que nos diletamos.

—¡Ah, señor! decía la condesa, vais á hacerme morir con M. de Lomaria?

No era esta por cierto la idea del marido breton. Llegaron de este modo á una pequeña callejuela que atravesaron en silencio, y al estremo de la cual estaba un carruage de viage; M. de Toquendec abrió la portezuela y colocó á su muger, siempre embozada en su capa junto de una persona ya instalada en el interior.

—Muerta para Rennes, dijo su marido cerrando la portezuela.

Partió el carruage y al cabo de algunos minutos la condesa Diana de Toquendec habia salido de la ciudad sin que ninguna otra persona que el gobernador tuviera la menor sospecha de ello. Cuando hubieron pasado los arrabales, una pequeña mano tocó el trémulo brazo de la condesa.

—¡Y bien, querida mia! la dice una voz dulce; yo soy la encargada de llevaros á ahorcar

Capítulo 3.°

Esta era la duquesa de Chaulnes, que teniendo que ir á la corte, en que era necesaria su presencia para asuntos de su marido, habia querido encargarse de conducir á París á Mme. de Toquendec. La duquesa tranquilizó desde luego á su compañera de viage; no se trataba de morir enteramente sinó de libertarse tan solo de la maledicencia que tan fatal podia ser para la futura felicidad de la condesa, como peligrosa para un esposo que la amaba con pasion.

Mme. de Toquendec iba á ser conducida á París, iría primero al convento de Santa María, despues sería presentada en la corte; vería el mundo, adquiriria una idea justa de las pa-

siones que las animan, de los peligros de que está sembrada, y mas tarde M. de Toquendec le diría lo demás.

Entretanto, enteramente decidido M. de Toquendec á enviudar, volvió sin dilacion á su palacio; tuvo allí una larga conferencia con Jaquelina, cuya ayuda y discrecion le eran necesarias. Fué ganada al instante la doncella favorita. Al siguiente dia supo con espanto la ciudad de Rennes que la condesa Diana de Toquendec se hallaba atacada de viruelas de la especie mas maligna. En esta época, ese mal, mucho mas mortífero que hoy, esparcia por todas partes un terror igual á los estragos que hacía: todavia no se conocia el arte de prevenirlo con la vacuna, ó atenuarle por medio de la inoculacion, y además se había observado que la época de la vida que atacaba regularmente y con mas vigor, era la del matrimonio. Enunciamos este hecho sin pretender inquirir aquí las causas fisiológicas que la motivában, causas fáciles de esplicar, pero agenas de nuestro asunto; nos bastará decir solamente que no contando todavia Mme. de Toquendec sinó un año de matrimonio, nadie puso en duda el mal de que se le decia atacada, y compadecian á la jóven, alejándose al mismo tiempo de la casa infestada. Este terror general convenía perfectamente á M. de Toquendec, que declaró resueltamente que no abandonaria á su muger, y que ayudado solamente de una doncella adicta á la condesa, se espondria solo al contagio.

A la primera nueva del peligro que corría Mme. de Toquendec, se presentó M. de Lo-

maria en su casa: como es de creerse, el marido fué quien lo recibió. . . . . .

—Os esperaba, le dijo, pues pensé que un hombre tan enamorado como vos lo estais, y que quiere derramar su sangre por la pasion que mi muger le inspira, no temeria un mal menos peligroso que una estocada: quereis ver á la condesa, señor, ser admitido á su cabecera....

—Sí, señor, esslamó M. de Lomaria; feliz si á su lado puedo adquirir la enfermedad que la devora, disminuir el peligro y salvar sus dias á costa de los mios.

—Eso es muy laudable, respondió M. de Toquendec, aunque en vuestra posicion os debe costar poco; pero al mismo tiempo nada es mas posible: observad, señor marques, de que estraño modo están arregladas las cosas de este mundo; vos que no aspirais sinó à morir con la condesa, no podeis conseguirlo porque todo se opone á ello, y yo que no pediria otra cosa que vivir con ella alegre y contento, tengo el rigoroso deber de esponerme al contagio, y estar, quizá mañana, tan enfermo como lo està ella hoy.

M. de Toquendec volvió á conducir cortesmente al jóven hácia la puerta, y la cerró, anunciando que no la volvería á abrir mas á ninguna visita. Al dia siguiente M. de Lomaria hacía resonar inútilmente el aldabon de cobre de la puerta del palacio; todas las ventanas estaban cerradas; el portero sordo, el cochero parecia tan dormido como los caballos, de modo al ver el silencio que reinaba por todas partes,

se hubiera podido creer que la enfermedad de la condesa lo habia invadido todo en el palacio: en fin, el mismo M. de Toquendec, cubierta la cabeza con un gorro de dormir, abrió una ventana de la sala de comer, y gritó á M. Lomaria.

—Señor, una noche espantosa.... delirio... irupcion incompleta.... todo está perdido.

Y volvió á cerrar bruscamente la ventana para hacerse servir por Jaquelina un vaso de ese vino de Bordeaux que pasa por los gaznates bretones, dice Mme. de Sevigné, como el agua por la fragua.

Entretanto habia una circunstancia en el suceso que se preparaba, que era difícil superar si se prolongaba la enfermedad de la condesa: el médico del duque de Chaulnes estaba en el secreto, pero prolongándose la agonía, era indispensable llamar un sacerdote y el cura de la catedral á otro cualquiera, se hubiera prestado con dificultad á la comedia que representaba M. de Toquendec. El caballero breton vió que lo mas esencial sería acelerar las cosas: en efecto, una muerte pronto era lo único que podia salvar á la condesa de la animadversion del clero y de la condenacion eterna; acabó pues su vaso, y abriendo de nuevo la ventana, se dirigió otra vez á M. de Lomaria que permaneció inmóvil delante del palacio: quitóse esta vez su gorro de dormir, y levantando los ojos y las manos hácia el cielo, dijo con voz profunda.

—Allí está, señor, todo se ha concluido.

Y cerrando despues la ventana, dijo á Jaquelina.

—A fé mia, Jaquelina, que la farsa queda representada: acabemos mi botella.

M. de Lomaria no se mató al fin, no porque no estuviere realmente enamorado, sinó porque quería alimentarse de su dolor, llorar á su gusto tantos encantos arrebatados por la muerte; sabía además que viviría poco, y que su destino sería ir á reunirse bien pronto á sus adoraciones.

Entretanto se esparcia por la ciudad la noticia de la muerte de la condesa, M. de Toquendec hácia los preparativos de la pompa fúnebre de un modo que fuesen dignos de su dolor y de la promesa hecha al duque de Chaulnes.

A cinco ó seis leguas de Rennes existe una antigua selva llamada hoy "La Selva de Brecilleu," célebre en los fastos de la caballería; allí encontraban los antiguos paladines las aventuras mas peligrosas, y era donde estaba seguro de hallar Lanzarote del Lago adversarios dignos de él, cuando quería abandonar á la bella Iseult de las blancas manos el condado de Cornualles. Entonces estaba poblada esta tenebrosa selva de gigantes, de duendes y de palacios encantados. En nuestros dias han desaparecido todas estas cosas, pero no obstante, se ven todavia las ruinas de la tumba del encantador Merlin, y la famosa fuente de Juvencio, la que ¡ay! ha perdido sus benignas propiedades. En medio de esta selva, poseia M. de Toquendec un castillo, rodeadado de bellísimas dependencias; allí dormian sus abuelos bajo las baldosas

de la capilla, y allí debia ser enterrado tambien el cuerpo de la condesa Diana. Una carroza herméticamente cerrada y vestida de negro fué juzgada á propósito para transportar el cuerpo de la condesa; y en otro carruage iba M. de Toquendeo, seguido de todos sus criados con libreas de luto. La condesa habia muerto para toda la Bretaña, y el conde, queriendo ocupar convenientemente los primeros meses de su viudedad, reformó todo su castillo, plantó calles de árboles, y reedificó una ala del edificio que yacía arruinada. Cuando se hubo calmado algo su primer dolor, montó á caballo, y seguido de sus picadores persiguió la caza en la selva de Brecilieu. A riesgo de hallar aventuras, visitó la tumba de Merlin, y algunos meses despues volvió á Rennes, tan fresco, tan lozano, que hubiera podido decirse, al verlo tan rejuvenecido, que la fuente de Juvencio habia vuelto á adquirir, para él, sus perdidas propiedades. Su primer cuidado fué ir á ver á Mr. de Lomaria; encontró á este con alegre rostro y vestido con una elegancia que anunciaba proyectos de placer. El jóven se sonrojó algo al verle.

—Pardiez, señor marques, le dijo, vos aquí vivo y bueno!.... Os creia muerto ya por esa espada con que amenazabais constantemente á mi esposa, ó ya del dolor, pero no podia ser de otro modo; una pasion como la vuestra no debia tener otro resultado.

—Teneis razon, señor, respondió M. de Lomaria bajando los ojos, si quereis decir que mi pasion era tan sincera como violenta: yo hubie-

ra dado mi vida por la condesa, pero hubiera sido salvando la saya.

—No se trataba entónces de salvar á la condesa, era cuando estaba viva, cuando queríais robármela ó morir.

—Y vos, señor, respondió M. de Lomaria, que quería dirigir á otros los reproches que él mismo merecia; y vos, señor, habeis soportado esa dolorosa pérdida, con la resignacion filosófica....

—De un marido, interrumpió M. de Toquendec, es muy cierto y no lo niego: ¿qué quereis? la muerte tiene al menos la ventaja de quitar toda esperanza, y como por viva que sea la pasion, no écsiste sinó por la posesion del dia, ó la esperanza del siguiente, no hay pesares eternos; nosotros dos somos un ejemplo de esta verdad. Sin embargo, marqués, ¿lo creeis? el recuerdo de la condesa me persigue todavia algunas veces; la veo en sueños, y por mas que quiero desechar su imágen, vuelve siempre. Encontrareis esto algo ridículo, vos que no pensais ya en ella, y que bailais hoy paspies y sarabandas con tanta gracia como antes de su muerte; sin embargo, todo esto que os digo es cierto, pero he resuelto que concluya; quiero reemplazar estos tristes sueños con realidades. ¿Qué os parece?

Muy embarazado M. de Lomaria con la visita del conde, y no sabiendo á donde llegaria á parar, no se dió prisa en responder; veíase zumbado con tanta justicia, que como sucede en semejantes casos, el despecho se apoderó

de él, y su rostro, sereno hasta aquel momento, tomó una espresion colérica.

—¿Lo que me parece? le dijo.

—Sí, marques. ¿No me tendriais á mal si yo tomara un partido decisivo?

—¿Quereis esplicaros, señor conde, dijo M. de Lomaria.

—Esperad: ahora cuatro ó cinco meses no me creia yo muy viejo para tener una muger de veinte y cinco años, y nuestra rivalidad misma no me aterrorizaba; la muerte de la condesa no me ha hecho mudar de parecer. ¿Qué diríais vos si yo me volviese á casar?

—Verdaderamente, dijo M. de Lomaria, aliviado sin duda con esta confidencia inesperada, verdaderamente, señor conde, no podíais hacer otra cosa mejor.

—¿De veras?

—Os juro que ese es mi parecer.

—Pero, dijo M. de Toquendec, quizá todo el mundo no pensará como vos. Ya me parece oir toda la nobleza de Rennes clamar contra mí.

—Les dejareis decir, señor conde, dijo M. de Lomaria: vos no sois ya jóven, pero tampoco sois un anciano, y, además llevais con tanto vigor el peso de los años, que pocos jóvenes os igualarán en salud y lozanía.

—Y el corazon, esclamó M. de Toquendec, el corazon que en mí no envejece, y que se conmueve con los encantos de una bella tanto como el vuestro. Por otra parte, señor, tengo mil razones para pensar en el matrimonio sin hablar del amor que me inspira esa jóven con

quiero casarme. Soy rico, y no deseo dejar mis bienes á parientes colaterales; quiero tener un hijo, aunque no sea nada mas que por hacer rabiar à mis sobrinos.

—Eso es muy justo, señor conde.

—Me debeis comprender vos mejor que nadie, continuó M. de Toquendec, porque habeis amado á mi esposa con mas ardor que yo, habeis estado á punto veinte veces de quitaros la vida por ella, y si sois el primero á quien hablo del próximo matrimonio, es porque necesito uno que esplique mi posicion y tome mi partido cerca de aquellos que quisieren vituperarme.

—Podeis contar conmigo, dijo M. de Lomaria, pero no tendríais ningun inconveniente en hacerme la confidencia por entero, y decidme el nombre de la futura condesa de Toquendec.

—Con mucho gusto os lo diré, marques, aunque vos la conoces ya: es una jóven mas linda quizá que la difunta condesa; á lo menos, si este no era mi parecer ahora seis meses, lo es hoy, y así creo que su belleza me hará absolver del reproche de haber olvidado tan pronto á mi primera muger; por lo que respecta á su posicion social me iguala en todo, es bastante rica y tiene un nombre que no avergonzará al mio: en una palabra, es Mlle. de Saint-Hereus.

—¡Mlle. de Saint-Hereus! esclamó M. de Lomaria. ¿Aldegonda de Saint-Hereus?

—La misma ¡eh! ¿qué os parece, marques..? Os convido á todas mis bodas, bailareis en ella.

esos paspies que bailais con tanta gracia.... ya veis que no os guardo ningun rencor.

—¡Mlle. de Saint-Hereus! repetía M. de Lomaria; ¿y ella os ama, señor conde?

—No sé: esas son cosas, marques, que no acostumbro preguntar sino el dia despues de mis bodas.

—¿Y teneis el consentimiento de la familia?

—Ahora mismo voy á eso, y estoy persuadido que un hombre de mis circunstancias no sufrirá una negacion: tengo yo para ello mas de un derecho.

—¿Mas de un derecho?

—Sí; la muerte de mi esposa, mi conducta en aquella ocasion, el valor con que arrostré la contajiosa enfermedad que me la arrebató, todo esto me dá derecho á la afeccion de todas las familias.

En tanto que hablaba M. de Toquendec, esperimentaba M. de Lomaria una parte de aquellos movimientos de despecho y de cólera que le habian agitado seis meses antes, cuando estaba enamorado de la condesa Diana.

—¿Siempre se me ha de interponer este hombre?

En fin, no pudiendo ya contenerse, esclamó:

—Señor conde, yo amo á Mlle. de Saint-Hereus.

—¿Vos? Cómo es eso! ¡Ah! no es, es imposible, amabais tanto á mi esposa.... Que se haya disminuido vuestro dolor, lo creo; que hayais renunciado á vuestros siniestros proyectos, lo aprueba, pero que sintais una nueva pasion, es imposible.... Eso sería bueno si hu-

bieseis sido el marido de la condesa; pero no erais sino su amante, lo que es muy diferente.

—Basta de burlas, señor conde, dijo M. de Lomaria, y sabed lo que hubierais sabido hace un mes, sinó hubierais salido de Rennes.

—No me burlo, respondió M. de Toquendec; pero ¿qué es pues lo que ha pasado en Rennes durante mi ausencia?

—Lo que ha pasado, señor, es que parece que estamos destinados á ser siempre rivales; pero no, no tengo que daros cuenta de mis sentimientos secretos; sabed solamente que hace un mes está resuelto mi casamiento con Mlle. de Saint-Hereus: llegais demasiado tarde.

A estas últimas palabras afectó M. de Toquendec una gran tristeza, alteróse la fisonomía del hipócrita anciano, y algunas lágrimas parecieron humedecer sus pàrpados.

—¿Es cierto, le dijo, que os habeis anticipado, y que está resuelto vuestro matrimonio?

—Sí, señor conde.

—¡Ah! dijo entónces M. de Toquendec, os conozco, marques; si las verdaderas pasiones no son eternas, ellas dejan á lo menos en el corazon una llaga cuya cura es difícil y larga, y que necesita mucho tiempo para cicatrizarse; así es imposible que hayais olvidado à la condesa.... Vos no amais á Mlle. de Saint-Hereus, señor, ese es un matrimonio de conveniancia.. Cedédmela, os lo suplico, sois jóven, marques, teneis un dilatado porvenir, y no estais precisado como yo en tener un heredero.

fragante infidelidad, de un olvido total, y aun de ese desdeño de lo pasado que parece tener algo de injurioso para el objeto amado; pero no obstante, no bastaba esto todavia al esposo de la condesa Diana, era menester que un hecho llegase á probar la verdad de una conversacion tenida sin testigos, y así insistió pues en su pretendido amor por Mlle. de Saint-Hereus.

—Señor marques, le dijo, sabeis ahora mi proyecto, el que no cuento abandonar: un Toquendec no creo que deba ceder ante vuestras pretensiones.... y esto del mejor modo posible.

E iba á retirarse cuando M. de Lomaria lo retuvo: el ofrecimiento del brazalete habia transportado al jóven á su pasada pasion, y se habia acordado de las numerosas cartas que habia escrito á la condesa de Toquendec, cartas que su rival podia hacer valer contra él. Como ya habia muerto la condesa, era sin duda ligero el inconveniente, pero sin embargo, si las cartas llegaban à caer en manos de Mlle. de Saint-Hereus, podian producir un mal efecto, pues siempre es penoso confesar una pasion anterior à la muger que se ama, y tener que probar incesantemente que la segunda vez se está mas enamorado que la primera.

—Señor, dijo M. de Lomaria reteniendo al conde por el brazo, acabais de ofrecerme una prenda á la que no tengo ningun derecho y que mi delicadeza me obliga á rehusar; así creo que obrareis en nuestras relaciones con la misma buena fé que yo, y que no titubeareis

que se le hacia: ahora adivinareis, quizá, á quien se dirigía la moribunda condesa cuando decia: Le dareis este brazalete á el.... á el....

M. de Lomaria habia amado, sin duda, con pasion, y se hubiera lisonjeado de poseer aquella prenda del amor de la condesa, prenda cuyo valor doblaba la mano que la presentaba, haciéndole triunfar dos veces de su rival; pero tambien sabía al mismo tiempo que no podía recibir el brazalete sin renuncia á Mlle. de St. Hereus, y esto era pedirle demasiado. Una pasion nueva habia reemplazado en su corazon á sus primeros amores, y no estaba dispuesto á hacer sacrificios inútiles. Así pues, apartó con la mano la caja de oro.

—Señor conde, le dijo con acento solemne, guardad esas tristes reliquias, que jamas salgan ellas de vuestras manos: yo no he sido tan feliz como pensais.

Entonces M. de Toquendec creyó poder insistir sin peligro.

—Advertireis, señor, que todo esto en nada mancilla el honor de la condesa, y que no es justo tampoco aborrecer á las personas que nos aman: el último recuerdo de una muger moribunda no puede tener nada de ofensivo para el marido mas susceptible.

—No, no, señor conde, decia M. de Lomaria apartando la vista.

Cerró la caja de M. de Toquendec, y el jóven no advirtió la sonrisa de satisfaccion que brilló por un momento en los labios del marido. Esta escena habia ido demasiado lejos para que M. de Lomaria no quedase convicto de

Capítulo 4.°

Se comprenderá fácilmente que aunque M. de Toquendec habia salido de Rennes, no por eso dejaba de mantener secretas relaciones con la ciudad, siendo por eso uno de los primeros en saber el próximo matrimonio de M. de Lomaria; lo que le hizo dejar à toda prisa su castillo. Jamás habia pensado, ni podido pensar en Mlle. de Saint-Hereus, y su proyecto de matrimonio era una astucia imaginada solamente para irritar la nueva pasion del jóven con una rivalidad supuesta. No obstante, se trasladó, como habia dicho, á casa de M. de Saint-Hereus, pero se guardó bien de hablar nada de matrimanio, evitando además pronun-

ciar el nombre de M. de Lomaria, para no tener que hacer una confidencia innecesaria y por otro lado contraria à su plan: en fin, despues de pasar algunos dias en Rennes, volvió á su castillo de Toquendec.

Entretanto, inquieto M. Lomaria por la confidencia que acababa de recibir, aumentó su atencion por Mlle. de Saint-Hereus y empleó todos los esfuerzos posibles para acelerar la época de su matrimonio. Su juventud y su fortuna no le tranquilizaban sinó á medias; pues segun todas las apariencias él era preferido por la jóven, M. de Toquendec, amigo y aun pariente de M. de Saint-Hereus, podia convenir mejor al padre; ademàs, el anciano podia hacer en favor de este matrimonio tales sacrificios, imponerse tales obligaciones que la familia de Saint-Hereus creyese encontrar grandes ventajas en retirar su palabra. Entonces, se pesarían los dos pretendientes en la balanza del interés, y esta se inclinaría indudablemente del lado del anciano. Empero, cuando vió que siempre era recibido en la casa con el mismo favor, y que supo despues que M. de Toquendec habia dejado á Rennes para volverse á su castillo, reanimóse su valor, y no temió ya otra cosa sinó que el despecho hiciese á su rival ser infiel á su promesa, por lo cual jamás se acercaba á Mlle. de Saint-Hereus, sin temer verla sacar aquellas fatales cartas que le interesaba tanto destruir. Pasáronse de este modo ocho ó diez dias, al fin de los cuales, un criado con la librea de Toquendec le entregaba una carta en la que leyó estas tranquilizadoras palabras:

"Señor marques:

"Los jóvenes tan solo son felices en amor, es preciso que los ancianos le cedan el paso y se guarden de la locura de querer entrar en liza con ellos; por esta razon me retiro, señor marques, y os dejo el campo libre: en lo sucesivo no pensaré nada mas que en mi pobre esposa y en rodearme de todos sus recuerdos ¡quién sabe todavia lo que me reservará el porvenir!

"Las cartas que reclamais, no pudiendo escitar en mí, si no un recuerdo penoso y contrario á los sentimientos que conservo por la condesa Diana, las teneis á vuestra disposicion en mi castillo de Toquendec."

—Vedle al fin razonable, esclamó el jóven, y sin perder tiempo, acompañado únicamente del criado del conde, tomó el camino del castillo de Toquendec. Libre ya su imaginacion de aquel temor que le atormentaba hacia diez dias, en vísperas de concluir un matrimonio que le emparentaba á una familia poderosa y le unia á una hermosa jóven, á quien amaba, caminaba alegremente por aquella selva de Broceliéu, cuyas encinas seculares se elevan magestuosamente en los aires y de todos aquellos á quienes conmueven y encantan las bellezas de la naturaleza, M. de Lomaria, en el momento de que hablamos, era poco susceptible de conmoverse con el aspecto de un bello árbol ó de un punto de vista pintoresco, no buscaba en los árboles como Mme. de Sevigné, la hoja que canta; sin embargo el sombrío horror

de la selva le sorprendía, los senderos eran á cada momento mas estrechos y tortuosos, y á pesar de no estar la hora muy adelantada, apenas penetraba débilmente la luz por entre el espeso ramage de las gigantescas encinas.

—¿Adonde me llevais? dijo al criado de M. de Toquendec, que le precedia.

—Al castillo, señor marques, respondió este, pero me parece que he perdido el sendero.

Sea error, sea que el criado obedeciese secretas instrucciones, se habian estraviado los dos viageros. Largo tiempo erraron por las sinuosidades de la selva, y ya empezaba á oscurecer, dorando el sol apenas las cimas de los árboles, cuando el criado anunció que al fin habia encontrado el verdadero camino.

—Señor, dijo al marques, ya estamos cerca, descubro los torreones del castillo.

Aunque se veian ya las almenas del castillo, era enteramente de noche cuando los dos caballeros llegaron ante el puente levalizo. Esta circunstancia era tanto mas desagradable para M. de Lomaria, cuanto se veía obligado á pasar la noche en el castillo de Toquendec y aceptar la hospitalidad del castellano, cosas que sin duda le eran mucho menos agradables que ver aquella noche á Mlle. de Saint-Hereus, como habia proyectado. El puente levadizo estaba alzado; el criado acercó á sus labios un silbato y se oyó un sonido agudo, al cual respondieron del interior del castillo; bajóse entónces el movible pie del puente, y M. de Lomaria fué introducido en un patio desierto, donde la yerba crecía entre las piedras, y tan oscuro como

la selva que acababa de atravesar. Abrióse al fin una puerta, y apareció una luz en el estremo del vestíbulo, adelantándose poco despues hácia el marques un viejo sirviente para tenerle el estribo y ayudarle á bajar del caballo. M. de Toquendec no estaba en el castillo; habia partido para la caza por la mañana y se esperaba de un momento á otro.

—A ménos, dijo el viejo sirviente, que el señor conde se haya internado mucho en el bosque de Monfort, en cuyo caso pasará la noche en casa del guarda, como sucede algunas veces.

M. de Lomaria estuvo entonces para volverse á Rennes, pero el temor de estraviarse por un lado, y el cansancio de su caballo por otro, le hicieron mudar de parecer: preguntó si podia sin temor de incomodar, y no obstante la ausencia del dueño, pasar la noche en el castillo; contestáronle de un modo satisfactorio, y abrieron en seguida una puerta á la izquierda del patio, pero apenas M. de Lomaria habia dado algunos pasos en un piso de mármol, cuando se apagó la luz en las manos del criado, y se cerró la puerta tras el jóven. Sin embargo, todo esto pasó de modo tan rápido que pudo muy bien creer que el viento solamente era causa de estos dos accidentes; pero con todo, algo sorprendido de encontrarse en aquella oscuridad, procuró reconocer el lugar en que se hallaba, maldiciendo al mismo tiempo la hospitalidad bretona, y rogándole á Dios que su caballo fuese mejor tratado que él. Despejándose en este momento la luna de algunas nubes que

la cubrian, é hiriendo con sus rayos unas vidrieras que se veian en el lado opuesto, conoció el marques que se hallaba en una capilla. Poco á poco se fueron acostumbrando sus ojos á la incierta claridad que le rodeaba pudiendo distinguir ya las pilastras salientes que, apoyadas en la pared, formaban la única nave de aquella capilla, cuyo techo abovedado se prolongaba en ojiva; en el fondo se elevaba un altar de mármol; en el que brillaba un crucifijo de plata, y como los rayos de la luna herian el pavimento, vió el marques con admiracion que caminaba sobre los sepulcros de la familia de Toquendec; en fin, aproximándose á una blanca baldosa que se hallaba junto á una de las columnas mas prócsima al coro, leyó estas palabras trazadas con letras negras, que esperaban sin duda el cincel del escultor:

"Aquí yace la muy alta y muy poderosa señora Hildeberga, Gertrudis, Diana, condesa de Toquendec, &c."

Allí estaba enterrada la condesa, aquella pobre jóven que habia amado tanto y cuya juventud y vida habia devorado una súbita y horrorosa enfermedad. En el borde de la columna se hallaba colocado un cofrecito cuyo destino no pudo adivinar ni comprender. Solo en aquella silenciosa capilla, fatigado de su larga carrera por la selva, cuyo horror solitario habia despertado en él cierto acceso á ideas supersticiosas, y quizá atormentado secretamente por el remordimiento de haber olvidado con tanta ligereza el amor que le habia inspirado una muger jóven y bella, que distraida de sus deberes

por una pasion criminal, pagaba sin duda muy caro en el otro mundo, los secretos deseos que habian muerto con ella. M. de Lomaria advirtió lleno de espanto que estaba solo y se dirigió hácia la puerta de la capilla para salir de un lugar que le traía á la memoria con tanta viveza recuerdos tan tristes; pero la puerta estaba cerrada y se esforzó en vano por abrirla: en este momento ocultándose enteramente la luna, reinó una completa oscuridad en la capilla. Dirijíase despues á una puerta lateral que habia creido distinguir, pero apenas habia dado algunos pasos cuando un ruido singular le hizo detener estremecido: le pareció que la piedra de la columna que estaba junto al sepulcro de la condesa, se separaba de ella, y se abría para dar paso á una luz, al principio pálida é indecisa, pero que luego se proyectó en la pared opuesta.

No le faltaba al jóven ni valor ni resolucion, y sin embargo aquel suceso sobrenatural que pasaba en el silencio de la noche, hizo palpitar su corazon, y sus trémulos labios no pudieron articular una sola palabra. La piedra de la columna habia rodado en efecto, por ocultos resortes, y de aquella abierta y nueva abertura se escapaba una luz que se aumentaba á cada instante y que bien pronto llenó toda la capilla. M. de Lomaria creyó ser al principio juguete de un sueño, pero acordándose despues de la rivalidad que ecsistía entré él y M. de Toquendec, y de la injuria que le habia hecho tres meses antes, pensó que se le habia tendido un lazo y resolvió vender cara su vida: retro-

cedió entónces hasta la puerta que acababa de dejar, y colocándose de espaldas allí, desenvainó su espada y se preparó á la defensa. Pocos instantes despues un pié blanco y desnudo pisó la losa mortuoria, luego otro, en fin, apareció enteramente una blanca fantasma, que principió á andar ó mas bien á deslizarse por el pavimento de marmol de la capilla: esta fantasma ó espectro, tenia en una mano una lámpara suspendida por tres cadenas de metal, cuyo movimiento oscilatorio hacia ondear, aquí y allí su brillante llama, arrojando caprichosamente su luz, ya sobre el lustroso pavimento, ya sobre las vidrieras de colores de la capilla: la otra mano de la fantasma estaba oculta bajo los pliegues de la mortaja que la envolvia enteramente. La fantasma se dirijió al altar y se arrodilló. M. de Lomaria no se atrevia á respirar, la espada temblaba en su mano, pues aunque de un carácter atrevido, se habia educado en Bretaña y conservaba una buena parte de las supersticiones de su siglo y de su pais: sus antepasados habian tenido que luchar con hadas, genios y duendes, y la tumba del encantador Merlin que evocaba los muertos, no estaba lejos del castillo de Toquendec. La iglesia tenia, en aquella época, antífonas para conjurar los muertos que trataban de salir de sus tumbas, y exorcismos contra las apariciones. ¡Ah! ¡todavia se encuentran esas oraciones en nuestros rituales! ¡aun no se han estinguido esas creencias que turbaban á M. de Lomaria!— La espada se deslizó de las manos del jóven, y creyendo este que aquella alma venía á pedir-

le sufragios, murmuraba oraciones. Entretanto, la fantasma ó aparicion, habia dejado las gradas del altar, y aquel objeto blanco y luminoso, de que M. Lomaria no podia apartar la vista, daba vueltas á la capilla, deteniéndose en todos los sepulcros, como para ver si se alzaban las lápidas sepulcrales, y los pasados Toquendeo podrian sacudir tambien, por un momento, el polvo de sus mortajas. Así que llegó á donde estaba M. de Lomaria, pasó el aparecido por delante de él sin parecer distinguirlo.

—No es la difunta condesa, pensó él, es alguna alma en pena que viene á implorar oraciones, ó ha indicar el donde yace oculto algun tesoro.

De improviso se detiene la fantasma, dirígese hácia atrás, y deteniéndose delante del jóven, deja caer el lienzo mortuorio que cubria su cabeza: ¡era la condesa! Sus blondos cabellos cubrían su espalda; una corona de flores marchitas ceñía su descolorida frente; sus mejillas estaban pálidas, lívidas, y sus labios azulados y terrosos; el brillo de sus ojos, tan dulces en otro tiempo, parecía estinguido, pero sus arqueadas cejas y su mirada fija y serena tenia algo de tan desdeñosa, la triste sonrisa que entreabria ligeramente sus labios era tan amarga, que M. de Lomaria bajó involuntariamente los ojos: cuando tuvo valor para alzarlos de nuevo vió á la condesa sacudir delante de él un saco de terciopelo con las armas de Toquendec, de donde se escaparon una infinidad de cartas que fueron á caer á sus pies; la fantasma apagó la lámpara y todo desapare-

ció..... Despavorido, fuera de sí, sin saber si habia sido juguete de una ilusion, ó si la tumba habia soltado por un momento su presa; M. de Lomaria estendia los brazos y no encontraba sino el vacio; llamó, dió algunos pasos hácia adelante, y se encontraron sus pies con las cartas esparcidas por el suelo; en fin, la luna, oculta algunos instantes antes, volvió á aparecer de nuevo, y entónces pudo recorrer la capilla y buscar aquella fantasma, cuya aparicion le habia espantado tan solo por un momento. La capilla estaba desierta; corrió hácia el pilar cuya piedra se habia desunido para dar paso á la fantasma; el pilar estaba como antes, ningun instersticio ni hendidura demostraba que se hubiese podido abrir para dar paso ni á un espíritu; el cofrecillo, colocado en la parte saliente del entablamiento, permanecía en su lugar. Volvió el jóven à tomar su espada, la metió, sonrojado en la vaina y se sentó pensativo en un asiento de madera que se hallaba cerca del baptisterio. Su imaginacion se perdía y se estraviaba en mil suposiciones; no podia poner en duda lo que habia visto y le parecia al mismo tiempo algo ridículo admitir en todo aquello la intervencion de M. de Toquendec. ¿Tendría él el poder de hacer salir á los muertos de las tumbas? ¿y para qué? ¿con què objeto? Nada le habia hecho la fantasma, no habia sufrido ni amenazas; ni reproches, habia pasado como una sombra, y si no hubiera sido por aquellas fatales cartas que yacían á sus pies, hubiera creido que su imaginacion prevenida habia creado solamente aquella fantástica aparicion.

—Ella me amaba, se decía él, y su marido tenia razon en decir que, cuando se quitó el brazalete, en el momento de morir, pensaba en mí.

Se acordó entónces que durante las fiestas que habia dado la Bretaña cuando la convocacion de los Estados generales, habia bailado con la condesa, y habia visto aquel brazalete sujeto por un bellísimo rubí, y el cual habia pedido despues como un precioso favor. La carta en que pedía aquella prenda de amor, de la que prometía no separarse nunca, debia estar entre aquellas que acababan de serle devueltas, y, esta misma prenda la habia desechado él cuando el marido mismo se la ofrecía! Esta era una culpa grave de que Dios habia querido castigarle, lo mismo que aquellas órdenes superiores que habia obligado á la condesa á volver por un momento á la tierra por haber recibido con demasiada complacencia unas declaraciones de amor tan contrarias á sus deberes. Con el espíritu preocupado de estas ideas, se prometió hacer rogar por el alma de la difunta y sacarla del purgatorio, donde sin duda espiaba la culpa de haberle amado. Sin embargo, esto no le hizo renunciar sus proyectos de matrimonio; era solamente una leccion de fidelidad de que debia aprovecharse en lo futuro Mlle. de Saint-Hereus.

Entretanto, conseguido ya el objeto de su viage y despues del suceso singular de que acababa de ser testigo y objeto, hubiera sido muy penoso para él volver á ver á M. de Toquendec; pero era preciso salir de la capilla y ad-

miraba la negligencia de los criados del conde que encerraban á un huésped, tal como él, sin inquietarse mas por su suerte, cuando repentinamente se oyeron en los alrededores del castillo ruidos confusos, ladridos, relinchos de caballos, gritos de llamada, bajóse el puente levadizo y en un instante se pobló el patio de una muchedumbre estrepitosa: era el conde de Toquendec que volvia de la caza.

Capítulo 5.°

—¿De quién es ese caballo? dijo el conde en voz tan alta que hizo callar los gritos de sus criados, y hasta los ladridos de los perros.

Era la cabalgadura de M. de Lomaria que pacia tristemente la yerba del patio, la que se habia ofrecido á las miradas del conde. Parece que contestaron á esta pregunta de un modo que redobló su impaciencia, porque continuó con vivacidad.

—Abrid esa puerta, Juan, ¿porqué está cerrada? ¿Porqué no se ha conducido al señor marques á la habitacion de honor?

Abriéronse las dos hojas de la puerta, y M. de Toquendec cubierto de polvo, calzando unas

enormes botas, y con el cuchillo de caza á la cintura, entró en la capilla acompañado de su lebrel favorito, y seguido de algunos criados que llevaban antorchas de resina.

—Perdon, señor marques, dijo cortesmente el conde adelantàndose con el sombrero en la mano, no os esperaba tan pronto, ni creí que vinieseis hoy; sin esto no me hubiera ausentado.... ¿Os habeis hecho conducir á esta capilla? os lo agradezco, añadió porque, como dice la Sagrada Escritura es un pensamiento santo y saludable rogar por los muertos; ahora mismo vais, señor marqués, á quedar satisfecho.

Tomó por la mano á M. de Lomaria y lo condujo á la tumba de la condesa.

—Mirad, le dijo señalándole el cofre, colocado, como habemos dicho ya, sobre la piedra tumuluaria, he ahí el cofrecillo donde guardaba sus joyas la difunta Diana de Toquendec; en él encontrareis vuestras cartas.... Tomad esta llave....

—Es inútil, dijo M. de Lomaria retrocediendo.

—¿Cómo inútil? ¿No las quereis ya?

M. de Lomaria, sin decir una palabra, señaló con la mano las cartas esparcidas por el suelo. El conde corrió hácia allí, recogió las cartas una por una y las ecsaminó con atencion.

—¡Vuestras cartas! señor marques; ¿habeis violentado la cerradura del cofrecillo?

Y sin esperar respuesta se dirigió al cofre y le ecsaminó.

—No, dijo, la cerradura está intacta....

yo mismo las encerré aquí, añadió hablando consigo mismo.

Abrió el cofrecito; estaba vacío

—Salgamos, señor marques! dijo el conde como espantado de aquel prodigio; salgamos!

Y arrastró consigo al jóven, le hizo atravesar el patio, y entró con él en una especie de sala de guardias cuyas paredes decoraban antiguas armaduras de los Toquendec.

—Qué os ha pasado, señor? le preguntó. Quereis esplicarme cómo se hallan estas cartas en vuestras manos? Porqué milagro han salido del lugar en que yo las habia puesto? Qué poder mas poderoso que el de los hombres las ha sacado de allí?

En cualquiera otro momento, M. de Toquendec hubiera sido la última persona á quien hubiera querido referir el jóven el prodigio de que acaba de ser testigo, pero todavia le parecia ver el espectro de la condesa; todavia veia la desdeñosa sonrisa de Diana y el blanco sudario que la envolvia enteramente: por otra parte era preciso responder á las preguntas de M. de Toquendec, cuya fisonomía espresaba la admiracion y aun el terror, y así, no teniendo otro medio, refirió el marques cuanto habia pasado en la capilla.

—Esas cartas, dijo el marques, son una prueba de lo que os acabo de decir.

—Ciertamente! esclamó M. de Toquendec levantando las manos al cielo. Teneis razon... querido marques, os creo, dijo el viejo marido estrechando con efusion las manos del jóven entre las suyas; teneis razon, y os juro á fé de

caballero, que no sois el único que ha visto á mi mager despues de su muerte.

—Vos tambien la habeis visto?

—Muchas veces, respondió M. de Toquendec, he tenido esas apariciones.... He visto á la condesa como os veo á vos, señor, y no tenia necesidad de la negativa de Mr. de Saint-Hereus para renunciar á un matrimonio en que habia pensado al principio; algunos prodigios poco mas ó menos semejantes al que acabais de presenciar, me habian hecho renunciar á él. Respecto á vos, es diferente: su aparicion es una despedida, y estas cartas entregadas de un modo tan sobrenatural, son una prueba de que estais borrado para siempre de su recuerdo, y que quiere olvidar hasta vuestro nombre. Desposaos, desposaos con Mlle. de Sanit-Hereus; la condesa os lo permite: por lo que hace à mí, ella será mi última esposa como ha sido la primera: jamás ninguna otra ocupará su lugar.

El conde daba de este modo un colorido demasiado agradable á los intereses y á la pasion del jóven, para que ese no hallase razonable la esplicacion. Quedaba todavia por esplicar aquel hecho estraño y fuera de los acontecimientos ordinarios de la vida; pero esos hechos nunca tienen esplicacion, y aquellos que los refieren y dicen haberlos presenciado, escitan siempre una sonrisa de incredulidad.

—Sin embargo, dijo M. de Toquendec, esos acontecimientos no son raros en nuestra familia: mirad aquella coraza con embutidos de oro... allí... la segunda, á la derecha; perte-

necia á un tal Gil do Toquendeo que en 1152, y el cual despues de la muerte de su muger, que durante mas de seis años, recibía su visita cada tres meses, aquí mismo.... en este castillo, no cesando las apariciones hasta que Gil dejó el mundo y se metió á monge.

M. de Lomaria pasó la noche en aquel formidable castillo, y como se creerá fácilmente, no fué turbado de nuevo por la fantasma de la condesa.

Al dia siguiente dejó el castillo pertrechado de sus cartas, y su primer cuidado al llegar á Rennes fué hacerlas desaparecer. Guardóse bien de publicar su aventura, y no pensó en otra cosa que en realizar su matrimonio. Este dia deseado llegó al fin; celebráronse las bodas en casa de M. de Saint-Hereus, y toda la nobleza de Rennes concurrió á ellas. El gobernador y su esposa, duques de Chaulnes, honraron con su presencia la ceremonia religiosa, el banquete nupcial y el baile que siguió despues. Hacia media noche bailaba con su muger M. de Lomaria aquellos famosos paspies en que nadie le aventajaba, ni aun los mismos bailarines de la ópera, segun M. de Savigné; la jóven desposada, radiante de belleza, de amor y de elegancia, escitaba la admiracion universal, y los convidados, algo animados con las libaciones de la cena, se entregaban á la estrepitosa alegría que inspira siempre una boda en que todo se prodiga; las bellezas de Bretaña ataviadas con sus mas bellos adornos, ostentaban todas sus gracias ejerciendo en los jóvenes caballeros la influencia de sus dulces miradas y el

poder de sus picantes sonrisas, cuando de improviso se abre la puerta del salon y anuncia un lacayo:

—El señor conde y la señora condesa de Toquendec.

—Mr. y Mad. de Toquendec! esclaman por todas partes en la sala.... Se ha vuelto á casar el conde?.... Pero no, no; es su antigua esposa.... La muerta?.... la muerta! dicen por todas partes, y un temblor de horror recorre la reunion; detiénense los danzarines, las jóvenes se estrechan contra sus caballeros; no se respira ya; enmudecen los violines, y un silencio de muerte sucede al ruido y á las risas que cubrían antes los acordes de la orquesta.

Entretanto *la muerta*, á quien M. de Toquendec daba garbosamente la mano, se adelanta con paso ligero y la sonrisa en los labios; vestía un magnífico trage de brocado de oro recamado, guarnecido de pasamanería de oro fino, trage muy en moda entónces en París y que en Bretaña no se habia visto todavia; sus blondos cabellos caian naturalmente en bucles sobre su linda espalda; sus bellos ojos brillaban de placer, y sus labios de rosa se entreabrian dulcemente dejando ver dos hileras de blancas perlas; en fin, sus redondas mejillas tenian el encarnado de la juventud y de la salud, y le daban la apariencia de lo que realmente era, una muger jóven y bella, en todo el lujo y esplendor de la vida: si el espanto y la admiracion de los espectadores les hubiese permitido considerarla con atencion, hubieran visto en sus ojos mas animacion é inteligencia que la

que tenian antes, frutos naturales de los cuidados que le habian prodigado las religiosas de Santa María, de su intimidad con Mmes. de Sevigné, Lafayette, Coulange, en fin, con todo lo que tenía de mas selecto y escogido la sociedad de entonces, á lo que se añadía tambien la mansion que habia hecho en Versailles de dos ó tres meses. Diana de Toquendec, sin detenerse en el efecto que producía y que habia previsto, se dirigió directamente á la duquesa de Chaulnes, la cual la abrazó.

—Ah! querida mia, la dijo la duquesa; desde cuando estais en Rennes? Qué amable habeis sido en venirnos á sorprender aquí esta noche! Sin vos no hubiera sido completa la fiesta.

—Habia prometido á M. de Lomària bailar en sus bodas, dijo M. de Toquendec, y creo que agradecerá haya traido á la condesa.

—Y nuestras amigas, continuó la duquesa de Chaulnes, nuestras amigas, la duquesa de Sevigné, la buena mariscala de Villars, de Londres, y de Villarceux, la bella marquesa de Montespan, y el rey, querida mia, ¿habeis visto al rey? cómo está S. M.?

La condesa Diana contestó á todas estas preguntas con tanto talento como precision, y se empezó á respirar en la sala: la duquesa de Chaulnes habia abrazado á la de Toquendec, estaba muy al corriente de las cosas de este mundo, luego la difunta no estaba muerta!

—Dios mio! qué magnífico vestido! dijo la duquesa ecsaminando el trage bordado y recamado de oro de Mad. de Toquendec.

—Os traigo uno igual, señora, y espero que os lo pondreis con gusto, en nombre de la amistad.

La condesa fué abrazada de nuevo. Los menos atrevidos se atrevieron entonces á acercarse á ella; rodeáronla, sonriéronse y todos quisieron admirar de cerca aquel maravilloso vestido, que tanto realzaba su belleza.

Pero, señor conde, decían al marido, que parecia gozarse en la admiracion general; ¿vuestra muger no habia muerto?

—No, respondía; me había engañado, fué un letargo del que volvió en el tránsito de Rennes á Toquendec, por lo cual la envié á París para que mudase de aires....

—M. de Lomaria, ¿me permitireis bailar unas seguidillas con vuestra esposa?.... y vos mismo, ¿no sacareis á bailar los paspies á Mad. de Toquendec?

—Os habeis estado burlando de mí, señor conde, dijo aquel al oido de M. de Toquendec; desde la pretendida muerte de vuestra muger; sé el objeto de vuestras burlas...: pero me dareis satisfaccion.

—Como gusteis, marqués.... pero sacad á bailar á la condesa.

La duquesa de Chaulnes se adelantó entónces hácia el novio.

—Marqués, le dijo; sacad á áailar á la condesa de Toquendec.

Por fin, M. de Lomaria se vió obligado á obedecer, y tuvo la delicadeza de hacerlo con gracia, pero en tanto que pasaba y volvia á pasar cerca de su compañera para ejecutar

las diversas figuras de los paspies, en tanto que tenía con las estremidades de sus dedos, los finos dedos de rosa de la condesa, y que veía su blanco brazo, su talle esbelto y delicado, pensaba involuntariamente en la escena de la capilla, en el sudario, en el rostro terroso de Diana, y en aquel Gil de Toquendec que se habia hecho monge por evitar las apariciones; el despecho entónces le hacía bajar los ojos y perder el compás, lo que estrañaban todos en tan hábil danzarin. En uno de los pasos de aquella danza, olvidada hoy, tocó su brazo con el de la condesa, y el brazalete que esta llevaba cayó al suelo. M. de Lomaria se apresuró á recogerlo para devolvérselo; era este un brazalete de pelo cuyo resorte era un bellísimo rubí oriental, y que el jóven reconoció al instante por aquel mismo brazalete que habia pedido á la muger y rehusado del marido.

—Devolvédmelo, señor, dijo la condesa; sé que no lo quereis á ningun precio.

Mad. de Toquendec sabía las circunstancias mas minuciosas de su aventura.

No seguiremos á los nuevos esposos á la misteriosa cámara nupcial; acompañaremos solamente á M. y á Mad. de Toquendec hasta el interior de su palacio.

—Mi querida Diana, dijo el enamorado y hábil marido á la bella condesa cuando estuvieron solos en aquel oratorio que habia dejado ella poco antes tan lleno de temor y con el corazon tan preocupado de la pasion de M. de Lomaria; mi querida Diana, ¿qué os parece lo que acabais de ver? Ved, pues, al jóven que

tanto os amaba, que queria morir por vos y robaros á vuestro marido!.... Apenas desapareceis de este mundo, os olvida aun antes de enfriarse vuestras cenizas, para hablar como los poetas que habeis visto en Versailles: condena en la vaina la espada con que os amenaba, busca por todas partes un objeto á quien amar, le encuentra al fin, y entónces vuestro recuerdo le llega á ser importuno, odioso quizá: nada exagaro.... ha rehusado admitir un brazalete de vuestros cabellos! Sonrojábase de tal modo de su pasado que ha pedido sus cartas, como sabeis: vos misma se las habeis devuelto, y yo temblaba de que esta broma no os costase demasiado caro....

—Por qué? dijo Diana.

—Temía, condesa.... un resfriado, porque cuando no se tiene la costumbre de andar con los pies desnudos por un piso de mármol....

La condesa prorumpió un una carcajada, y Mr. de Toquendec continuó:

—En fin, M. de Lomaria está ahora en los brazos de otra muger, acaba de casarse voluntariamente por amor, y no tiene otra pena que el saber estais viva; solamente vuestra resurreccion le atormenta y turba su alegría.... Ah! Diana; el hombre que moriría si dejaseis de amarle, si abandonaseis su morada para seguir á un seductor, ó si la muerte os arrebatara á su amor, sería vuestro viejo marido, el que os ha dado su nombre, cuyo honor está en vuestras manos y que sin decir nada, estima mas vuestra vida que la suya propia.

La condesa, con los ojos llenos de lágrimas y el corason penetrado de respeto, y quizá de amor, se arrojó en los brazos de su marido.

Al dia siguiente M. de Lomaria se presentó en casa de su antiguo rival y le propuso un duelo.

—Mi querido marques, sabeis las razones que me han impedido batirme con vos; me habeis ofendido gravemente cuando yo no pensaba de ningun modo en vos.... ahora os quejais del partido que he tomado, y quereis ver en él una injuria?.... Os aseguro que no he pensado absolutamente en eso: he querido tan solo dar una leccion á mi muger, y para eso he inventado todas esas estratagemas que os han alucinado; era preciso probarle que los jóvenes son falaces y embusteros, que el amor de un marido es mil veces mas precioso, y sobre todo mas verdadero, que el de un amante. De qué os quejais? de no haberme hecho.... (aquí M. de Toquendec empleó una frase de que se sirve Moliere sin escrúpulo, como se hacia en su tiempo, y que no repetiremos): pero os he probado que con un hombre como yo, eso era imposible sin arrancarme la vida, ó sin perderla vos mismo.... Hoy, gracias á mi astucia, os veis casado con una muger á quien amais y que ignora, como todo el mundo, lo que ha pasado entre nosotros. Un desafío todo lo descubriría: si la suerte os es propicia, os vereis vituperado y quizá despreciado; si al contrario os es adversa, y os doy una estocada, quedareis en ridículo: vamos, pues, á batirnos.

El duelo no tuvo lugar, pero la poblacion de Rennes que habia presenciado el entierro de la condesa Diana y que habia vuelto á ver á la jóven llena de vida y de belleza, jamás quiso aceptar ninguna esplicacion natural sobre aquel suceso singular; obstinóse en llamar à la condesa, *la muerta*, y cuando, mucho tiempo despues, Mad. de Toquendec murió realmente, el pueblo esperaba siempre que volveria á aparecer, y fijaba sus curiosas miradas en la fachada del palacio, para espiar el momento en que, semejante á la hada Melusina, se mostrase en una de sus ventanas.

M. de Toquendec precedió á su muger al sepulcro, y gracias á la aventura que acabamos de referir, no fué lo que temia ser. Este acontecimiento, largo tiempo popular en Rennes, está casi olvidado hoy, pero todavia algunas personas de edad llàman al palacio habitado en otros tiempos por la condesa de Toquendec: *la casa de la muerta.*

Fin.

